

Ладо



15

Abre el número 15 de LAYE que saluda a sus lectores después de unas vacaciones un tanto prolongadas, un viejo artículo recibido en herencia de la desaparecida revista QVADRANTE, con el que queremos provocar un estudio acerca de las reformas pedagógicas que hoy parecen imponer su necesidad. Con más interés que nunca, LAYE, solicita de sus lectores acusen recibo de ese artículo, sea para polemizar contra él, sea para apoyar sus breves términos. Dada la urgencia e importancia del asunto, cuantos trabajos recibamos sobre ello serán publicados con privilegio de prioridad.

En la segunda parte de este número, D. José María Castro y Calvo cultiva su viejo amor por la burilada obra de Joyce. El teatro del genial "dubliner" es el tema de este artículo del Dr. Castro.

Esteban P. de las Heras, ex-redactor jefe de LEONARDO, es nuevo en LAYE. Aporta a este número 15 el ímpetu de su pensamiento siempre cálido, que por una vez abandona su cuidado coto sociológico para inspeccionar con severo gesto la vecina parcela del filósofo.

22 ABR. 2003

1.

FOR FIN SE REFORMA LA ENSEÑANZA MEDIA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1951



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca d'Humanitats

Sala de Revistes

1.

¡ POR FIN SE REFORMA LA ENSEÑANZA MEDIA !

Hace poco más de un año, desde estas páginas de «Laye», levantamos bandera de revisión para una total reforma del plan Sainz Rodríguez. Hoy voces más autorizadas que la nuestra, nada menos que la del propio ministro de Educación Nacional, señalan para fecha próxima la conclusión de unas normas por las cuales deben regirse, incluso en el presente curso, las pruebas del Examen de Estado, aparte de iniciar al mismo tiempo un concienzudo estudio que permita realizar más tarde la reforma de la Enseñanza Media y hasta los propios medios de educación.

No pretendemos, al recordar los motivos que nos impulsaron escribir aquellas líneas, apuntarnos un tanto a nuestro favor en el papel de «zahoríes» por haber lanzado aquellos pronósticos que dábamos ante el lamentable estado de nuestra Enseñanza Media. Atentos siempre a servir fines más altos y después de calibrar los comentarios que leemos en la prensa diaria, no podemos por menos de salir al paso de nuevo para que queden bien sentados ciertos hechos, conceptos y principios que, habitualmente vemos se escamotean adrede, con lo cual se falsea ante la opinión la verdadera esencia del asunto que nos ocupa.

Dejando a un lado lo que ya otras veces hemos dicho sobre que: El Examen de Estado fué concebido por primera vez en la sectaria legislación de la tercera República Francesa, ideada por masones y descreídos; que se aplicó en Italia por la Ley Gentile y su fracaso fué tal que, Bottai hubo de reformarlo radicalmente en la Carta de la Escuela porque su aplicación motivó unánimes protestas como ahora en España. Que a

pesar de proclamar como excelente, los deferensores del actual plan, la separación de la función docente de la examinadora, sin embargo en el admirable sistema educativo «Ratio Studiorum» los alumnos son examinados SIEMPRE por sus propios profesores. Que en toda la estructura docente de la Iglesia Católica, nunca existe la separación docente de la examinadora. Que si la función inspectora se llevara a rajatabla en las prescripciones que se insertan en la Ley Sainz Rodríguez, el número de Colegios en situación legal sería contado con los dedos de una mano. Que el catastrófico sistema actual de calificar de 0 á 10, no ha servido para otra cosa sino para reconocer el derecho a la vagancia de quien no desee estudiar, fomentar el desinterés por aquellas disciplinas que no agradan y lo que es más grave, mutilar la labor docente del profesor, cercenándole todo estímulo entusiasta en el recto cumplimiento de su deber. Que en los cuestionarios oficiales falta la conexión necesaria entre materias afines, campeando por ellos una ausencia total de unidad pedagógica. Que en muchos Centros se escamotean disciplinas completas en la preparación de sus alumnos, porque no se preguntan en el Examen de Estado, etc..., etc..., vamos a considerar un hecho primordial en el origen de tanto desastre: la inhibición del Estado en la fiscalización de ciertos puntos en la Enseñanza Media.

Comienza el Estado por desentenderse de controlar la prueba inicial en los comienzos del estudio del Bachillerato: el Examen de Ingreso, y al equiparar en este punto a los Centros oficiales y privados, lejos de lograr mantener el nivel cultural que esa prueba requiere, se ha conseguido desencadenar una pugna de competencia comercial entre los mismos, por ver cual obtiene la adquisición del mayor número de alumnos; aquél que hace más fácil el acceso al primer curso, es quien se lleva la palma.

Durante los siete años que siguen, continúa el Estado cruzado de brazos ante la ingente masa escolar que en su mayor parte ha logrado sus estudios pasando de cualquier manera, tal vez, y esto lo sabe todo el mundo, por medios inconfesables, para llegar al Examen de Estado de cuyos resultados catastróficos por ser de todos conocidos, nos releva de más comentarios.

Lo curioso del caso es que, la relajación y el desbarajuste se han producido después de considerar para la confección de la Ley Sainz Rodríguez, la tan cacareada libertad de enseñanza que se ha convertido en libertinaje, los derechos de la familia y de la Iglesia, la misión que en planes análogos desempeñan los docentes extranjeros y verter sobre el Cuerpo de Catedráticos, no pocos improperios, como si ellos fueran los causantes exclusivos de anteriores errores. Así se creía que dicha Ley estaba llamada a prevalecer por haber superado armónicamente y con cierta visión de las cosas, los agobiantes problemas que ofrecía en el amanecer de la nueva España tan importante cuestión para la vida cultural de nuestro país, siendo así que no es en esos anteriores detalles donde radica la solución del problema, sino en un principio de autoridad docente que sólo puede mantener el Estado por medio de sus organismos adecuados, los Institutos Nacionales de Enseñanza media, evitando el derrumbamiento total; labor perfectamente compatible con los derechos de TODOS como lo ha sido siempre.

Sacar las cosas de quicio invocando novedades y derechos, pero olvidando deberes tan esenciales como el de estar dentro de la Ley, haciendo caso omiso de ella, conduce a desbarajustes como el presente que pudieran llegar a ser la segunda edición de aquel análogo del siglo XVIII en que «la proliferación de establecimientos, su enconadísima competencia y rivalidad, el abigarramiento de los reglamentos de estudios, la falta de recursos, las exiguas dotaciones de los profesores, el aligeramiento de los planes y debilitamiento del rigor de las enseñanzas, la altanería e indisciplina de los estudiantes, su división en clases sociales, revelada en el rango de los Centros y en los privilegios de los escolares, la desertión de los estudiosos, las disputas de las escuelas, el extrañamiento de disciplinas fundamentales, la execración de las ideas y ciencias que entonces surgían, el rompimiento absoluto con la cultura universal, condujeron a la instrucción española a una situación tan caótica y desdichada que estuvo a punto de desaparecer e incluso dió lugar tanta postración a que se formare y difundiese la leyenda de la incultura de España».

Patente, pues, el fracaso a que nos ha conducido la Ley Sainz Rodríguez, no queda otra solución que regenerar nuestra Enseñanza Media alrededor de los Institutos Nacionales que, con su profesorado escogido el más renovado de cuantos escalafones docentes análogos existen, constituyen hoy el único baluarte de que puede disponer el Estado para realizar tal empresa que sólo a él compete, no como institución de un «Estado Dios» según definen maliciosamente algunos cuando no les dejan actuar a sus anchas, haciendo mangas y capirotos, sino como Estado capaz de regular con sus organismos protectores el desenvolvimiento de la vida nacional para bien de todos, y no en exclusivo provecho de unos pocos, que esto al fin y al cabo es también otro «totalitarismo», pero de peor género que el primero.

A los Institutos Nacionales, convenientemente dotados en cuanto a la docencia se refiere, deben reverter todas las actividades de la Enseñanza Media que hoy tienen lugar en la Universidad, reservando para ésta su noble misión concerniente a la labor de seminario, laboratorio, investigación..., etc., y no fábrica de Bachilleres, recabando para el profesorado de Institutos la función examinadora que sólo a él debe confiarse en materia de Enseñanza Media y esto por tres razones: Para repararle de una manifiesta injusticia en su honor ofendido, como exponente de garantía para la seguridad de la enseñanza que en su parte técnica SOLO debe controlar el Estado y para estímulo de esas entidades particulares que olvidando lo que es la Cultura para la Patria, venden aquélla por algo más que por treinta monedas de plata: por esa baraunda de millones que se han trasegado en estos trece años últimos, sin que un sólo céntimo haya repercutido en el bien de la Cultura de Enseñanza Media.

L A Y E

UNA NECESIDAD URGENTE

Es tan grande la penuria intelectual de España, que se hace preciso limitar el número de intelectuales. Suenan a paradoja, y lo es, pero además real. La falta de cultura de nuestra nación es uno de los frenos que, junto a la penuria económica, imposibilitan toda acción seria y eficaz. Pero la falta de cultura que nos aqueja no es falta de aristócratas del espíritu, que los hay. Falta que cada cual tenga su cultura. Que haya campesinos con el mayor grado de cultura campesina, fontaneros con la más sólida cultura de fontaneros, y así los jefes de negociado y los dentistas, y los ingenieros y los educadores. Pero, sobre todo, que a cumplir la acertada ley de un ministro de Agricultura modelo colaboren un agricultor, un perito, un ingeniero y un delegado del Gobierno modelos también cada uno en su género. Y lo mismo a un proyecto de obras públicas o de acción diplomática o cultural.

Nuestro actual plan de enseñanzas lleva a todo lo contrario.

La disyuntiva abierta hoy ante los niños españoles es ésta: o estudia siete años de Bachillerato más dos o tres de prudencial margen para aprobar su Examen de Estado, o se resigna a ser peón albañil o porquero en directo parentesco cultural con los constructores de la pirámide de Micerino o los pastores lacustres. El que se decide por lo primero, no sólo recibe una culturilla general, sino que llega a creerse sabedor de los profundos misterios de la Química, de los arcanos de la Historia, de los más complicados mecanismos fisiológicos y de la contextura metafísica del cosmos aristotélico. Entonces se le ofrece un Don y un título. Ambas cosas le servirán indistintamente para hacer unas oposiciones a Correos o para seguir una carrera universitaria. Pero el título se custodia en la vetusta Universidad. Hay que cruzar sus puertas, hollar sus claustros y arrancárselo de las manos, vencéndolos en singular combate, a una hilera de imponentes señores, guardias de un santuario aún desconocido para el nuevo bachiller. El nuevo bachiller, más o menos maltrecho del combate, acaba por arrebatárselo. Les ha vencido. Ha entrado en la Universidad y ha medido sus fuerzas con los hercúleos guardianes del santuario. La Universidad ya es suya. ¿Quién pensó en opositar a Correos?

Quinientos niños héroes han entrado en una Facultad. Naturalmente, ni las aulas, ni los profesores, ni los seminarios, ni los laboratorios, ni los quirófanos dan abasto. Las prácticas son imposibles; el trabajo de dirección por parte del profesor, nulo; la apreciación de la auténtica valía del alumno, difícilísima. Y los huecos en clase no se notan. Y los profesores no pasan lista. En vista de lo cual, unos dejan de asistir, pero siguen matriculándose año tras año. Otros «empollan»; porque como el profesor no puede fijarse en la valía de los quinientos, ha de acudir al expediente de preguntar lecciones y poner nota al que mejor las papagayee. O vagancia, picaresca y parasitismo familiar, o «empollancia», fatiga mental, sequía del cerebro y depauperación vital. Al final, un aprobado por cansancio los iguala a todos entre sí y a los rarísimos ejemplares notables. La vida impone entonces su ley, que impide existan en una misma escalera más de cinco médicos, cinco abogados y cinco arquitectos. Al cabo de los años, el hombre de carrera oposita a Correos y pasa el resto de sus días hablando de política con el meritorio semianalfabeto que hubo que admitir en la oficina, porque todos los niños que sabían dónde estaba Pontevedra y cómo es la red de comunicaciones españolas, seguían afanosamente la larga carrera cultural que les ofrecía una toga o un bisturí.

* * *

Resumamos el plan: aprenda todo párvulo a dibujar palotes y a enumerar los enemigos del alma. Si quiere ingerir algo más de cultura, échese al colete la estructura de los cristales, el cálculo diferencial, las características de los afanípteros, el itinerario de Pedro el Ermitaño, los ríos de Sumatra, los genitivos en -ium y las aporías zenonianas. Cuando haya hecho todo eso considéresele digno de especializarse en una rama del saber. Y entonces déjesele en la calle sin saber adónde dirigir sus pasos.

* * *

El primero que hay que dar para acabar con esa indigestión colectiva es la reforma del Bachillerato. Pero ahí están los catedráticos de Instituto para afrontarla. Nos parecen medidas adecuadas la división en dos ciclos: elemental y universitario, obligatorio el primero para ciertas profesiones liberales, voluntario el segundo y encaminado a preparar al futuro universitario, y en vistas, pues, a él. Una sanción académica en el mismo Instituto, desaparición del Examen de Estado universitario y suprema vigilancia ante el ingreso en cada Facultad.

* * *

Al llegar aquí, estamos ya en nuestra casa y nos atrevemos a precisar más. Tenemos, en la habitación en que esto se discute, la experiencia de varias vidas universitarias completas. Vividas con plena conciencia, con vocación atenta e inquieta. Conocemos bien los baches. Y como ningún interés nos enturbia el trabajo, creemos bueno nuestro título para opinar.

He aquí los datos: un ingreso en las Facultades que guarda franca desproporción con sus posibles salidas. Poderosas razones que recomiendan no dejar que la misma lucha haga la selección, como son la necesidad de cubrir con hombres capaces otras actividades, la disminución de la eficacia en el estudio por exceso de estudiantes y el peligro de estropear definitivamente muchas vidas con años de esfuerzos inútiles. Existencia de una inercia estudiantil que lleva a las Facultades no por vocación, sino porque su puerta de entrada es la misma puerta de salida del corredor iniciado a los diez años. Falta de trabajo metódico y formativo y su substitución por esfuerzo memorístico, motivado por la rutina de la etapa anterior y por la multitud que convierte en rivales a los que debieran ser compañeros de trabajo. Absoluta inconsciencia en la admisión de alumnos, a quienes las Facultades no conocen y que no conocen las Facultades.

Estos inconvenientes se salvan ya en parte con un plan de Bachillerato que siga las líneas generales exigidas arriba. Pero es necesario que la Universidad complete la obra. Veamos cómo.

Números clausos. — Periódicamente, las Universidades, asesoradas por los Colegios profesionales en cuanto al número de licenciados que requiera la actividad de la nación en sus distintas ramas, deberían establecer un número clauso, con un ligero porcentaje en más para cubrir presuntas bajas durante la carrera. Si fueran más los candidatos que merecieran aprobar, se dará ingreso a los mejores, y se aprobará *sin plaza* a los demás, a los que se daría preferencia en la convocatoria siguiente. Tal preferencia no se haría extensiva, claro está, a los que en el examen no hubieran alcanzado el nivel exigido.

Examen de ingreso. — Debe ser más de aptitud y vocación que de conocimientos, pues éstos ya se suponen normalmente en los aprobados al fin del Bachillerato. Para ello puede ser útil la utilización de *tests* que midan la adecuación del alumno al género de estudios elegido, y en todo caso, dar mucha más importancia a la parte práctica, que deja ver la propia habilidad en la materia, que a la teórica, que puede adquirirse por infecundo martirio cerebral a costa de noches de insomnio. Así, problemas matemáticos, traducciones de clásicos, lecturas e interpretaciones de textos filosóficos, etc., según los casos.

También en las carreras de profesión distinta a la enseñanza, y caso de no haberlo ya en el Claustro de la Facultad, se debería completar el Tribunal de Ingreso con un profesional destacado que dictaminase, no sobre el grado de formación del examinado, para lo que basta la competencia del Claustro, pero sí sobre la aptitud que a su juicio tenga para el desarrollo de la profesión.

Plan de estudios y supresión de exámenes. — Para huir del trabajo memorístico y de la fatiga mental por accesos periódicos, y toda vez que el ingreso ha sido cuidado suficientemente, procede suprimir toda clase de exámenes intermedios. En cambio, a las clases teóricas dadas *ex-*

cátedra se sumará un continuo trabajo práctico efectuado por los alumnos bajo la dirección de los respectivos profesores, en seminarios, laboratorios o quirófanos. Mediante estos trabajos y monografías que los alumnos pueden hacer, se irá formando la ficha de éstos con mucha mayor regularidad que mediante exámenes que no hacen sino alterar los ciclos y el ritmo de trabajo. Si al terminar la carrera faltasen datos para completar la ficha de algún alumno, se le sometería a unas pruebas finales sin otro objeto que esa puntualización. En todo caso, todos los alumnos que lleguen al final deben aprobar, pues por algo a la entrada se les seleccionó y limitó su número. Cada promoción que termine deberá ser clasificada por orden de méritos, dando a cada cual un número de escalafón. Esto, que puede tener trascendencia en la vida ulterior del nuevo licenciado (oposiciones, concursos, becas, etc.), tiene además el inmenso valor de obligar a los profesores a vigilar de cerca el trabajo y facultades de sus alumnos, y estimular a éstos con un acicate más constante que el de los exámenes episódicamente perdidos a lo largo de la carrera.

Expulsiones. — Es imposible desconocer el peligro de que alguno de los dignamente ingresados pierda facultades, sea por enfermedad, desviación de carácter o cualquier otra cosa, desde la indolencia a la toxicomanía. Y que, por tanto, no todos serán dignos de obtener el título. Pero esto no hace más necesario el examen. Si en los trabajos diarios se observa su incapacidad, desgana o inadaptación, se le advertirá, se le dará opción a retirarse, y en último extremo se podrá llegar a su expulsión.

Matrícula sin derechos académicos. — A nadie debe negarse la cultura. Y si alguien quiere ilustrarse en materia universitaria, debe permitírsele que lo haga. Pero no que obstaculice en el estudio ni después de él a quienes por vocación y trabajo deben formar los estamentos profesionales. Debe, pues, autorizarse una matrícula que dé derecho a la asistencia a las clases teóricas, pero en ningún caso a las prácticas hechas por profesor y alumnos, que sólo entre un número reducido encuentran eficacia.

* * *

Repetimos ahora que no inspira estas líneas una utopía juvenil ni menos un interés bastardo, como los que hay en la base de tantos planes que en el mundo han sido. Lo inspira sólo la experiencia de haber vivido la Universidad y de haberla vivido con cariño. Quien nos crea menos aptos para esbozar un plan que a los tertulianos de billar que con tanta frecuencia han asaltado la legislación española, no ha de faltar, lo sabemos. Y muy posiblemente serán los mismos que nos acusan de destructores quienes ahora nos nieguen derecho a intentar construir. Sepan que nos es igual derribar una ridiculez o una monstruosidad cubierta de polvo venerable que alumbrar una verdad insólita.

De QVADRANTE

1947

LOS CURSOS INTERNACIONALES POR SEMANA DE LA VOLKSHOCHSCHULE DE LINZ (AUSTRIA)

Después de visitar estos cursos, asistiendo al que se desarrolló durante la semana del 12 al 19 del próximo pasado mes de agosto, no hemos podido resistir a la tentación de ofrecer a los lectores de L'YÉ una breve reseña (eventualmente ampliable) de este original sistema de planeamiento, exposición y discusión de los más variados temas.

Reunidos los participantes, que suelen pertenecer a diversas actividades y profesiones más o menos intelectuales, fijan de común acuerdo dos o tres temas que interesen a la mayoría, para ser desarrollados el día siguiente o en otro día próximo por la mañana. Se procura que aquéllos guarden relación con los discutidos en la misma semana o en semanas anteriores por los mismos o por otros participantes, así como que de la exposición de cada tema se encargue una persona preparada, si no de una manera expresa o actual, por lo menos de una manera habitual. El día siguiente por la mañana se dedica una hora aproximadamente a exposición y discusión de cada tema o, si no se discute, hay por lo menos ruegos y preguntas. Por la tarde, si hace buen tiempo (el bello paraje alpino del valle del Enns, escogido para los Cursos, está muy expuesto a lluvias), se realiza una excursión o visita de algo interesante de los alrededores; en caso de lluvia, algún acto en local cerrado. Entre los actos de cada semana, figuran también una o dos excursiones de todo el día.

Terminada la cena a las ocho u ocho y media, suele tener lugar una velada de cine documental de paisajes o costumbres del país, exhibición de trajes y bailes típicos, cantos u otras manifestaciones folklóricas, etc.

Lo que más llama la atención es la absoluta libertad de cada uno de los participantes, lo mismo para prolongar su estancia el número de semanas que desee, que para no asistir a las discusiones que no le interesen o, asistiendo, no intervenir en ellas, organizándose siempre actos al margen de las mismas, por iniciativa particular.

Durante la semana a la que tuvo el gusto de asistir el autor de estas líneas, predominaron los participantes pertenecientes al profesorado de escuelas industriales e institutos, habiéndose recibido durante la misma una visita de cambio de impresiones del Director de la Sección de Educación de la U.N.E.S.C.O. La única intervención nuestra en las discusiones, que vale la pena mencionar, fué, al tratarse de la confesionalidad o aconfesionalidad de la enseñanza en los respectivos países de los participantes, para explicar el carácter confesional católico de la enseñanza en España en todos sus grados, respetando, sin embargo, la conciencia de los alumnos no católicos, a petición de sus padres.

En cambio, digamos a título de información que en la semana siguiente predominaban entre los inscritos los artistas.

Sin embargo, debemos hacer notar que dichos cursos no gozarían de la continuidad y la eficacia de que se pueden preciar sus organizadores, si carecieran de la exquisita dirección y del sacrificio continuo de "que es alma de los mismos, el docto y dinámico Dr. Grau, Director de la Volkshochschule de la ciudad de Linz, a quien desde estas páginas rendimos tributo de nuestra sincera admiración.

M. SALVAT

Profesor de Ciencias y de Idiomas de Instituto

INSTITUTOS LABORALES, UNIVERSIDADES LABORALES, ENSEÑANZA LABORAL

La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores.

(Punto 24 de la Falange)

Existe ya una considerable cantidad de literatura versando sin discriminación sobre los tres conceptos que encabezan este artículo y es precisamente la confusión producida en torno a ellos lo que ha promovido el presente comentario, donde se trata de plantear alguna incógnita en sus justos términos para que la despeje o aclare quien tenga el conocimiento y elementos de juicio sobre la materia, de los que — según creo —, carecemos el que esto escribe y la gran masa de los españoles.

A mi juicio la confusión estriba en la palabra «laboral» que los tres términos aludidos contienen, la cual posee un significado difícil de determinar unívocamente. Dejando a un lado la pureza del vocablo — horrible en opinión de algún tratadista —, vemos que ha servido en los últimos tiempos para caracterizar una nueva modalidad de la previsión social española — las Mutualidades y Montepíos Laborales —, que por su contribución a la llamada Universidad Laboral de Somió, es un factor que hemos de estimar en este estudio.

Tomando este sentido de la palabra laboral, si ceñimos el concepto al campo de aplicación de las Entidades de Previsión mencionadas, vemos se refiere a todos aquellos trabajadores comprendidos en el ámbito personal de aplicación de las Reglamentaciones nacionales del Trabajo, es decir, aquellos que tienen el concepto legal de trabajadores definido en el artículo 6.º de la Ley de Contrato de Trabajo (no es óbice a esto el que se hayan incorporado al mutualismo laboral los altos cargos de las empresas por Decreto de 19 de noviembre pasado, ya que subsiste la finalidad esencial de las Instituciones Laborales de proteger a los trabajadores primeramente aludidos).

Vaya por delante que la acción que por distintos caminos y a través de más de un Departamento Ministerial se realiza hacia la meta de máxima expansión de la cultura, no es sinó reflejo y consecuencia de lo que siempre fué una aspiración esencial de los grandes movimientos sinceramente revolucionarios; el ascenso del nivel cultural del trabajador y la captación de los valores intelectuales en trance de improductividad por falta de bienes económicos que permitan encauzar y desarrollar sus posibilidades intrínsecas. Todas las naciones del mundo sufren con este motivo

una pérdida de energía de imposible valoración. La tan decantada «igualdad de oportunidades» que Norteamérica tanto ha propagandeado — perdón — en los últimos tiempos, no tiene otro objetivo que el reducir al mínimo esa pérdida de valores, aún cuando enfoque el problema, no desde el punto de vista social, sino bajo el aspecto teórico del individualismo liberal, tendiendo a garantizar al hombre en sí su máxima libertad.

En una primera labor de discriminación en este campo de la ambición cultural, interesa deslindar el sector de la enseñanza laboral superior o de las Universidades Laborales de que hoy hablamos, del que corresponde a los Centros de Enseñanza Media o Profesional, vulgarmente llamados también Centros de Enseñanza Laboral o Institutos Laborales. Son estas Instituciones de nueva creación las que llenan de contenido — complementadas con las que se dedican a la formación profesional o capacitación técnica de los trabajadores antes dependientes de la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica — la recién creada Dirección General de Enseñanza Laboral. Queda bien claro con esto que el campo escolar de actuación de estos centros de enseñanza laboral no es idéntico — aunque a veces coincide — con el que antes definimos a efectos de deslindar el radio de acción de las Mutualidades y Montepos Laborales, que será, probablemente, el de las futuras Universidades Laborales.

Podemos sustentar determinadas opiniones sobre los Centros de Enseñanza Laboral, así como de su porvenir o posible modificación, pero no cabe perplejidad alguna en cuanto a su existencia actual y funcionamiento cotidiano. La Ley de 16 de julio de 1949 detalla con precisión las particularidades de esos centros y deja bien establecida su finalidad (1).

Como puede observarse en aquella disposición, el criterio de implantación de

(1) Los ideales de difusión de la cultura que viene manteniendo el Movimiento Nacional habían de producir, necesariamente, la ambición de conquistar para un ciclo elemental de la Enseñanza Media, una gran masa de la población española situada lejos de las capitales de provincia o ciudades importantes, en burgos rurales, industriales y marítimos, que por aquella circunstancia de residencia, se ha visto hasta ahora apartada de los Centros formativos de Enseñanza Media y de las Escuelas del Trabajo, con el consiguiente perjuicio a la intención del postulado proclamado por nuestro Régimen sobre el aprovechamiento de todas las inteligencias útiles para el servicio de la Patria, pues, aun en el caso de que tal alejamiento se haya paliado con un sistema eficaz de becas, no ha podido evitar el daño del absentismo de los mejores y de su desarraigo de las localidades ligadas a su vida familiar.

Este laudable designio había de cristalizar en la institución de una nueva modalidad del Bachillerato que, sin perder su carácter esencial de formación humana, se desarrolle en un grado elemental, simultaneado con el adiestramiento de la juventud en las prácticas de la moderna técnica profesional y asegure a los alumnos una preparación suficiente para desenvolverse en la vida y a los mejores dotados el posible acceso a los estudios superiores. No se trata, pues, de igualar las enseñanzas de estos nuevos Centros a las de los prestigiosos Institutos Nacionales, de tan añeja raigambre, ni de interferir la misión de otros Centros docentes profesionales que funcionan en poblaciones importantes, sino de establecer un Bachillerato elemental equiparable a los primeros cursos del Bachillerato universitario en las disciplinas básicas formativas y complementado con la especialización inicial en las prácticas propias de la agricultura, la industria u otras actividades semejantes para aquellos alumnos que no podrían conseguir esta formación por otros medios. (Del preámbulo de la ley.)

esos centros y su prevista población escolar es puramente geográfico y afecta a aquellas localidades españolas situadas «lejos de las capitales de provincia o ciudades importantes en burgos rurales, industriales y marítimos». En cuanto a su finalidad no puede estar más en consonancia con los postulados de nuestra Revolución, lo que hace que cuantos comulgamos en ella los veamos con la mayor simpatía y les deseemos una racional y definitiva estructuración que concrete sus relaciones con los Institutos de Enseñanza Media y su dependencia de la máxima jerarquía docente, la Universidad (2).

Y vamos a lo que es el tema central de este artículo, a las denominadas, en lenguaje más difundido, Universidades Laborales: ya están vinculadas a ellas muchas ilusiones y una considerable cantidad de aportaciones morales y materiales que exigen y acucian una exacta determinación de lo que van a ser esos proyectados Centros.

Creo que para su vinculación a la palabra Universidad, el concepto de laboral que hemos señalado al delimitar el campo de aplicación de los Montepíos nos vale perfectamente; son Universidades Laborales, las Universidades que se quiere para obreros, para trabajadores. Vieja, viejísima aspiración de la Falange, hasta el punto de que puede decirse nació con ella, ésta de dejar expedito el camino de la cultura a los trabajadores aptos para internarse con fruto en su floresta. Recordaba hace unas semanas el camarada Eugenio Lostau en un artículo de «Arriba», como se concretaba ya en el primer Consejo Nacional del SEU celebrado en Madrid en el mes de abril de 1935 una ponencia sobre la Universidad Nacional Obrera y como en el mes de diciembre del mismo año proclamaba el SEU la siguiente consigna: «Queremos la extensión cultural universitaria a aquellos núcleos sociales que por motivos económicos no consiguen prácticamente el acceso a los centros docentes superiores de la Patria.»

La forma en que España está abordando este problema no puede ser más original y revolucionaria, ya que sin perjuicio de las vinculaciones que en el aspecto docente y administrativo puedan tener el día de mañana las Universidades Laborales con el Ministerio de Educación Nacional, es en el Ministerio de Trabajo donde se ha iniciado esta batalla para la conquista de la cultura a favor de los productores españoles. Débese al personal impulso de José Antonio Girón, titular del Departamento, el haber ensanchado la esfera de la previsión social o — si se quiere — de la Seguridad Social hasta extremos inéditos no entrevistos dentro ni fuera de nuestras fronteras y que comprenden la previsión social «ofensiva» a que se refería el Ministro en su discurso a las Cortes en el año 1944, cuando hizo una exposición de los planes político-sociales del gobierno y al que hace tres meses aludía el propio Ministro en el discurso de apertura del primer Congreso Iberoamericano de Seguridad Social. Girón dijo textualmente, en las Cortes, que «el encauzamiento del tesoro financiero de las obras sociales y de previsión hace posible iniciar las primeras escaramuzas en un campo nuevo de protección que rebasa las concepciones actuales y que pudiera denominarse previsión ofensiva, porque la pre-

(2) A la relación entre los organismos citados se refería un editorial del diario «Arriba» del día 18 agosto pasado.

visión actual se construye sobre la base de un criterio y de una concepción defensivas. Es solamente un amparo contra los riesgos posibles que amenazan el porvenir del trabajador, contra la enfermedad, contra el accidente, etc. Pero, en un sentido superior, la previsión debe contar con otra rama de instituciones ofensivas que también a todo lo largo de las vidas obreras constituya no ya garantía contra la baja de un nivel normal, sino elemento aprovechable para su mejoramiento. Instituciones necesarias para ascender con su ayuda y el propio esfuerzo en la escala social y en la escala económica. Al lado de la previsión que garantiza contra el descenso hay que crear la previsión que facilita las elevaciones».

Como principal fuente de información para tratar de adivinar lo que serán las futuras Universidades Laborales, hemos de recurrir a la que es más autorizada, a la de su creador, José Antonio Girón, que viene refiriéndose a ellas en gran número de intervenciones. En su célebre discurso de Mieres aludía ya a estos Centros de Enseñanza Laboral de tipo universitario, cuando proclamaba la necesidad de capacitar culturalmente a los trabajadores.

El 25 de noviembre de 1950, Girón pronuncia en Sevilla una conferencia con el tema «La cultura, instrumento necesario para la revolución social», en la que, resumiéndola con sus propias palabras, se sustenta la tesis de que «la nivelación de las clases en una línea de cultura mínima común y de universal patrimonio podía conducir mejor que otra clase de nivelaciones a la paz social».

En la misma ciudad y aludiendo ya concretamente a los medios prácticos para la realización de esa batalla por la cultura decía el 26 de noviembre del mismo año: «Vamos a crear gigantescas Universidades Laborales, Castillos de la Reconquista nueva, donde vosotros, y sobre todo vuestros hijos, se capaciten no sólo para ser unos buenos obreros, que eso es poco y eso es todo lo más que quisieran los enemigos. Vamos a crear Centros enormes donde se formen, además de obreros técnicamente mejores, hombres de arriba a abajo, capacitados para todas las contiendas de la inteligencia, entrenados para todas las batallas del espíritu, de la política, del arte, del mando y del Poder.»

En diciembre de 1950, en el mensaje a las Asambleas Nacionales de Mutualidades y Montepíos Laborales, José Antonio Girón dictaba estas consignas: «Alzad, camaradas, en los cuatro puntos cardinales de España, enormes ciudades universitarias laborales para vuestros hijos, para vuestros camaradas jóvenes y declarad valerosamente, como hombres de nuestro tiempo, que constituye una meta muy menguada luchar permanentemente por el rancho y sólo por el rancho. Y que cuando esa meta se hace permanente el hombre se achica, se asquea de sí mismo, se deja rodar por todas las pendientes y aleja cada día más de su frente la luz que alumbraba las ideas levantadas y justas y que han de alzar el trabajador de su condición de esclavo permanente.

Invertid vuestro dinero en levantar vosotros mismos los castillos de vuestra conquista, los puntos clave de donde ha de partir la alegre y luminosa marcha de los trabajadores hacia las cimas augustas del Poder, por el camino de la cultura. No hay otro, camaradas. Escuchad la voz de la Historia. Apartad vuestro dinero de inversiones de renta cicatera y limitada. Y después de asegurar técnicamente — porque esto es sagrado —, la continuidad matemática de vuestras prestaciones,

desviad el torrente financiero de vuestros Montepíos hacia el ambicioso canal que ha de regar y fructificar y suavizar la enorme, la secular aridez de vuestras vidas torturadas. Franco lo quiere así y en nombre de la Revolución que acaudilla os señala el camino.»

En el discurso de apertura del Congreso de Seguridad Social ya mencionado, matizaba más concretamente el camarada Girón las particularidades de los futuros Centros docentes con esas palabras: «De pronto (los trabajadores españoles) han visto un rayo de luz, han comprendido que con el dinero de las clases poderosas se ha comprado la verdadera arma de dominio; esto es, la cultura, y, cuando se encuentran en posesión de un tesoro financiero colectivo de la importancia del de los Montepíos, se apresuran a armarse para un estilo nuevo de combate, al final del cual ellos entreven la paz definitiva y justa. En estos momentos, cuatro grandes Centros de Cultura Laboral, **mezcla de Escuela de Preparación Profesional y de Universidad para obreros**, están en preparación. En esos Centros, que han sido llamados Universidades Laborales, se atenderá a la formación de todo el hombre considerado en su totalidad como tal portador de valores eternos. Porque sería un cinismo y sería incurrir en los mismos vicios que queremos corregir el atender solamente a la formación moral. Entendemos por Universidad la universalidad. La universalidad del hombre; he aquí el sujeto de las Universidades laborales españolas. El hombre universal, no el hombre de ésta o de otra manera. Jamás nos ha parecido más ridículo un gran filósofo como cuando toma bajo su escarpelo a la criatura humana y empieza a clasificarla y a adjetivarla, cuando el hombre es todo sustantivo, es todo ser, y no tiene otra definición que aquella definición eterna y sin discusión de que es un trozo de arcilla modelado a imagen y semejanza de la cosa más universal, de la universalidad en sí misma: de Dios.»

Por último, para terminar con esta selección de precisiones en torno al concepto de Universidad Laboral, consignamos varios párrafos del discurso de Girón a las Asambleas Nacionales, Juntas Rectoras y Directores de las Mutualidades y Montepíos Laborales, pronunciado en el Cine Salamanca de Madrid el día 8 de mayo del corriente año: «Romped con el oro de vuestras arcas el hierro de vuestras cadenas. Redimid a metálico vuestra esclavitud. Asaltad valientemente, decididamente, las posiciones que os habían sido vedadas. Abrid las puertas de la cultura al proletariado español. ¿Qué mejor inversión que aquella que va a daros la sublime renta de ver a vuestros hijos camino del triunfo y del Poder y del mando? Centrad toda vuestra preocupación en esto. Llevad esta inquietud, camaradas, hasta el viejo que consume sus últimos años de actividad laboral en el taller y hasta el aprendiz que aún no se da cuenta del drama que le espera si no rompe los grilletes de la ignorancia.»

«Nosotros no os damos la voz de asalto al Poder, porque eso sería entregaros, como hicieron vuestros verdugos de 1936, al fracaso y a la catástrofe. Pero sí os decimos solemnemente, sabiendo lo que os decimos: ¡Asaltad la cultura! Y desde esta posición, conquistada legítimamente con vuestro dinero, con ese dinero que ahora tenéis en vuestras manos, ambicionad todo lo que es lícito ambicionar, todo lo que otro ser cualquiera ambicione. ¡El Poder también!, pues no faltaba más. Ambicionar el Poder después de estar preparado para ejercerle es ambicionar muchos bienes, de disfrute, todos los goces de la civilización, todas las satisfacciones de la influen-

cía. Pero es ambicionar, además, y sobre todo, aquello que hace falta al hombre para ser una criatura verdaderamente trascendental, una criatura superior; es ambicionar deberes, deberes cada día mayores, para conquistar la satisfacción de saber cumplirlos. El acceso a la cultura aumenta nuestro mundo de obligaciones hasta límites increíbles; pero aumenta también hasta esos mismos límites el límite de nuestras satisfacciones y se los devuelve al hombre en una medida que colma la parte más noble del ser humano y eleva su condición hasta alturas angélicas.»

«Adquirir ante todo el armamento intelectual, la dotación cultural, el parque moral necesario, de modo que el Poder que conquistéis lícitamente no tengáis que devolverlo manchado, envilecido y moribundo a las manos de los demagogos, que acabarían por esclavizaros nuevamente y de una manera irremediable.»

«Os invito a invertir los excedentes de vuestras reservas matemáticas, y me atrevería a deciros que parte de esas reservas también, en levantar en los ámbitos de España grandes centros de capacitación y de cultura para vuestros hijos y hasta todavía para vosotros mismos, puesto que muchos sois jóvenes y estáis a tiempo de escalar cimas que os parecerían de otro modo inaccesibles. Esos centros, ya os lo he dicho, no pueden ser solamente centros de perfección profesional, porque entonces no haríamos otra cosa que fabricar mejores trabajadores.»

«Alzad, camaradas, en los cuatro puntos cardinales de España enormes ciudades universitarias laborales para vuestros camaradas jóvenes, y declarad valerosamente, como hombres de nuestro tiempo, que constituye una meta muy menguada luchar permanentemente por el rancho y sólo por el rancho. Y que cuando esa meta es hace permanente el hombre se achica, se asquea de sí mismo, se deja rodar por todas las pendientes y aleja cada día más de su frente la luz que alumbra las ideas levantadas y justas y que han de alzar al trabajador de su condición de esclavo permanente.»

«Tenemos que darnos cuenta primeramente de que lo que queremos no es hacer escuelas profesionales, ni que el Montepío de Hostelería haga buenos gerentes de hotel, o el de Artes Gráficas buenos impresores, o el de Dependencia Mercantil buenos dependientes. Os he dicho que lo que queremos es hacer hombres, porque al hacerlos también hacemos trabajadores más perfectos. Cuando hablamos de Universidades Laborales damos al concepto toda la extensión que tiene. Universidad es como universalidad. Los hombres que vamos a preparar serán hombres integrados en nuestro actual universo, en nuestro mundo, en suma.»

«Pensad que no os brindamos escuelas de artes y oficios, ni escuelas profesionales, sino Universidades; cuna de hombres dotados para todos los avatares, incluso para el del puro y simple trabajo, pero también para todos los goces y para la cooperación entusiasta, vital, aguerrida, resuelta, en la batalla por la Patria, el Pan y la Justicia.»

Hasta aquí las palabras de Girón, a cuyo nombre habrá de vincularse para siempre la gloria de haber creado los cimientos de esta gran obra de capacitación cultural que el mismo sabe es tarea de generaciones.

Pasando desde el terreno de las formulaciones teóricas al de las conclusiones prácticas, ¿Qué hay actualmente hecho en España en relación con las Universidades

Laborales? ¿Se sabe cuáles han de ser sus características concretas, su conexión con las actuales Universidades, su régimen de estudios, el procedimiento, en fin, con que a través de ellas, tan ambiciosas metas como las señaladas por el camarada Girón han de perseguirse?

En el orden de las construcciones materiales, en la localidad de Somió (Asturias) se está levantando desde hace años una gigantesca edificación que hasta la fecha, según nuestras noticias, es la primera que concretamente se ha calificado de Universidad Laboral. El perímetro de su principal estructura excede al del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Las edificaciones anexas, pabellones auxiliares e instalaciones complementarias rebasan en gran medida la magnitud de las que poseen las Universidades de Oxford y Cambridge. Cuenta con una granja agrícola modelo, casi terminada, que supera en perfección técnica y adelantos en su género a las modernísimas del Estado de Missouri, sin duda las mejores del mundo. Pugnando un tanto con el carácter de Universidad — es decir, centro de estudios superiores —, están construyéndose naves para la enseñanza de oficios varios y escuelas de aprendizaje de metalurgia, electricidad, carpintería y otras profesiones manuales o técnicas. La capacidad del Centro docente será de unos 2.000 alumnos en régimen de internado.

Si bien estas instalaciones de Somió han adquirido últimamente un enorme impulso al vincular a ellas el anhelo de las Mutualidades y Montepíos Laborales, de contar con la primera de las Universidades obreras, la «Fundación José Antonio Girón», que tal es el nombre oficial de la Entidad, fué constituida en octubre de 1945, como fundación benéfico-docente de orden privado. El objeto de la Fundación, según sus primitivos estatutos era «la formación cultural, moral, patriótica y profesional de niños huérfanos, cuyos padres hayan sido víctimas de accidentes del trabajo en la minería». En principio se nutría de aportaciones del Instituto Nacional de Previsión, Junta Interministerial del Paro y Cajas Generales de Ahorro. Se pensaba inicialmente que los beneficiarios de la fundación fuesen «niños varones comprendidos entre los 10 y los 18 años que por su condición de huérfanos de padres fallecidos en accidentes del trabajo, carezcan de medios económicos para su mantenimiento y educación y sean acreedores a la protección y amparo de la Institución».

Al parecer, este proyecto inicial ha sido ampliamente rebasado, ya que la selección de alumnos de la futura Universidad no se circunscribe a los huérfanos de accidentados, sino que se extiende a los hijos de trabajadores en general y aún a los mismos trabajadores, según el propio Ministro ha señalado con reiteración no refiriéndose concretamente a la Fundación de Somió, sino a las Universidades Laborales en general; actualmente, la aportación económica más considerable es la de las Mutualidades y Montepíos Laborales, que han hecho posible el enorme impulso que está llevando la obra a feliz término.

En el orden exclusivamente docente, nada se sabe hasta la fecha o al menos a nada se ha dado publicidad sobre el plan de estudios ni su relación con la enseñanza actualmente establecida; cabe pensar que la futura Universidad Laboral quede plasmada en una especie de Colegio Mayor donde los alumnos seleccionados entre el proletariado español estudien en régimen libre para examinarse luego en los centros oficiales. Cabe imaginar asimismo que las proyectadas Instituciones de Ense-

ñanza Laboral Superior tengan efectivo carácter de Universidades y expidan títulos académicos análogos o idénticos a los que actualmente expidan las universidades. Se ignora el régimen pedagógico que habrá de seguirse y si se encomendará a religiosos la rectoría docente de las futuras Universidades Laborales.

La Fundación «José Antonio Girón» tiene oficialmente el carácter de orfelinato, aún cuando creemos que el alumnado no estará compuesto exclusivamente de huérfanos; decimos esto porque si así no fuese no encajaría el modesto, aunque estimabilísimo fin — protección a los huérfanos desamparados —, de estas entidades con las magníficas metas de conquista de la cultura y el poder para el trabajador español que son la cara más visible de su proyección ante los mutualistas.

El cúmulo de problemas que suscita la creación de las Universidades Laborales es realmente elevado y su magnitud tan extraordinaria que es perfectamente comprensible el que se haya comenzado por la erección material de los edificios, que de subordinarse a que tales problemas se hubiesen dilucidado, se habría retrasado considerablemente. Ahora tenemos ya, por fortuna, el asiento firme y los medios de entretenimiento del primer gigantesco Escorial de la cultura. Y no es acicate pequeño — no sería acicate pequeño, ya que no creemos que se llegue a tal situación —, el que terminadas las obras de los espléndidos centros docentes, las ventanas cerradas y sus habitaciones sin vida sean inexorables testigos de un tiempo precioso que se desperdicia, haciendo más remota la capacitación tan anhelada.

Cuando uno de los problemas aludidos, señalada Pérez Embid entre los peligros de las futuras instituciones superiores de enseñanza laboral, el de su clasismo; el hecho de que al margen de las Universidades oficiales pudiesen existir Universidades «para obreros». Ciertamente que esto supondría una primera diferenciación que incluso contribuiría a la inadptación de los educandos y haría traumático el trance de su inmersión social.

Como síntesis de cuanto se ha expuesto, en gracia al lector que tuvo la paciencia de leerlo y como inmerecida recompensa al que empiece por el final, resumo (1):

(1) A lo largo de este comentario he tratado de exponer sencilla y objetivamente los medios y fines que por las jerarquías competentes se han señalado en relación con la enseñanza laboral, o dicho en otras palabras con la elevación del nivel cultural de los trabajadores. Quedan sin abordar cuestiones de orden sociológico, tales como los que enuncio a continuación, todas ellas interesantísimas y que serán objeto de discusión sin probable acuerdo, dado el enfoque subjetivo con que pueden plantearse, según se tengan unas u otras convicciones sociales o políticas; si es solución «social» o «individual» lo que se propugna; si el trabajador asalariado o su hijo elevado a zonas sociales superiores, conservará el espíritu de la clase y procedencia en forma que permita un nexo de hermandad, armonía y comprensión entre ambas o si pasará con armas y bagajes a la más elevada, perdiendo la «preocupación» social. Si las promociones de titulados de profesiones liberales o de las llamadas escuelas especiales de enseñanza técnica superior, procedentes de las Universidades Laborales incrementarán — según se encaucen en uno u otro sentido —, la plétora existente, o contribuirán con eficacia a la industrialización o «tecnificación» tan necesaria en nuestra patria. Si es tarea más urgente y necesaria para los poderes públicos el extremar su acción en mejorar el nivel de vida de las clases trabajadoras en general o el hacer posible a éstas el tránsito hacia las clases impropriadamente llamadas superiores. Y tantas otras con enjundia suficiente para ser desarrolladas en muchas más cuartillas que las empleadas en este modesto trabajo.

Los Centros de enseñanza media y profesional (llamados Institutos Laborales) nada tienen que ver, al menos hasta el momento, con las denominadas Universidades Laborales. Aquéllos, de horizontes limitados y localización geográfica en pequeñas poblaciones; éstas, de ámbito nacional y ambiciosas metas.

Se pretende que las Universidades Laborales sean el vehículo para la capacitación cultural superior de los trabajadores españoles que permita a éstos la conquista legítima del poder y la influencia en la sociedad.

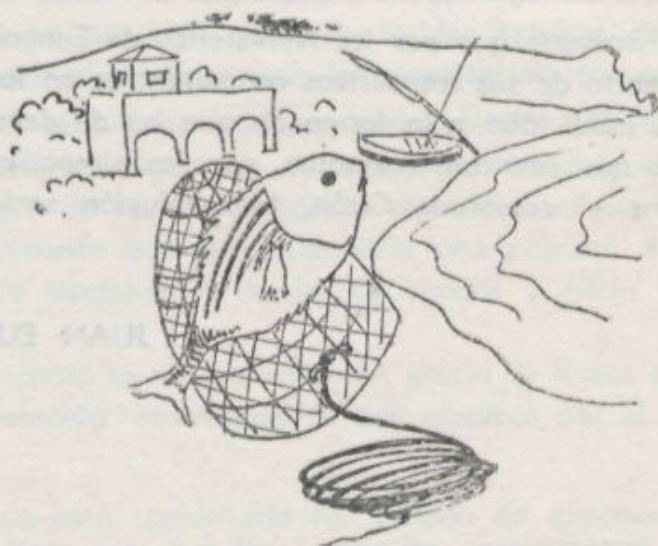
En la actualidad se ignora el régimen de estudios que se seguirá en las Universidades Laborales y la relación de las mismas con los Centros de Enseñanza media y superior que hoy existen.

La intervención de las Mutualidades y Montepíos Laborales en la creación de las Universidades Laborales es decisiva, ya que sus excedentes, invertidos en la construcción y sostenimiento de tales instituciones son, fundamentalmente, los que garantizan su existencia. Las aportaciones se realizan adquiriendo a perpetuidad becas a plazas de alumno, satisfaciendo su importe global en la cantidad a que con un cálculo de capitalización se estima asciende la «carga económica» de aquéllas.

La primera Universidad Laboral levantada se está terminando actualmente de construir en Somió (Asturias). En Zamora existe también la Fundación «San José» que, al parecer, seguirá análogo régimen que aquélla.

Es urgentemente necesario que por los Ministerios de Educación Nacional y Trabajo se delimite el ámbito de sus respectivas competencias en las futuras Universidades Laborales y se dé publicidad a la forma en que ha de desarrollarse la actividad de tales Instituciones que cuentan, nonnatas, con las simpatías de cuantos sienten entrañablemente, como el camarada Girón, la revolución social que haga justicia entre los españoles.

JUAN EUGENIO BLANCO



2.

AMOR EN EL DESTIERRO

DUBLIN otra vez. ¿Por qué el mundo de Joyce tiene una área geográfica tan limitada? ¿Y por qué dentro de este pequeño ámbito hay tanta profundidad?

Ahora la acción se desarrolla en 1912. Por aquellos tiempos la paz agitaba cada vez más los espíritus para desembocar en las grandes guerras europeas. Nada pasaba, todo estaba quieto, y, sin embargo, un discreto observador, un analista espectral hubiera descubierto en la íntima maraña de las conciencias algo así como el leve palpitir de un reloj de sonería, antes de dar la hora. El gran reloj del mundo iba a dar la hora suprema del año 14, después la del 39, luego...

Y ¿qué pasaba en Irlanda entonces? ¿Vivía aislada, lejos del mundo, o bien contemplaba estática cómo arribaban a su orilla los últimos oleajes de la marejada?

Ibsen nos dió un ejemplo clarísimo de mentalidad nórdica; Strindberg y luego Warfel recogieron el sentir centroeuropeo; O'Neill, Hemingway, Steinbeck o Faulkner expresaron más tarde el doloroso vivir del Nuevo Mundo, cuando la amargura y el dolor llegaron hasta allí. Pero Joyce nos ha legado la angustia del subconsciente. Si desapareciera la historia oral o escrita encontraríamos otra mucho más sincera en el movimiento literario actual; en él se leería, más claramente quizás, la verdad de nuestra época.

En la comedia «Desterrados», de James Joyce (cuya traducción castellana se debe a A. Jiménez Frau. Buenos Aires, 1938), hallamos ante todo eso: un testimonio del tiempo pasado. Al parecer nada ocurre en ella; al revés de su técnica habitual, la acción es elemental y sencilla, circunscrita al modo de comedia fácil de aquel tiempo.

La acción se desarrolla en Ranelagh y Merrion, barrio de las afueras de Dublín. El primer acto nos traslada a uno de esos salones íntimos de vivienda residencial, llenos de luz y color. No falta la inevitable chimenea, ni el secreter de señora y la mesa en el centro con sillería de pelús verde, un poco decolorado. Tras una pausa entran Brígida, ama de llaves, y Beatriz Justice, mujer esbelta, morena, de traje azul de buen corte; es la profesora del niño Archie. Luz de junio inunda la estancia y va decreciendo a lo largo del acto. Ya está todo preparado y el drama no tarda en plantearse. No es uno de esos dramas declamatorios, de párrafo largo y tenso parlamento, para expresar en un medio tono casi conversacional penas del alma, mientras el espectador espera la frase de filosofía de salón y el telón que cae lento.

Ricardo Rowan, hombre joven y atlético, de movimientos perezosos, tuvo un devaneo amoroso. Conminado por su propia madre, por su amor a Berta, fué desterrado a Italia. ¿Consintió Irlanda eso? Rowan era un gran escritor; su cultura vasta; debiera la patria haber impedido el exilio, para que su obra tuviese las más puras esencias de la tierra, sin influencias extranjeras que fecundasen su obra. Pero no fué así; hasta en aquellas latitudes se pierde a veces la serenidad.

En Italia ocurrió una cosa peregrina. Ya en tierras gozosas, frente a las ruinas de la ciudad eterna, en destierro agradable al lado de la mujer amada, sintió que el amor era deleznable, tanto como la vida misma, y que su entusiasmo y fe en Berta existían mientras era imposible; cuando ya los dos fueron una misma carne y un mismo espíritu, sintió el cansancio, el hastío tal vez. Berta había sido una ilusión más, tan fugaz como las otras. Pero él no podía, ni debía mostrar a ella esta terrible verdad; cuando ya era todo mentira en su corazón, todavía quedaba algo cierto en el de Berta.

Vino así la infidelidad, enamorado de Beatriz Justice, y por otra parte Roberto Hand, amigo íntimo de Ricardo, se había enamorado también de Berta. Pero el problema no se plantea de un modo usual y corriente. Roberto ofrece al amigo interceder para que sea nombrado profesor de literaturas románicas y le cita en casa del Rector, a la misma hora en que él ha de reunirse con Berta en la suya de Ranelagh.

Y ya está todo preparado para la aventura. Ricardo acudirá a la casa del Rector; sin embargo no ocurre así y todos se encuentran en casa del último. Roberto, vestido de smoking, perfumada la habitación, espera a la mujer deseada, tocando al piano la canción de Wolfram, en el último acto de *Tannhäuser*; pero el que acude es el amigo.

¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Por qué no ha venido la mujer? ¿Por qué se truncó la aventura? Que Berta había perdido su cariño hacia Ricardo parece cosa inexcusable ya desde los tiempos en que la madre impuso el destierro; más nunca estuvo tan desligada que no le contase a él su vida íntima y sentimental, en justa correspondencia a las confesiones hechas por él. Extraño, verdaderamente extraño nos parece este caso. Para los meridionales, acostumbrados a los dramas de celos, casi imposible. Hemos de analizarlo de otra manera, con mucho más cuidado, y descubriremos que allí, en Irlanda, como acá en España, son idénticos los resortes humanos. Carne y espíritu palpitán a un mismo tiempo. En otras latitudes, bajo un sol ardoroso, el conflicto sentimental se resolvería con puñales y un charco de sangre. Pero allí no se reacciona del mismo modo. Pensamos inevitablemente en Shakespeare, maestro en la tragedia de celos; pero hay que hacer la salvedad del tiempo; entonces los problemas se resolvían de un modo drástico y todo quedaba después tranquilo, como tras una borrasca se purifica la atmósfera.

Nos hallamos ante un caso de psicología pura. ¿Es que no tiene un extraño simbolismo que Roberto Hand esté enamorado de Berta porque adivine que es obra y trasunto de Ricardo, y que Berta quiera a Ricardo por ser amigo de Roberto? ¿Es que no resulta extraño que la propia mujer avise al marido cuándo ha de ir a casa de Roberto para que evite lo que de otro modo sería inevitable? Hay un momento en que el drama de celos parece que va a desbocarse. Dice Ricardo: ¿Un duelo... entre nosotros? Y contesta Roberto: Una batalla de nuestras dos almas, tales como son, indiferentes, contra todo lo que es falso en ellas y en el mundo. Una batalla de tu alma contra el espectro de la felicidad, de la mía contra el espectro de la amistad. La vida entera es una conquista, la victoria de la pasión humana contra los mandamientos de la cobardía... Existía una eternidad antes de que naciéramos, y existía otra después de nuestra muerte. Sólo los cegadores instantes de la pasión — pasión libre, sin rubor, irresistible —, pueden ofrecernos la única salida por la que podemos escapar de la miseria que los esclavos llaman vida.» (Pág. 142.)

La mujer es la que decidirá; si el amor hacia Ricardo es tan sólo cenizas sin rescoldo, unirá su vida a Roberto. Ciertamente que en

Berta ya no hay amor; pero sí sensatez, unión espiritual íntima con Ricardo Rowan y esto evita el adulterio.

Cuando al final de la comedia ella ha decidido permanecer al lado de aquel hombre a quien ocasionó el destierro, quedan deslindados los campos. Ricardo siente una duda metafísica; ella tiene deseo de que renazca de nuevo la ilusión «Olvidame — dice — y ámame de nuevo como antes», lo que significa: Borremos el pasado y sobre él construyamos el porvenir.

¿Qué pensó Irlanda ante esta obra? Cuando oyó aquel epigrama de la estatua de brazos cruzados, que se pregunta: «¿Cómo bajo de aquí?», y aquella otra de brazo tendido que dice: «En mi tiempo el muladar alcanzaba esta altura», ¿pensaba en sus propios males o en los del continente, en los del mundo, en suma? ¿Cuál era su sentido de insularidad?

«Si Irlanda va a ser una nueva Irlanda, lo primero que tiene que hacer es europeizarse... Un día tendremos que escoger entre Irlanda y Europa.» (p. 75). Conocemos sobradamente el verbo europeizar y su significado; no creíamos, sin embargo, que tenía una área de difusión tan extensa. Nos desconcierta el sentido fluctuante que adquiere en Joyce, sobre todo cuando al referirse al destierro leemos: que algunos dejaron a la patria «para buscar el pan por el que los hombres viven y hay otros que sus más brillantes hijos, que la dejaron para buscar en otras tierras ese pan del espíritu con el cual se mantiene la vida de una nación de seres humanos» (p. 208 y 9).

¿Fué Joyce de estos últimos? Dublín estuvo presente en su obra y donde quiera, entre los diedros del surrealismo, un costumbrismo poético, de luces sosegadas, iluminó, con claro resplandor, su obra literaria. El también se sintió exilado, en busca del pan espiritual, para contemplar la vida de su país con ojos de artista, que antes han abarcado inmensos panoramas. Y cansado de ellos dirige la mirada a su provincia y analiza el microcosmos.

JOSÉ MARÍA CASTRO Y CALVO

EL ANCLA EN LA MENTE

UNO de los primeros quehaceres del pensador — sea filósofo, historiador o sociólogo —, es buscar una o varias normatividades en los hechos históricos. La elaboración de un cuadro de conceptos ordenadores de la realidad histórica responde tanto al deseo subjetivo y a veces angustioso de poder orientarse respecto a lo que le sucede al mundo y al hombre, como a una necesidad rigurosamente científica: no hay conocimiento real sin una previa reducción objetivadora de lo fenoménico.

La primera motivación — la angustia de orientarse —, es hoy particularmente fuerte para nosotros y actúa como un imperativo vital exigiéndonos un conocimiento anticipado de la época que vivimos. No nos consuela saber que aquellos de nuestros futuros herederos que se interesen por la filosofía o la historia poseerán, gracias al tiempo transcurrido, a los datos de conjunto manejables y a los frutos ya maduros de las tendencias y los hechos que ahora están gestándose, una visión definida y cristalizada de la trascendental primera mitad de nuestro siglo. Que dentro de un puñado de años se vea en el arrebató voluntarista de Adolfo Hitler una acción de influencia marxista — pues fué Marx quien dijo aquello de que era hora que los filósofos abandonaran la interpretación del mundo para ponerse a la tarea de transformarlo —, o que se justifique *a posteriori*

al hombre que abrió la guerra mundial con hoy ignorados argumentos, es algo que no nos vale ni entibia nuestra inquietud. Sin duda el instrumental de la interpretación histórica se ha acrecido de forma fabulosa en tiempos recientes y está en nuestra mano intuir algunas posibilidades respecto a la actitud mental con que mañana seremos juzgados; pero tampoco ésto nos basta, pues por la crítica coyuntura en que estamos inmersos, por la necesidad angustiosa de orientarnos, tenemos ansia de poseer los datos ordenadores de la época *dentro de la época misma*. No queremos seguir haciendo filosofía sobre la filosofía ya hecha o historiando la historia pasada; el destino nos obliga a desear que el ave de Minerva emprenda su vuelo y nos comunique sus secretos, antes de que sobre nosotros se haga la noche.

El excesivo énfasis gnoseológico, tanto en el idealismo como en el positivismo, nos ha frustrado un vasto manojó de años de investigación filosófica que hubieran podido rendir grandes frutos si en vez de quemarse las cejas los filósofos sobre la teoría del conocimiento, hubiesen dedicado sus esfuerzos a elaborar un conocimiento concreto del hombre. Ocurre que hoy vemos que suceden cosas graves y críticas en nuestro contorno y que tememos por la suerte de este *bien-fonds* que es nuestra civilización; sabemos también que nos suceden cosas a cada uno de nosotros mismos, cambios espirituales o morales que nos llevan desde un campo del pensamiento a otro muy opuesto, enajenaciones, amores, impulsos que nos transforman en un «yo» distinto y a veces irreconocible para nuestra propia conciencia. Y no hay duda de que seríamos tanto más capaces de poner orden en nuestro dintorno, conocer los hechos objetivados, estudiarlos o prever los que han de venir, si no estuviéramos — precisamente ahora que ocurren tantas cosas fuera de nosotros —, tan turbados por la confusión que se ha adueñado de nuestro interior. Pues el hombre europeo que es sujeto de sí mismo, artesano de su mundo y de la cultura, siente hoy unos inmensos deseos de convertirse en una poderosa herramienta con la que imponer un orden normativo a su destino. Hay por doquier un ansia loca de no frustrarse, una rebeldía contra el tiempo que es breve y contra las limitaciones sociales, una ubicua necesidad de ser protagonista. Y es el umbral de nuestra pequeña tragedia que siendo herramientas de nosotros mismos, no sepamos cómo hemos de manejarnos, porque no nos conocemos, porque no sabemos lo que somos. La abstractización racionalista del hombre — es decir la sustitución del hombre concreto por una especie de nómeno —, se ha producido en mentes tan dispares como las

de Calvino, la de Rousseau, la de Bentham o la de Hitler, a falta de la posesión por nuestra cultura de una antropología efectiva. Y el deseo, político, metapolítico, de crear dentro de un Estado una clase ideal de hombres o de dominar a los demás para configurarlos de acuerdo con un patrón *a priori*, es en buena parte el responsable de las últimas sacudidas de la historia europea.

Pero no hay que proceder, como los modernos epígonos del historicismo romántico o los herederos de la tendencia reaccionaria de Maistre y Bonald, arremetiendo simplemente contra aquel énfasis de racionalización. Pues, ¿qué pueden ofrecernos hoy, como base para una antropología que sea el primer paso para la superación de nuestra crisis, los que ignoran al hombre concreto con todas sus posibilidades subyacentes, viéndolo bajo el cuño de una historia y una tradición exclusivas? Siendo esa tradición la objetivación de unas formas de vida unilaterales y episódicas, referidas a un tiempo sociológica y espiritualmente limitado, puede argüirse perfectamente que en la acción de los racionalistas franceses de fines del s. XVIII que aspiraban a una sociedad con relaciones interhumanas ideales, o en la acción de los revolucionarios rusos que querían transformar al *mujik* y darle una nueva dimensión social, o en la de los seguidores de Rosenberg que pretendían hacer de los alemanes unos arquetipos herederos de los griegos, había un impulso de reacción contra una tradición que niega vida a posibilidades implícitas en el ser humano, es decir, había un impulso irrenunciable de creación. Lo cruel y erróneo de los métodos y la catástrofe moral subsiguiente, no pueden negar este hecho: que desde hace tiempo estamos asistiendo a una lucha a ciegas en la que el hombre europeo trata a grandes manotazos de abrir la puerta que le conduzca a una superación de sí mismo.

Si antes hemos aludido a la necesidad de poseer los datos ordenadores de la época y ahora decimos que nos hallamos ante un dramático espectáculo de re-creación antropocéntrica, veremos que podemos empezar a contar con un cuadro de referencia. Cosas como la filosofía y la actividad vital de Nietzsche o el porqué un movimiento de características tan inhumanas como el nazismo encontró tantas adhesiones, comienzan a cobrar sentido. En las guerras de Religión del s. XVII no hubo una lucha por la afirmación creadora de algo nuevo, pues ambos bandos se movían, en lo moral, por motivaciones que podrían ser llamadas tradicionalistas y conservadoras unos por el retorno a la pureza evangélica, otros por el mantenimiento de las Instituciones dogmáticas establecidas. En este caso Reforma y Contrarreforma pretendían dar un salto en el tiempo y situarse *antes*

del Renacimiento, es decir, borrar de la mente del hombre del s. XVII los modos de vida y las experiencias subjetivas que se habían producido unas décadas atrás, tanto en las tierras jugosas de Italia como en la Inglaterra isabelina. Muy otra es la situación en las guerras de la Revolución Francesa, en los disturbios revolucionarios del «proletariado interior» europeo, en la guerra civil rusa y en las convulsiones espirituales de Hitler y de su movimiento. Todos estos hechos sin duda pueden ser estigmatizados como producto de una *folie raisonnée* — la «obsesión de la idea de la reglamentación universal» (Berdiaev) — pero no es menos cierto que enfrentan a Europa con un hecho nuevo, no en la dimensión geográfica porque ya hubo otros intentos de gobierno «mundial», sino en la realidad viva de que el nuevo régimen al que se aspira implica la puesta en vigor de una nueva ética, de un nuevo modo de relaciones sociales, una filosofía y una forma de vivir, en suma, un nuevo tipo de hombre. Idéntica tensión subjetiva palpita bajo las palabras que se escuchan en 1792 en la Convención — *le terrain qui sépare Paris de Moscou sera bientôt jacobinisé* —, como en otras frases de Marx, Lenin, Spengler o Hitler, hombres que reclaman para sí el derecho de coger entre sus manos el destino de Europa.

Tenemos, empero, que la última instancia de esta *folie raisonnée* ha sido un autoaniquilamiento físico y moral: Rousseau se convierte en Robespierre, Lenin en la N.K.V.D., Hitler en cámara de gas. Esta sangrienta evidencia es como un telón que nos impide ver la justificación y las motivaciones subyacentes y nos conduce a una interpretación maniquea de la historia: todo éso es el mal absoluto, y lo que es distinto a aquéllo es el bien absoluto. Nunca avanzaremos un paso en el conocimiento de nuestro mundo y del hombre si nos atenemos a una escala dialéctica de valores semejantes. La interpretación maniquea es propia de un presidente Roosevelt con su «rendición incondicional» y de un secretario Morgenthau con su «*to pastoralize Germany*». También es maniquea la oposición que nos presentan los historicistas reaccionarios entre Razón e Historia. ¡Ved a Robespierre! nos gritan para hundir a la razón. Ocurre, sin embargo, que también los intentos modernos de edificar una sociedad tradicional y cristiana ateniéndose a valores rígidamente espirituales, han tenido como última instancia el llamamiento al verdugo, tanto en Vadaolid como en Ginebra y Boston (Salem). Es ocioso citar la profunda parábola de Dostoyevsky en su «Leyenda del Gran Inquisidor». La teocracia de Calvino con su estricto sistema moral, la sombría vida de los puritanos de Nueva Inglaterra, no obedecen a motivos racionalistas en el sentido clásico del término «racionalismo», sino a motivos profundamente espirituales; y sin embargo, desembocan en actos sangrientos

enteramente opuestos al espíritu de Cristo. Aquí como allí, la reforma del hombre que se desea choca con la realidad humana que no se deja aprehender; la liberación del hombre se transforma en tiranía, la opresión de las pasiones en el aniquilamiento de toda vitalidad espontánea...

La superación de la falsa antítesis entre Razón e Historia es el primer incentivo para descubrir una antropología del hombre europeo, de igual modo que la elaboración de esa antropología es el camino para resolver el confucionismo racional que está en la raíz de nuestra crisis. Es la *idea* del hombre mismo la que nos importa: conocernos para saber nuestras posibilidades, cómo podemos trabajar unos sobre otros, qué puesto ocupamos en el mundo y qué podemos hacer sobre esta época. Este es el primer y fundamental dato ordenador.

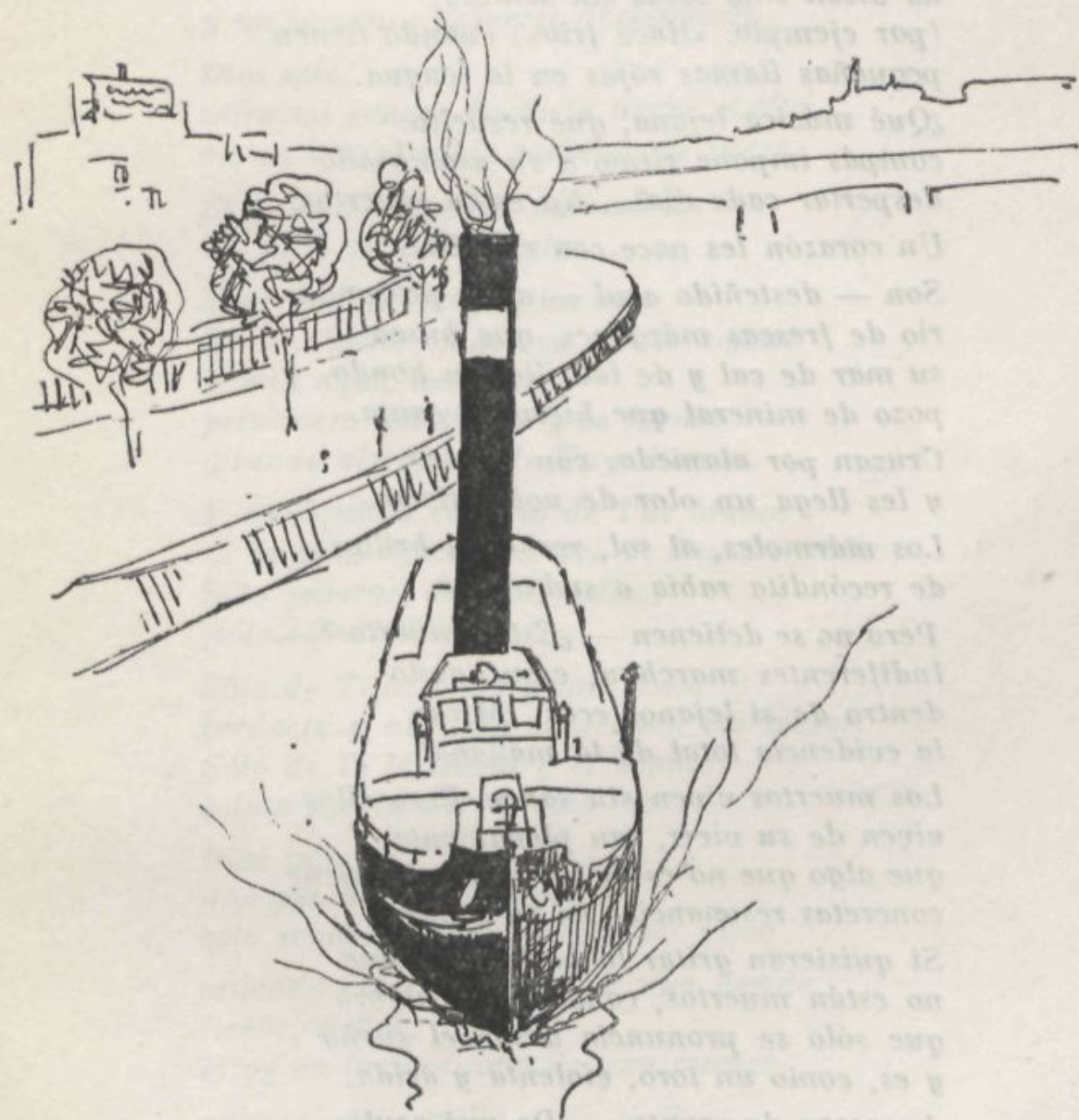
Razón e Historia son sólo elementos para una antropología. Ya hemos visto lo que produce el ejercicio unilateral de la primera: visiones de la sociedad a la Rousseau, objetos de conquista y configuración susceptibles de ser dominados, contrahechos, a merced de una idea. Tampoco nos ofrece lo suficiente la segunda, en cuanto los contenidos históricos que pueden ser incorporados son demasiado breves en el tiempo si se los compara con la vastedad de las manifestaciones del hombre sobre la tierra. ¿Qué tenemos de común con el ciudadano de fines del s. xvii que escuchaba a Bossuet y leía a Boileau? Durante muchos años la cuestión más importante en la Corte de Francia fué el derecho a recibir un taburete en presencia del rey: Mme. de Sevigné lo llama «el divino taburete». El hombre del s. xvii fué la realización de unos pocos de los muchos modos de ser, de pensar y de vivir posibles en el ser humano. ¿Por qué en determinada época se hacía todo de estilo gótico y en otra distinta se construía de estilo neoclásico? ¿Por qué hoy todos los estilos son posibles, y no únicamente los estilos sino los sistemas políticos, y se dan la vida en comunidad patriarcal junto al individualismo más desenfrenado, el soneto de corte clásico en la letra y el espíritu junto al verso surrealista? Cuando hojeamos hoy un libro de crítica filosófica e incluso política, a veces nos asalta una desasosegadora impresión de desajuste, de desacoplamiento mental: vemos que el crítico usa razones inadecuadas para enfrentarse con las ideas ajenas, modos de pensamiento que fueron útiles en otro tiempo o tuvieron categoría filosófica, pero con los cuales es imposible el diálogo en la actualidad, o bien ideas que parten de una zona de la mente que está situada en otro plano distinto al del trabajo objetivo que se pretende juzgar. Es como si estuvieran presentes en dos hombres del mismo lugar y tiempo, una mente de hoy y otra de diferente siglo. No se trata de un mero caso de rezagamiento histórico

(siempre hubo jóvenes y viejos), ni de una cuestión cualitativa de madurez filosófica; se trata de que nos damos cuenta de que por alguna causa son hoy actuales — es decir, se han re-actualizado en un hombre —, los puntos de vista, la estructura discursiva, hasta el *a priori* subjetivo, que estuvieron en el pasado en la base de un sistema de pensamiento. Así hoy corren por Europa mentes que podrían ser calificadas de pirrónicas. Hay una frase de Tertuliano en la que dice que todos los filósofos griegos no valen nada y que cualquier picapedrero sabe de Dios más que Platón, con tal de que sea cristiano. Pues bien: la actitud espiritual que se revela en esa frase, se repite en otros lugares a lo largo de nuestra cultura y está viva como un veneno irracional en el pensamiento ruso del s. XIX, tanto en la masa del pueblo iletrado como en algunos pensadores que alcanzaron a objetivar sus ideas. Como correlato a tal actitud sobre el conocimiento filosófico, puede aducirse la difusión de una actitud similar ante el conocimiento histórico: la de Burke negándose a enterarse de los hechos que estaban ocurriendo al otro lado del Canal de la Mancha (*yo no entro en disquisiciones metafísicas me repugnan*). Otrosí, la posición de Donoso Cortés ante el fenómeno revolucionario y su visión apocalíptica de la historia moderna, son hoy ubicuas en otros hombres; y si pasamos del campo del espíritu objetivo al de las actitudes sentimentales, meramente humanas, veremos que la opinión de John Knox, por ejemplo, sobre las mujeres y Dios, o la rebeldía de Schopenhauer contra «las estrategias de la naturaleza», oegando a los jóvenes enamorados, son opiniones e incluso ideas extraordinariamente difundidas. Pero no es sólo esto. Si cojemos la «*Guía espiritual*» de Miguel de Molinos nos asombrará en grado sumo que entre las líneas de su texto pudieran encontrarse proposiciones condenables por Roma. Pues hoy cualquier sacerdote podría decir desde el púlpito cosas similares a aquéllas, teniéndose por perfectamente lícitas dentro del pensamiento religioso. Este ejemplo nos ilustra que, así como insinuábamos antes que hoy son actuales y comunes ideas y actitudes que ya se objetivaron en otro instante de la historia, también hoy se ha distendido el horizonte coactivo del pensamiento, que se ha hecho omnicomprensivo. En suma: nuestra época se nos aparece como una que no es susceptible de ser sometida a la disección unilateral de un esquema historicista. La complejidad mental, sociológica y espiritual, las actualizaciones sociales de ideas que en el pasado fueron personales, impiden que nuestra conexión histórica sea «disecada» con cuatro rasgos tan precisos y fieles como los que hoy podemos aplicar al siglo XVIII francés. Todo esto explica que, siendo el hombre actual la cristalización de muchas posibilidades mentales actualizadas en distintos individuos coetáneos, haya llegado una crisis en la que no nos enten-

demostramos realmente no sólo porque hablamos distintos lenguajes, sino porque no somos los mismos hombres.

La autoconciencia de este hecho puede ser un primer paso para superar esta crisis; pero la superación no se producirá por la mera comprensión, como si se tratara del desenmascaramiento de un complejo, sino en cuanto la hayamos elevado a conocimiento objetivo, en cuanto hayamos cogido firmemente con nuestras manos esta flor mágica y variopinta del pensamiento para fijarla en un libro y poder leer en ella. Esta es la tarea de una antropología filosófica. Y sus resultados no habrán de producirse como una abstracción universal, es decir, unos resultados que pueden quedar heridos por el reproche de Kierkegaard a Hegel: «Hegel conoce todos los problemas menos el tuyo.» Al contrario, en la tipología que elabore esa antropología filosófica — y el gran problema es que no sea una tipología histórico-relativista —, se ha de ver reflejado como en un espejo el hombre concreto. Y si consideramos que en este hombre subyacen muchas posibilidades, mentales, morales y corporales, nunca actualizadas por coacción de sí mismo o de la época, abriremos un portillo desde el cual plantear de un nuevo modo el problema de la personalización del hombre y de su libertad de elección. Apretando los tornillos a nuestra conciencia — decía Husserl en Berlín en 1931 —, no a la naturaleza como Bacon quería, obtendremos sus secretos. Así el conocimiento de la estructura de un pensamiento que nos ha llevado a confundirnos y a luchar con nosotros mismos, nos descubrirá el enemigo que tenemos dentro de nuestra mente, y dominado por el conocimiento, podremos disponer con mayor libertad de nosotros, del mundo y de la vida que poseemos.

E. P. DE LAS HERAS



FRISO CON OBREROS

Aparecen de pronto.

No están muertos.

*Y si no hablan, es porque las palabras
no dicen sino cosas sin sentido,
(por ejemplo: «Hace frío») cuando tienen
pequeñas llamas rojas en la lengua.*

*¿Qué música lejana, qué resuelto
compás impone ritmo a su asombrado
despertar cada día?... No están muertos.*

Un corazón les nace con el alba.

*Son — desteñido azul — agua profunda;
río de frescas márgenes, que busca
su mar de cal y de ladrillo; su hondo
pozo de mineral que hierve y canta.*

*Cruzan por alamedas con rosales
y les llega un olor de noble tierra.*

*Los mármoles, al sol, recobran brillos
de recóndita rabia o sudor frío.*

*Pero no se detienen — ¿Están muertos? —
Indiferentes marchan, escuchando
dentro de sí lejanos ecos. ¿Miran
la evidencia total de la mañana?*

*Los muertos viven sin saber. Pero ellos
viven de su vivir, tan plenamente
que algo que no es la luz ni el aire tiene
concretas resonancias en su sangre.*

*Si quisieran gritar lo harían, porque
no están muertos, conocen la palabra
que sólo se pronuncia desde el sueño
y es, como un toro, violenta y ácida.*

*Aparecen de pronto — ¿De qué ocultos
manantiales de vida? — y permanecen
en la esperanza de los hombres. Viven
soportando futuro a las espaldas.*

VICTORIANO CREMER

O R A C I O N

Esperándote estoy, Dios mío.

*Hace tiempo, millones de años
que escuché Tu palabra sobre el mar.
Era un rauda aleteo de golondrina
y un inmenso universo desplomado.*

*Dios mío,
mira mi sangre hacia la tierra vuelta
en un inexplicable contagio de fijeza.*

*Si al menos apresar pudiera un día
Tu Faz, vientos adentro...*

*Esperándote estoy, Dios mío,
Señor, Señor, ¡hace ya tantos siglos!
Y aún aquí, todavía,
prisionero del límite y la forma
girando alrededor de Tu columna.*

*Y ni siquiera el tacto de Tus Manos
ni la gran muchedumbre de Tus Pupilas.
Sólo pájaros, árboles, valles,
¡sólo eso de Ti!*

*Sólo de Ti la brisa y una línea
inexacta y absurda añicando los mares.
Sólo de Ti la lluvia y el sonido,
solamente la tierra, sólo eso .*

*Dios mío,
una palabra sólo, sólo una,
sólo sentirte sobre las piedras vivo
latiendo como el labio de una herida.
Señor, Señor,
estoy en lo profundo de una cuenca
remota, sin estrella y sin orilla.
Escucharte una vez, una vez solo
y ser luego polvo, arena,
en la playa gigante de Tu Infinito.*

FRANCISCO SITJÁ PRÍNCIPE



ENTRE SOL Y SOL

«Hasta en el sueño son los hombres obreros de lo que ocurre en el mundo»

ALEJARSE de aquello que se quiere, proporciona un nuevo conocimiento de la cosa querida. Esta se nos aparece entonces con trazos más continuos, menos entretejida a lo accidental, en sus esencias. Si aquel es un querer apasionado y activo, la lejanía lleva además a un infatigable comparar, en que lo bueno y lo malo, lo sabido y lo que pronto se nos revela, exigen de manera terca e ineludible nuestra reflexión.

Lo lejano es ahora España, y el punto desde el que la contemplo es el centro casi geométrico de lo más sustantivo de esta entidad creadora llamada Europa.

Los hombres con quienes hablo son todos universitarios europeos. Unos intervinieron en la última guerra como combatientes, otros vivieron una difícil adolescencia en ciudades desventradas o en aldeas atónitas. Con ellos, dos generaciones de profesores.

¿Qué es lo que, en un orden superior y como a europeos, preocupa a estos hombres? La respuesta no puede sorprender al lector español, porque en su conciencia bullen parejos contenidos: Rusia, Estados Unidos, Unión Europea.

Con las diferencias de grado que imponen las distintas nacionalidades y las personales ideologías, Rusia y el comunismo se ven como una amenaza, como una negación. Pero es el caso que esta amenaza y esta negación actúan sobre algo que, después de la última guerra, resulta trabajoso definir — *la civilización occidental* —, y sobre un *espíritu europeo* que, mutilado y recluso, camina con las andaderas de una nación extracontinental: Estados Unidos. ¿Qué han traído a Europa estos americanos, de corazón y mente abiertos, cuya sinceridad inspira confianza? Por de pronto han revelado al europeo su menesterosidad. Y por la urgencia con que le invitan a un entendimiento continental, han agudizado en su conciencia la desazón de un estado de crisis y la sospecha de hallarse entorpecido por un anacrónico sistema de nacionalidades.

Parecería natural que la simpatía hacia los Estados Unidos y la desconfianza hacia Rusia hubieran producido ya resultados que permitieran contemplar el porvenir de Europa. Pero no es así. Entre voces apremiantes que anuncian la guerra, con una agitación nerviosa bastante justificada, y ante los hechos bélicos y políticos que pueden constituir el comienzo de ella, los europeos, demostrando

comprender lo peligroso de la realidad, permanecen en una sorprendente actitud pasiva que a veces semeja fatalismo engendrado por el cansancio y que, en su cara más auténtica, no es otra cosa que falta de fe en algo que ha perdido el lugar que antes ocupaba en su conciencia: la política, y, más aún, los políticos.

El sistema democrático, frente a unas realidades sociales, económicas y prebélicas a las que no siempre puede acudir sin poner en entredicho sus dogmas, es hoy una modalidad política necesitada de revisión. Pero de ello no puede ni hablarse, porque el argumento de la libertad — con arreglo al patrón democrático del siglo pasado —, es el fundamento teórico en que viene apoyándose el frente occidental. Mientras tanto, los políticos, obligados a difíciles contorsiones entre aquel dogmatismo y la realidad apremiante, llevados del gesto doctrinal al hecho concreto que exige soluciones, pretenden arbitrar éstos por medio de componendas y tejemanejes que a cada paso tratan de justificar mostrando las mangas vacías y los dedos abiertos. Ello ha acabado por darles un aire extraño de malabaristas circenses y de maquiavelos de trastienda, con el desvío de quienes piensan que la política debe ser un quehacer más claro y serio y, sobre todo, más eficiente.

Estos políticos son quienes complican lo que entre los continentales solventes va ganando terreno: la necesidad de fortalecer el sentido de lo europeo, con miras a una paulatina eliminación de radicalismos nacionales. Los comienzos de la Unión Europea de Estrasburgo en pecadoras y tornadizas manos políticas, han conducido el intento a un punto difícil, del que han de rescatarlo quienes de verdad conocen la trama mental y sensible de Europa, aunque nunca intervengan en esos pactos y tratados que un día se firman, en medio de un corro de amanuenses armados de secantes de vaivén, y otro se olvidan en los azares de un negocio de carbón o de petróleo.

Los universitarios, los hombres de ciencia y letras se suman progresivamente a esta esperanza, con fe en lo europeo, cuyo potencial creador, lejos de extinguirse, se manifiesta más profundo todavía en presencia de lo que aspira a reemplazarlo. Esto es lo que alborea con mejores promesas, hasta el punto de que tal vez no sea peregrino pensar que Europa se encuentra hoy en situación análoga a la de la España filipina: en un refluir sobre sí misma — tras la reducción del ámbito de su acción externa —, y en trance de iniciar — como nosotros en nuestro siglo XVII —, la maduración de lo más genuino de su intimidad.

España, para estos hombres con quienes hablo, resulta un país remoto y casi extraeuropeo. La reacción que ello produce en el espa-

ñol que lo descubre, es una mezcla de sorpresa, de dolor y de rabia. De sorpresa, porque la cultura historicista española mantiene vivo en nosotros un pasado que para ellos ha perdido relieve y vigencia. De dolor, porque nos hace pensar en cien años de energías llevadas por caminos infecundos. De rabia, por nuestra fe irrevocable en lo español, en este pueblo que, a través de un sinnúmero de dolores y de venturas nunca llegadas a plenitud, presagia, sin embargo, no sé qué destinos altos; y porque desde este terreno de esperanza resulta insostenible que se ahorre el trabajo de adentrarse un poco en lo español para descubrir las razones en que se sustenta nuestra fe.

Pero en la vida actual, el criterio de valoración de los pueblos se basa en su nivel científico y técnico y en su fuerza económica y militar. Y esto no hay que olvidarlo.

Entre nosotros siempre ha habido personas — y en su fervor merecen todos los respetos — dispuestas a sostener con largas relaciones de nombres y, más todavía, con fogosa oratoria, la existencia de una ciencia española. La verdad es que no todos los españoles están convencidos de ello, y mucho menos los extranjeros. Porque parece razonable entender como ciencia, no esta o la otra individualidad aislada — que en muchas ocasiones se han dado aquí —, sino el esfuerzo continuado y las realizaciones técnicas consiguientes que sitúan de modo permanente a los hombres de un país en la línea impulsora del desarrollo científico universal.

Si de la ciencia pasamos a la política y a su reflejo en lo económico, los cien años siguientes a la Guerra de la Independencia justifican cumplidamente la desvalorización conceptual de lo español. No se puede vivir un siglo entre alborotos banderizos y garrulerías teatrales sin perder el derecho al respeto ajeno.

Nuestros males, que aun habiendo favorecido a otros países no pueden explicarse del todo con viejas manías persecutorias, proceden de nosotros mismos. Necesitamos rehabilitarnos, pero esto no se conseguirá nunca con soflamas, con vocabulario de grueso calibre ni con el rédito de nuestras glorias pasadas. Se conseguirá sólo por el esfuerzo científico sin intermitencias, por el trabajo en todos los órdenes y por una estabilidad y una continuidad en las instituciones y en los métodos políticos que permita el logro de nuestras posibilidades.

Entonces no será menester reclamar la comprensión que tantas veces se nos niega. Porque si en los dos aspectos citados no es posible tachar de injustos a estos extranjeros, la ignorancia en que viven en otros órdenes respecto de nosotros — por ejemplo, el desconocimiento casi total de la moderna literatura española — es hasta tal punto excesivo que podría hacerse sospechoso en un examen parcial, de me-

nosprecio arbitrario y sistemático. Y a los europeos de hoy les conviene mucho comprenderse y vivir en armonía.

* * *

Cuando se analizan las particularidades que nos distinguen — que no son pocas — de los países atlánticos y centrales de Europa, sobre todo de aquéllos que se adhirieron a la Reforma, se advierte que una de las más características estriba en lo moral. Esta diferencia no procede de los principios y contenido de la moral misma — que en todos ellos es en esencia moral cristiana —, sino de la conciencia de su origen y de su término, es decir, de la motivación y justificación de lo moral por lo religioso. Podría decirse que en España existe un sentido moral religioso, y en aquellos países un sentido moral civil. Para el español, la moral tiene un significado personal y trascendente, arranca del fondo de su religiosidad y se regula por lo intenso de ésta. Para aquellos europeos, la moral cristiana ha emigrado de la intimidad religiosa a la esfera de lo civil y de las relaciones no confesionales de convivencia.

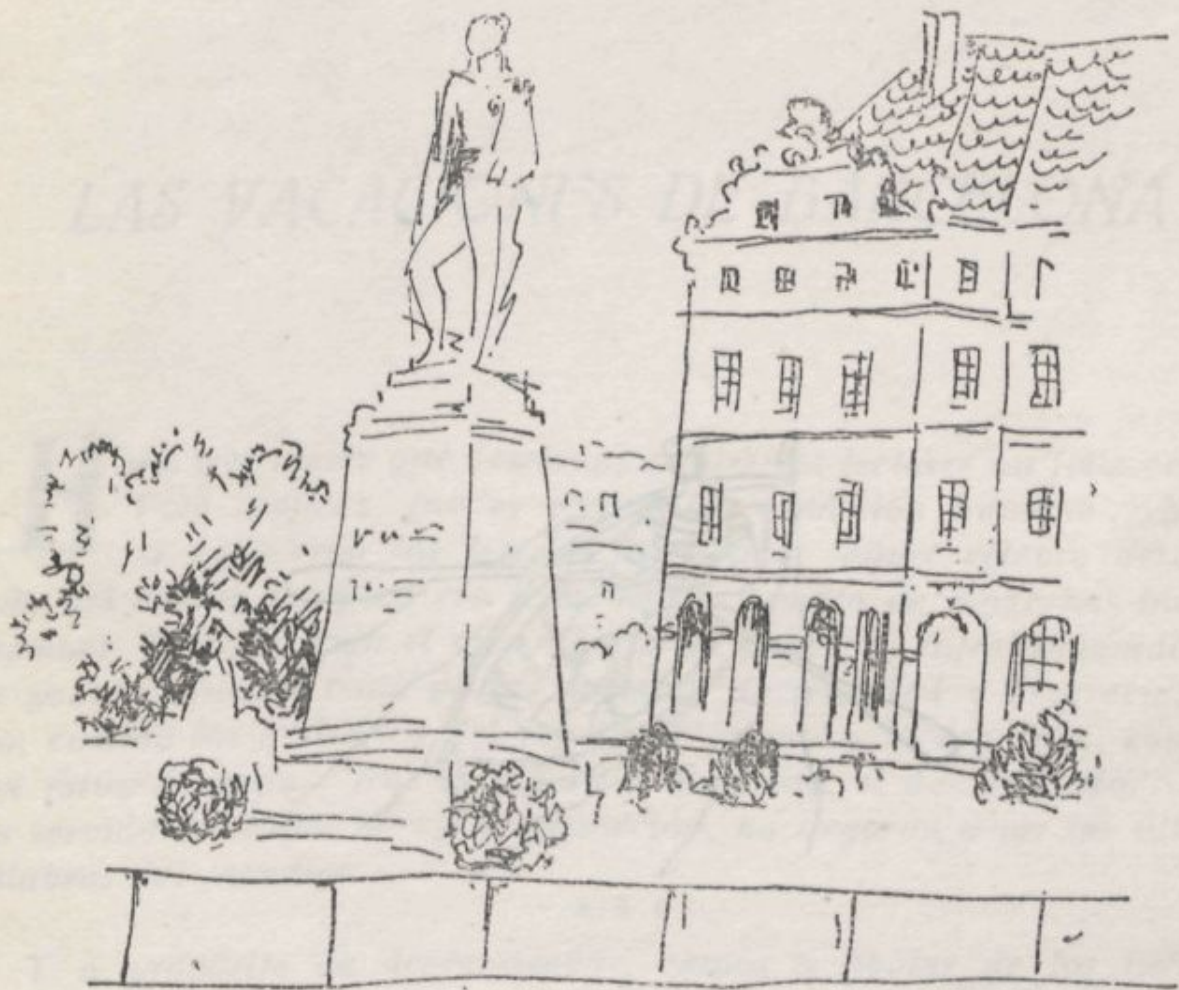
Considerar las ventajas e inconvenientes de uno y otro emplazamiento del sentido moral, sobre todo desde el punto de vista de la evolución histórica, conduce a resultados contrapuestos, en especial si, como en el momento presente, las relaciones de tipo civil se ven amenazadas por vientos de borrasca.

Si una doctrina, y mucho más una doctrina religiosa, remonta lo individual y hace efectiva su acción sobre lo que antes era campo propio de la legislación positiva, debe admitirse que avanza y que cumple más ampliamente sus fines. Y, en efecto, en estos países de que hablo, la convivencia civil es más estable y fácil que la nuestra. Pero si en esta expansión llega al extremo de secularizarse y perder contacto con la conciencia individual religiosa en que naciera, rejando reducida ésta a puro armazón mental, corre el riesgo de perderse un día bajo el huracán que pueda llevarse las instituciones y el sistema civil en que se apoya.

Por el contrario, un país como España, en que la moral no ha abandonado el plano primitivo de la conciencia, y que mantiene su significación religiosa originaria, parece que, con la mayor fuerza de perduración que lo religioso tiene sobre lo civil, se encuentra en posición más sólida en lo que se refiere a la continuidad de un sistema de vida sobre el que gravitan toda suerte de peligros y malos agüeros.

La cuestión exigiría un análisis mucho más ancho y hondo. Baste señalar por ahora este grado distinto de contigüidad entre lo moral y lo religioso, cuyo alcance no necesita encarecimientos.

RAMÓN CARNICER



PARIS - 51



3.

LAS VACACIONES DE BARCELONA

HACE tres meses que deseamos a nuestros lectores un feliz verano. Voto ineficaz, ¿no es cierto? La condición humana... No sé si conocerán los lectores la noticia: aquel célebre descamisado del cuento tampoco era feliz. Según resulta de modernas investigaciones, había llegado el miserable a tal grado de inhumanidad en su pobreza que no tenía ya las nociones de felicidad y desgracia. Por eso, cuando los emisarios del rey le preguntaron si era feliz, contestó con estúpido gesto: "No, yo soy Juan Expósito, el descamisado." Pero los servidores reales, en su precipitación, no llegaron a oír las últimas palabras del mendigo.

* * *

Y a propósito de descamisados, vamos a hablar de los turistas. Apenas es comprensible que el hecho fundamental para comprender a nuestros polícromos visitantes, aun siendo generalmente percibido, haya sido tan escasamente puesto de relieve por cuantos cronistas han escrito sobre el asunto, con pasión o desprecio o con apasionado desprecio. La mayoría de los turistas que nos han visitado este verano eran gentes modestas y hasta humildes, limitadas económicamente en todo caso. Tan limitadas como los estudiantes españoles que, cuando andan por Europa, inventan donpablesco procedimientos para abrir todas las ventanillas de un restaurante automático sin echar moneda más que en una rendija. Tal vez por recordar su turismo estén los universitarios modestos algo más capacitados que los españoles aco-

modados o sedentarios para comprender y perdonar tanto atuendo más bien detonante. Poeta que entraste en pescadora y sandalias — una y otra con mugre de mucho tiempo — a oír música de Bach en el Museo de Heidelberg, ¿serías capaz de echar la primera piedra al rubicundo nórdico que contempla el "Tierkampf" desde el tendido, vestido poco taurinamente con shorts y blusa?

También nuestro compatriota sedentario o acostumbrado al turismo-rítz puede (y tal vez deba) hacerse alguna consideración que le ayude a ser caritativo: las clases modestas europeas han simplificado mucho su vida, para poder conservarla con cierto desahogo en lo elemental. No se dará en Francia o en Alemania una pobreza vergonzante tan frecuentemente como en España existe, sostenida por unos aberrantes restos del sentimiento de honra. Frente a la trágica lucha por la fachada quebradiza, las clases europeas amenazadas por un descenso de nivel social han derrumbado resueltamente los símbolos de su antigua posición para intentar mantener lo sustantivo de la misma. Han derruido la fachada de la vieja casa insostenible para levantar con las mismas piedras la reducida vivienda de posible sostenimiento. La influencia americana es en este terreno meramente episódica e intrascendente, contra lo que pueda parecer: en Europa se vive hoy casi sin fachada porque algo ha de enseñar el desolado paisaje de las ciudades.

Son, pues, hombres y mujeres modestos los que han pasado este verano por Barcelona. Naturalmente, con las excepciones que en la misma calle era fácil establecer. Y el español vestido de negro, cuellos y puños brillantes, puede pensar también en esto para acallar su indignación: gente modesta de Europa pasa por encima de los tópicos políticos y se concede unas vacaciones donde su imaginación lo desea y su bolsillo lo permite. ¿Y no es mejor que, en cayendo octubre, se comeyten las cosas de España en los suburbios industriales de Lyon, Manchester y Düsseldorf que en los Consejos de Administración de la Europa que se va?

* * *

Afortunadamente, hace ya bastantes años que la Universidad se da cuenta de la importancia que tiene el movimiento turístico veraniego. Puigcerdá, Sitges, Ripoll, San Cugat, Palma... son centros más importantes por lo que tienen de contacto que por lo que puedan tener de científico, dado el corto tiempo de que disponen los encargados de desarrollar los cursos. Y sin embargo, es un extraordinario acierto el que sean buenos y auténticos especialistas quienes den esos cursos en broma: porque a través de los especialistas, capaces de revelar, cuando el caso llega, un matiz arqueológico, artístico, lingüístico, geográ-

fico, inadvertible por el profano, el país se presenta al extranjero como colmado de riqueza sensible y espiritual. Así pues, incluso para cursos de quince días es bueno disponer de especialistas. Y en esto se halla nuestra Universidad considerablemente avanzada.

* * *

On parle français. Si parla italiano. English spoken. Man spricht Deutsch. ¡Cuántas cosas podría contarnos un tendero-cronista!

Pero hablemos ahora de nosotros mismos. Si habla español, como dice un optimista letrero veneciano.

* * *

Todos los veranos ven el tímido estreno y pronta retirada de una película española digna desde el punto de vista cinematográfico. Esta vez ha sido "El último caballo", de Edgar Neville. Convendría que las personas interesadas por el cine y por su desarrollo en España se ocuparan de esa desgraciada "coincidencia", que se produce desde hace ya muchos años. Las cintas españolas falsas artísticamente, tramposamente retóricas, inútilmente millonarias, se estrenan con gran aparato en un buen momento de la temporada y en una sala de primera categoría. Sólo para caer desde más alto, naturalmente. O, si el lujo es tan impresionante que consigue la cinta una buena taquilla, para colaborar eficazísimamente con el cine yanqui en la degeneración del gusto del público. Por el contrario, lo poco sincero y cinematográficamente aceptable que producimos (generalmente, las películas hechas con menos dinero y con mayor independencia frente a él) no consiguen más que una fugaz aparición en verano, para que las salas de proyección cubran su porcentaje de exhibiciones nacionales. Esta suerte ha corrido la última cinta del pionero de nuestro humor, Edgar Neville. "El último caballo" era una película fina, con momentos brillantes, como la divertida manifestación alcohólico-hipófila y anti-automovilística en plena Gran Vía madrileña.

Descanse en paz el último caballo. Pocos asistimos a su entierro.

* * *

El paréntesis cultural que es para Barcelona el verano quedó oficialmente roto con algunas actividades comprendidas en el programa de las fiestas de la Merced. Urge ahora declarar que, como se dijo en la primera crónica, sólo aspira el cronista a dar, de algún modo, estado consciente a lo que hace nuestra ciudad. Y una toma de conciencia es siempre subjetiva, por más objetividad que aspire a reflejar. Por eso es su cometido sugerir, sólo sugerir, para que el lector recuerde, apartándose, si quiere, de los juicios del cronista. El cual creará haber llenado tanto mejor su papel cuanto más lejos de sus opiniones lleguen sus lectores, impulsados por sus sugerencias. Esto

reconocido, ténganse por aceptados cuantos elogios hayan recibido los actos culturales de la Merced y acéptese también que el cronista vea con descontento lo estériles, escasos y desorganizados que han sido.

No es que faltara buena voluntad. Pero la buena voluntad fué escaso aparato para ordenar el material variadísimo de que se podía echar mano. Había — era obvio — estrenos que organizar: los de las obras que la misma ciudad había premiado. Se dieron, aunque con la mayor desorganización posible. Se dieron también un par de conciertos más. La escasa eficiencia organizadora se manifestó plenamente con motivo del concierto dado por la Capilla Clásica Polifónica en el Tinell. Anunciado con escasa antelación, no reunió la magnífica sala a más de cuarenta personas. Y el concierto fué bueno. Tal vez un poco bucólico y flautista el programa, con tanto ruiseñor mendelssohniano, pero bien cantado. Merecedor, en todo caso, de mayor propaganda y organización más sólida.

* * *

No deja de tener interés la corrida goyesca que halló lugar entre las fiestas. Muy lejos habría de llevarnos una cumplida reflexión sobre ella. Obsérvese que, mientras cualquier amenaza de alteración del Reglamento, por razonable que sea, pone nervioso al buen aficionado, esta clara mascarada no encuentra seria oposición. Por el contrario, había en la plaza un ánimo expectante. Mezclado con el temor de que aquellas ropas de cine molestaran a los diestros, el "entendido" aceptaba aquellos disfraces como dentro del juego, con ser éste tan rígido que no permite la más ligera variación de forma. (Las becerradas y el toreo cómico no son debilitaciones de la etiqueta taurina: son su eliminación total para uso de masas ineducadas en el tradicional y reglamentado festejo.)

Puede pensarse que la rigidez del Reglamento de Toros es precisamente fruto del carácter formal, "literal", de la tradición taurómaca. Entonces se explica que la mascarada goyesca no suscite protestas del "entendido": es una reproducción histórica del momento preciso en que fué fijada formalmente esa tradición.

Nuestro pueblo, que tan enciclopédicamente ignora lo substantivo de su tradición, se ha visto obligado desde el siglo XVII a desarrollar un sentimiento tradicional que podríamos llamar saduceo. El tradicionalismo del pueblo español está fijo en las formas literales porque ha perdido casi totalmente contacto con el contenido de esas formas. Es fanático. Pero formalmente fanático, fanático de la letra: saduceo. Exige exactitud y fijeza dogmática no ya en la tradición de contenidos que ignora, sino en la presentación externa de los mismos: en los galopes del alguacilillo y en los saludos del diestro a la presidencia.

La corrida goyesca, pese a ser una mascarada difícilmente justificable, tenía derecho a producirse porque era un excitante del sentimiento fundamental del auténtico y refinado "entendido", un excitante del sentimiento fundamental de la fiesta, que no es el sentimiento del valor, ni la crueldad, ni el arte, ni la fuerza o la astucia, ni nada psicológica o ideológicamente sustantivo, sino el sentimiento de algo literal, formalmente tradicional: un sentimiento ritual, un tradicionalismo saduceo, como todo tradicionalismo popular español.

* * *

Todavía mejores observatorios que la corrida goyesca fueron los festivales regionales del Pueblo Español. Todos resultaron brillantes. Alguno incluso — la prensa lo subrayó — de calidad. Pero no es ocasión de analizarlos. Resultará mucho más interesante echar sobre ellos la sonambúlica mirada con que se suele sorprender a las esencias, grandes amigas de los despistados y de los míopes. Así, desde lejos, y luego de comprobar que — por más calidad que tuvieran — su público no estaba hecho de cultos diletantes, resulta que los festivales de Montjuich se confunden, en la cansada retina, con los demás datos que ella almacenaba sobre el sentimiento folklórico español.

Folklore es, francamente, incluso sin ponerle la correcta V, una palabrota bastante más rara que metacarpiano o indigencia. Pero, si usted amenaza a alguien con aplicarle violentamente los metacarpiños o si dice que la terraza de tal bar está llena de indigentes, la gente pensará que es usted un pedante; en cambio, si pide usted folklore todas las noches, quienes le oigan se limitarán a sonreír, convencidos de que es usted un borrachín simpático, todo naturalidad y campechanía. Pues bien, simbólicamente — sólo simbólicamente — la suerte de la palabra folklore encierra la historia reciente del sentimiento patriótico español. Es muy desagradable dogmatizar en exabrupto. Pero como no es posible transformar una crónica en un ensayo, ni lícito dejar sin comentario esos festivales, necesario será escribir la siguiente tesis: "El mapa sociológico del sentimiento patriótico español se ha invertido hoy con respecto al siglo pasado." El pueblo vivía en el siglo XIX sobre claras bases patrióticas que, por el contrario, faltaban a las clases cultas. El pueblo no tuvo dificultad moral alguna para decidir su conducta ante la invasión napoleónica, por ejemplo, mientras que los hombres "educados" sufrieron lo indecible, sometidos a desgarradoras antinomias. Pero pasan los años, y los hombres cultos descubren una nueva fuente para sentir sentimientos semejantes al que en ellos había hecho crisis. La cosa se llamaba "sentimiento nacional" — no ya de Patria — y fué servido en grandes dosis por todo el país y principalmente, como era lógico, en la periferia. El pueblo

tardó en hacer acopio del nuevo producto, pese a la efícacísima propaganda. Si, al pueblo siempre le había gustado bailar. Pero ¿qué quería decir Volklore? Porque antes, bailaba uno una jota y se quedaba tan tranquilo. Pero ahora, según enseñaban los pequeños mancinis peninsulares, bailaba usted una sardana y se llenaba de Volkgeist que daba gusto, hasta rebosar el corazón, las entrañas — y la vesícula biliar, que es lo que más se llena de Volkgeist cuando se sufre ominosamente bajo brutal opresión.

Se llena uno tanto de eso que, al final y si se tiene un paladar discreto, se sienten náuseas y se vomita. Hoy, lo más limpio de las clases cultivadas españolas empieza a vomitar Volkgeist. Y el pueblo tengo conciencia de que la imagen no es muy bella — se lo está tragando.

He aquí, pues, que la vanguardia culta española ha descubierto los límites de la cosa y puede volver a entenderse. Pero ahora, hijos de los pequeños mancinis, hay que pagar por los padres: ahora que vosotros sois capaces de elaborar un nuevo y depurado sentido de lo español, el pueblo — que, abandonado a sí mismo, ha cambiado el Volklore metafísico en el molesto y sucio "folore" sentimental — no entiende una palabra que no sea "folórica". De un pueblo que hace cien años era patriota — con un patriotismo de mayor o menor calidad, eso no vamos a discutirlo — habéis hecho un pueblo nacionalista. Ahora que, salvo los fanáticos y paranoicos, os aburrís del nacionalismo, ¿qué vais a hacer con el pueblo español? Mucho me temo que haya que preguntarlo al revés: ¿qué va a hacer de vosotros el pueblo? ¿Qué va a hacer de España? Porque hay que tener en cuenta que sólo he hablado aquí del pueblo que, en líneas generales, sigue siendo nacionalista, del pueblo que está más o menos "vertebrado". Pero ¿y el contingente que, más inteligente, se burló pronto de las ñoñeces nacionalistas? El sector totalmente desvertebrado — claro: el enorme sector marxista — ¿cómo va a poder ser alcanzado por un nuevo sentimiento español?

O estamos ante el nacimiento del más depurado patriotismo hispánico que haya existido nunca o ante la definitiva muerte del sentimiento español.

(Valga en descargo del cronista el que no dicte "anathema" contra ninguna refutación posible de sus desnudas tesis. Y válgales a éstas su forzada desnudez cierta consideración.)

* * *

Los obreros de la Empresa Nacional Bazán, de Cartagena, tienen un coro. Ese coro canta bajo el nombre de Tomás Luis de Victoria. No saben solfeo los cantores y sus voces no son demasiado finas. Pero, como

lección más eficaz que cualquier comentario, transcribo el programa que cantaron el 13 de octubre en el Palacio de la Música, ante una nutrida docena de personas: Ave Maria (Victoria), Say Love (Dowland), O occhi manza mia (Lejeune), I thought that love (Byrd), Tanzen und springen (Hassler), Quand mon mari (di Lasso). — Ecce quomodo moritur justus (Handl) O quam gloriosum y Vere languores nostros (Victoria), O sacrum convivium (Viadana), Crux fidelis (Juan de Portugal), Exultate Deo (Palestrina). — Cantigas XXI y LXV (Alfonso X), Tres madrigales (Juan del Enzina), Con amores m'adormí (Anchieta) y Franceses por qué razón (P. de Tordesillas).

Si hay algo importante que hacer para educar al pueblo español es ponerle en contacto con una tradición musical que ignora totalmente. Me es casi imposible expresar sin excesos retóricos al maestro Agustín Isorna todo lo que como miembro de este pueblo le agradezco el llevar al espíritu de esos obreros navales la música de las cantigas y de Juan del Enzina, la música de Victoria, la música de nuestro pasado. Pocas cosas son tan repugnantes como el nacionalismo artístico. No existe la música española, ni la música francesa, ni la alemana. Existe la música en España, en Francia, en Alemania. Pero si en algún sitio se justifica un cultivo preferente de los músicos indígenas es en España, donde, aparte de la reclusa labor de musicólogos más que notables, no se cultivan popularmente ni mucho ni poco; donde el pueblo comulga — sin saberlo — con la angustiada repulsa de Unamuno contra la música. Repulsa que es tan angustiada como cómoda — por una vez tenía que ser cómodo Unamuno —, que se explica por el temor de descubrir un viejo subconsciente racial que es confortante dar por inexistente. Con toda la veneración que le debemos, hay que gritar contra Unamuno: ¡Música para el pueblo español! Música, como cualquier otro contenido de su tradición. Porque cuando conozca más lo substantivo de su tradición será tal vez menos fanático de su letra, será menos saduceo.

Operas de Calderón, madrigales, polifonía religiosa, música alfonsina, discreta cortesanía de los músicos amigos de Fray Luis, todo eso encierra grandes valores educativos desaprovechados.

Podría empezarse por ensayar algo más fácil: El T.E.U., el Teatro de Cámara, el Teatro Club, los teatros jóvenes, podían intentar, por ejemplo, la puesta en escena de "El caballero de Olmedo", haciendo cantar las clopas del tercer acto según las "diferencias" de Cabezón, que por algo aceptó el propio Lope esa partitura. Y habría que darlo por las noches, en las esquinas de las calles, y estudiar las reacciones

que provocara el espectáculo, para seguir adelante con más pureza cada vez.

* * *

Mientras se imprime "Laye" prepara el Orfeó Catalá la ejecución de la misa en si menor de J. S. Bach. Pese a no quedar incluido en la crónica presente ese importante acontecimiento, quiere el cronista con esta mención felicitar al Orfeó que celebra así su LX aniversario — y el L de su primera interpretación de la obra.

Como también quiere reprochar al mismo Orfeó — nada debe quedar en el tintero — que interfiera indelicadamente con sus ensayos el bien programado y honradísimo, ya que no brillante concierto de la Masa Coral Tomás Luis de Victoria. No fueron bien acogidos, realmente: hasta el vestíbulo del Palacio estaba cerrado. Se reservaba, sin duda, para el selecto público del domingo por la tarde. ¡Y pensar que los simpáticos MURCIANOS aún tuvieron la galantería de ofrecer, fuera de programa, un par de canciones catalanas!

M. S. L.

AQUI, MADRID

MADRID, octubre. — «¿Sabes, chica? Ayer estuve en el cacharro ese del Arte hispanoamericano. ¡Cuánto cuadro! He visto unos indios muy monos... y un Cristo... ¡pero qué Cristo! Un Cristo horrible.» Este es uno de tantos fragmentos de conversación cazados al azar a las eternas paseantes de la Gran Vía madrileña, esas chicas graciosas y suaves que tan bien retrata Picó. Madrid, dulcemente, se prepara para el invierno a través de un otoño soleado y progresivamente frío. El bullicio alegre y despreocupado de los atardeceres ciudadanos va, lentamente, cargándose de gabardinas y abrigos de entretiempo. Vuelven los conciertos, el curso ha empezado y los miles de estudiantes venidos de provincias se agolpan detrás de las madrileñas que pasean, en grupos, por las calles. La eterna historia.

Algo inusitado ha venido, sin embargo, este año a romperla y sazónarla: la Bienal. Una exposición internacional de este tipo repercute extrañamente en todas estas personas, que aparentemente se hallan alejadas de la esfera del Arte. El fragmento de conversación que he recogido es rigurosamente histórico, y el domingo siguiente a la inauguración del certamen estaba el Palacio de Bibliotecas y Museos literalmente abarrotado de gente. La Bienal Hispanoamericana de Arte preocupa a los estudiantes y a las chiquillas madrileñas tanto como

al crítico más sesudo y entendido. Preocupa también al político, pues se trata nada menos que de hacer de Madrid una Meca del Arte de rango internacional, aunque su internacionalidad se limite a la América Latina. La denominación de «Bienal» parece apuntar directamente a la «Biennale» veneciana, en cuyo último certamen la pintura mejicana obtuvo el segundo puesto oficial — después de la francesa — y el primero por la atención del público. Pero más bien la exposición se lanza a atraer a Madrid a los pintores de habla española, que hasta ahora tendían a adquirir fama — como incluso los propiamente españoles — en París. Y este es un propósito muy artístico y a la vez muy político. Por ello el Instituto de Cultura Hispánica, bajo la protección del Ministro de Asuntos Exteriores, ha concebido la idea del certamen y la ha llevado a la práctica, sin ignorar la magnitud de la empresa y de su finalidad. Su importancia ha sido olfateada por todo el mundo, y por ello la Bienal suele ser tema corriente de charla de café y de paseo.

Es, sin embargo, muy difícil aún enjuiciar en conjunto una exposición a la que están llegando obras continuamente y cuya dispersión de locales obliga a un ir y venir constante. Obras tan importantes como las de Dalí y las de todos los pintores mejicanos — quizá los de más fuerte personalidad de hispanoamérica — faltan por llegar. Una vez más el escurridizo pintor de Port-Lligat ha dejado para más tarde su aparición, prometiendo acudir a la clausura y presentar fuera de concurso — en medio, claro, de calculado revuelo publicitario — sus madonas y su «Crucifixión», nueva faceta, religiosa, de su arte.

Pero para empezar tenemos de sobra con lo que hay expuesto. Y en el primer lugar artístico — sin falso patriotismo que sería, por otra parte, inútil —, hay que colocar indiscutiblemente la aportación española en sus dos ramas — que no escuelas — de Levante y Centro.

Las salas españolas de la que se llama «pintura castellana» se inauguran con la «Crucifixión» de José Aguiar y se terminan con la segunda edición del «Cristo en la Cruz» de Prieto Coussent. Gran principio y gran final, pero sólo en magnitud y apariencias, por desgracia. Dos obras literarias más que pictóricas, de sensibilidad rudimentaria y técnica imperfecta. Para su enjuiciamiento nos remitimos por entero a la opinión de las chicas de Madrid que encabeza esta crónica. Mejor, a no dudarlo, es la parte central del certamen. Un cuadrado de Lara con todo el movimiento luminoso del circo en versión moderadamente abstractista nos introduce en el mundo de lo irreal. Una, Dos, Tres abstracciones de Julio Ramóns que intentan resolver el problema del azul sobre verde. Y una marisma de Mampaso.

La pintura joven sigue, más moderada, en la sala siguiente, con las obras de Francisco Capuleto. Y García Ochoa nos regala unos graciosos cuadros con el sabor fresco de las excursiones en una orgía de verdes.

En la sala siguiente comienzan los maestros. Benjamín Palencia presenta siete paisajes que convierten milagrosamente en decorativa la sequedad y robustez del paisaje castellano, mediante el uso de un amarillo alucinante. Y Ortega Muñoz acentúa la nota oscura, telúrica, de la visión de la tierra. A su lado, Rafael Zabaleta desarrolla su orgía de colores. Orgía muy poco frívola como lo demuestran su «Campesino Comiendo» y su «Nocturno» lleno de irreal luz lunar.

Gregorio Prieto nos sigue regalando la esencial poesía de sus molinos y las composiciones en que rivalizan las formas escultóricas con las vivas. Ha encontrado, sin embargo, una nueva forma de expresión al utilizar las esculturas de la vieja Iberia, como demuestran sus «Toros de Guisando» y su «Homenaje a la España Ibérica» en el que la «Bicha de Albacete» nos da cuenta una vez más de su fiereza autóctona. La sensibilidad poética de Prieto le coloca más allá de las cosas. No sabemos si está haciendo pintura o literatura y, por una sola vez, no nos importa. El «Toro Ibérico» de Romero Escassi, nos coloca en una vía de austeridad sincera muy actual, y José Caballero sigue siendo un Dalí que no llega.

Enseguida entramos en la suave armonía colorística, esencial, de Vázquez Díaz, cuyo cuadro «Monjes blancos» consideramos una de sus mejores obras. Vázquez Díaz es un término, un modelo de serenidad final cuya muestra más patente es la armonía en blanco de su cuadro.

La expresión extrema del realismo angustioso y descarnado de la mal llamada «escuela castellana» la hallamos, como siempre, en Joaquín Vaquero. Una visión casi planetaria nos pone en contacto directo con algo así como la «angustia existencial» del cuadro, conseguida a veces de modo pueril — como dando forma de calavera a una roca blanca — o de modo magistral como en la visión del volcán apagado.

No faltan en la línea castellana pintores académicos que alcanzan un grado notable de pulcritud técnica, maestros consumados de la artesanía pictórica, del retrato... y nada más. Pedro Bueno, Marceliano Santamaría, Enrique Segura, Juan Antonio Morales, Gregorio de Toledo, etc. Hay que mencionar también esos paisajes dulces y desvaídos de Gutiérrez Cossío y el «Retrato de Walter Starkie» de Chicharro hijo, lleno de geniecillos de los cuentos de hadas ingleses.

La aportación catalana, que Camón Aznar en ABC considera una «gozosa sorpresa», no lo es así por los catalanes que vivimos en Madrid. Sabíamos los derroteros del arte catalán, la superación del paisajismo fácilmente sentimental para incorporarle, armónicamente, la figura.

Madrid y Barcelona están, desgraciadamente, lo bastante ajenas para desconocerse mutuamente sus maestros. Y, claro, las salas de pintura catalana han producido sensación. Se nota en ellas una mayor vinculación con la pintura francesa, a la vez que el suave eclecticismo mediterráneo les salva de todo extremismo. Aparte está la que llamaremos «escuela catalana de arte abstracto» aún a sabiendas de que cada uno trabaja por su lado, formada por los jóvenes Tapiés, Cuixart y Ponç que intentan a toda costa darle un contenido un poco extra-pictórico a su re-creación del mundo. Sobre todo Ponç, mucho más surrealista a lo Max Chagall que abstractista. El que más nos satisface, el más pintor y el de más depurado contenido es, como siempre, Tapiés, con esa visión que nos quiere introducir en el mundo de lo sobrenatural en versiones detalladamente infernales y cósmicas. Junto a ellos, Planasdurá y su visión más decorativa — a lo Miró — de las abstracciones, buscando simplemente la armonía de los colores. Otro pintor joven es Muxart, de gran calidad plástica obtenida a base de tonos grises, rebajada esta vez al intentar buscar un «asunto» de tipo religioso. Y por fin, entre los jóvenes pero en otra línea, se encuentra Alejo Vidal Quadras, que nos presenta uno de los productos de su viaje a París: «Le Train Bleu» cuya preocupación colorística demostró ya en Barcelona, al momento de su exposición, la existencia de dos épocas en su pintura: la de dibujante y la de propiamente pintor.

Exponen por Cataluña pintores muy pintores como Bosch Roger, Olivé Busquets, Roig y Oliva, para los que el cuadro sigue siendo principalmente color, ambiente y luz y que continúan en una línea más o menos divisionista. Y también grandes maestros como Mallol Suazo y Llimona, cuyos cuadros respectivos «Lectura» y «Bodegón estufa» constituyen en Madrid una verdadera revelación, a pesar de no ser nuevos en la ciudad. Otros, sin embargo, flojean aquí más de lo que suelen, como Togores y Pruna, a pesar de que el desnudo de este último nos gusta. Hemos observado con gozo el progreso de Nadal, pintor joven cuyos cuadros recogen la gracia y el color de las playas catalanas y de los pueblos de la costa llenos de banderitas y colgaduras de fiesta mayor, a la vez que logra salvarse del anecdotismo local del asunto.

Quizá lo más importante de la aportación de Cataluña está constituido por un pintor y un escultor, con una sala dedicada a cada uno de ellos. El pintor es Sunyer, que deja, como siempre, su colorido fino y leve en sus figuras, de observación psicológica extraordinaria, y que representa plenamente la incorporación de la figura al paisaje en sus «Bañistas» a la vez que posee una altura como retratista sólo comparable a Vázquez Díaz. El escultor es Rebull, cuyas obras en madera policromada en mate rememoran suavemente milenios de tradición escultórica mediterránea. También, en las salas de escultura, ha expuesto

nuestro viejo maestro Clará. Hay que señalar que las acuarelas de Juan Torra y de Reig han tenido también una calurosa aceptación.

Analizada España, pasemos brevemente a dar nuestra impresión de la pintura americana. Difícil es hacerlo en ausencia de Méjico, la nación de mayor y mejor producción artística. Se nota en los hispano-americanos la preocupación en seguir técnicas y temas europeos. Y lo cierto es que solamente se encuentran a sí mismos cuando manejan el tema local, como hacen el peruano Ruiz Rosas, el argentino Enrique Larrañaga, el boliviano Julio Castillo — con cuadros de una calidad y sencillez extraordinarias y al que considero el mejor de los que constituyen este grupo — el colombiano Guzmán de Rojas y el dominicano Darío Suro. Todos ellos intentan retratar la sencillez del alma india, sus armonías esenciales y su expresividad. Y lo consiguen.

Entre los «europeizantes» tenemos en primer lugar a los ecuatorianos Manuel Rendón y Eduardo Kingman, el primero — nacido y criado en París — en una línea de abstracción esencialista muy personal, y el segundo siguiendo la dirección surrealista. También los argentinos Abdulio Bruno Giudici, en la línea de Juan Gris, Gowlan y Fernández Muro, pintor sobrio y expresivo — el «Matrimonio genovés» lo demuestra — deben figurar aquí. Un maestro del desnudo, Ordiñana, cultiva una pintura sensual y modelada a la espátula. Pero en general, estos últimos dan la sensación de no haberse encontrado a sí mismos. O, más bien, de intentar ser algo que no son. En cambio la exposición adolece de una falta casi absoluta de paisaje americano, y se presentan cuadros como los de Rossi y Rezska, grandes maestros argentinos — impresionista el primero y romántico el segundo — cuyas obras tienen un interés puramente histórico impropio del tono último y actual de la Bienal. Sin embargo hemos de hacer constar en honor de la pintura americana, que no han concurrido a este certamen todos los autores y que aún queda gente muy buena que no concurrirá o que llegará más tarde. Y, en deshonor de la pintura española, tenemos que señalar también el manifiesto lanzado por Picasso — cuyo primer apellido es Ruiz, cosa que no debería olvidar tan fácilmente — en contra de la Bienal madrileña. Esto prueba la resonancia que esta exposición ha tenido en el extranjero, como lo prueba también la oferta del Museo de Bostón — según declaraciones de Leopoldo Panero a ABC — que propone trasladar todo el certamen a sus locales para exhibirlo allí.

Por ello creemos que este mes de octubre madrileño, bajo el signo de la Bienal Hispanoamericana de Arte, puede constituir una época importante para el prestigio de Madrid como centro del Arte de habla española y para un definitivo acercamiento de todas las escuelas de España.

J. N. H.

PRELUDIOS

La temporada de exposiciones está a punto de empezar. Pronto penetraremos de nuevo en aquellas extrañas trastiendas, bajo la observación de las vendedoras, nunca enteramente convencidas de que no deseamos en absoluto poseer la cervatilla de «biscuit» o el Quijote de bronce, y muy seguras en cambio de que hemos renunciado a toda vía legal de adquisición, — en aquellas trastiendas, que son verdaderos templos de la paradoja: cavernas alejadas del aire libre y de la luz solar, magníficos lugares para refugio de sociedades secretas o recreo de agoráfobos, y sin embargo acribilladas de falsas ventanas, que se abren sobre vastos o exóticos panoramas: prados olotinos, horizontes mediterráneos, y (si el «expositor» es académico de San Fernando) mercados de esclavas en una Persia de «Ilustración Española y Americana».

No creo que ningún filósofo pueda atreverse a considerar baladí el tema de las exposiciones barcelonesas de arte. Nuestra época reserva el humorismo (por lo menos el humorismo creador) a los individuos, hasta el punto de que el calificativo de humorista ha adquirido un cierto parentesco semántico con los de impertinente o aún de excéntrico. Vamos camino de olvidar que han existido formas de humorismo colectivo (¡magnífica Edad Media, y su lúdico ceremonial!), algunas de las cuales han conservado su vivacidad hasta apenas cincuenta años atrás. Lo que nuestros contemporáneos lla-

man fiesta, es siempre de una seriedad plúmbea: pedantería del deporte, y mezcla de erotismo y vanidad (dos pasiones esencialmente serias) de la *dancing-party* burguesa. Las pocas chispas de humor colectivo que cine, prensa y radio no han apagado todavía bajo su diluvio de memeces, se hacen sólo visibles en algunas ceremonias tradicionales, y en algunas actividades practicadas ciertamente por grupos reducidos de personas, sin grandiosidad y casi a escondidas, pero que conservan un carácter innegable de ocupación colectiva. Entre ellas figura sin duda la atención y la asistencia que el buen barcelonés concede a las exposiciones de arte.

¿Quién creerá que el aficionado a tales muestras, concurre a ellas impulsado por una apetencia personal? ¡Ha visto ya tantas veces el verde prado, manchado por la vaca blanca o el amarillo almiar! ¡Y el cielo, que, como en la literatura de los hermanos Quintero, es siempre tan azul!... ¿Cómo iba a divertirse ver el paisaje de siempre, copiado como siempre en formato doce? No. Al aficionado a exposiciones no le interesa lo expuesto. Acude a ellas, sin embargo, porque *los otros* acuden también. Sólo así adquiere gracia la cosa. Es el juego mismo que practican los niños, cuando se reúnen en un grupo y mueven los labios y gesticulan, al parecer conversando animadamente, pero sin pronunciar sonido alguno. Es la diversión que descubrieron los superrealistas franceses, cuando organizaron

excursiones a un pueblecito vecino de París, donde *no había rigurosamente nada que ver*. Es el juego magno: la adoración de la nada. Un formidable sentido de lo grotesco, es condición necesaria para la perduración de las exposiciones de arte en Barcelona. Mientras pueda darse semejante fenómeno, no habrá que desesperar todavía de nuestra gente.

Lo malo... Porque hay algo malo es que, perdidos por el escenario de esta hermosa farsa, andamos algunos pertinaces aguafiestas. Desprovistos de toda aptitud para la percepción de las más obvias realidades, nos empeñamos en creer que la pintura puede ser todavía lo que ha sido en Europa durante siglos: expresión de la agudeza mental y del ímpetu emotivo. Es decir, vida. Es decir, lo contrario a la nada. Y cuando, esgrimiendo tan desplazada exigencia, penetramos en los llamados «medios artísticos», entre los que están en el juego y los incomprensivos intrusos que nosotros somos, se producen ridículos líos verbales («polémicas» en estilo noble), que parodian al famoso diálogo entre el sordo que iba de pesca y el otro sordo. «Aquí verán ustedes pintura», nos dicen. «No; lo que nosotros queríamos ver es pintura», contestamos, con una angustiosa sensación de impotencia, como en impotencia, como en una pesadilla. Y la escena lamentable se repite, cada año, a lo largo de ocho inacabables meses: la «temporada».

¿Por qué no decidírnos, pues, a arriar velas y quedarnos en casa? Porque un hecho absurdo, que no

podemos negligir ni minimizar, viene a complicar la situación. Se trata de que en Barcelona viven y pintan artistas estupendos, pintores en el sentido *nuestro*, en el sentido tradicional de la palabra. En la pasada temporada, expusieron sus obras Sunyer, Mercadé y Villá: tres admirables maestros. Entre los pintores a los que todavía se llama jóvenes, celebraron exposiciones individuales María Girona, García Llor, J. M. de Martín, Muxart, Ráfols Casamada y el madrileño Alvaro Delgado. Nueve exposiciones notables en una temporada. Pocas ciudades en el mundo pueden haber ofrecido tanto al aficionado a la pintura. Y sin embargo, ni por un momento dudamos de que sea adecuada la descripción que hemos hecho de la situación del arte en Barcelona.

El fenómeno escapa a nuestra capacidad de comprensión. Es lo normal, que cuando coinciden en una época y en un lugar unos cuantos creadores excelentes en determinada disciplina cultural, se vean rodeados, sostenidos y protegidos frente a la mayoría, por un círculo de admiradores, de comentaristas y (también ellos cumplen un papel necesario) de plagiarios. Podemos, en rigor, explicarnos la existencia del genio-aerolito, capaz de desafiar a un medio resueltamente hostil. ¿Pero cómo entender que en una ciudad (por otra parte de estructura social tan rudimentaria, tan poco diversificada, como es la de Barcelona) puedan aparecer, durante cincuenta años, sin solución ninguna de continuidad, una docena larga de buenos pintores, y que no consigan despertar la menor comprensión ni

atraer una atención sostenida, — y que, literalmente, nadie se entere de su existencia? Porque, entiéndase bien, no se discute aquí una cuestión de calidad. No se trata de que el público barcelonés se equivoque al otorgar el éxito. Eso sucede en París, pero no aquí. En Barcelona (el caso es extraordinario) los pintores mediocres son menos numerosos que los excelentes. Se trata de que lo que en nuestra ciudad recibe el nombre de pintura (la confección de bode-

gonas con liebres o, por el extremo opuesto, de pesados chistes «abstractos») es una actividad que no tiene nada en común con la que practican algunos hombres de excepción, que persisten en llamarse a sí mismos pintores. No lo entiende uno bien.

La temporada de exposiciones está a punto de empezar...

G. P.

HA MUERTO SCHOEMBERG

A los 77 años ha muerto en California el músico israelita vienés Arnold Schoenberg. En la música contemporánea, Schoenberg significa algo así como el final de un proceso, final colocado más allá de los límites de lo sensible. Y este proceso muy bien podría ser el de «Deshumanización del Arte» señalado por Ortega y aplicado a la música. En el límite de la música pura, del cultivo del sonido como elemento abstraído de todas las emociones humanas está sin duda la contemplación del mismo como entidad matemática. La conversión de la música en arte abstracto encuentra su expresión más depurada en la afirmación del propio Schoenberg en sus «Lecciones de Armonía» (1910): «El artista no necesita lo bello, sino lo cierto.» Esta certeza matemática del Arte la encontramos en el sistema dodecafónico inventado por Schoenberg. Los sonidos se disponen en relación con su número de vibraciones, con independencia de la posibilidad de apreciación del oído. La música es una construcción que deja de hablar a la sensibilidad humana para intentar alcanzar la belleza de los objetos matemáticos, una belleza suprasensible y deshumanizada.

¿Hasta qué punto, sin embargo, ha logrado Schoenberg su propósito? Sea falsa o cierta la base de su concepción — negar la belleza sensible como objeto de la música —, aún queda por dilucidar si la certeza matemática que persigue es algo realmente objetivo o un «a priori» intersubjetivo tan humano como la «*musique qui parle au coeur*». Mientras tanto, la música de Schoenberg sigue siendo un coto absolutamente cerrado para el profano. Cabría preguntarse si será Schoenberg en la Historia de la Música una nota inarmónica como lo son sus partituras para el sistema decafonico que usamos. En todo caso, eso sí, es un límite.

J. N. H.

ESPAÑA EN DOS LIBROS

II

JOSE MARIA FONTANA, O LA GENERACION DE 36

Decíamos en nuestro primer artículo (1) que acaso no haya existido para las actuales generaciones período más desconocido de la historia de España que el que media entre los años 1936 y 1939. Al contrario que en la conocida locución, el bosque no ha dejado ver aquí los árboles. O lo que es igual, la totalidad del hecho — pugna, en que culmina el conflicto entre las dos Españas planteado constantemente a lo largo del siglo XIX — ha impedido el análisis en sus detalles. Entre los libros capaces de desvelar sin ánimo de aprovechar circunstanciales oportunidades el oscuro panorama, citábamos uno, a nuestro juicio de los más interesantes en la escasa bibliografía sobre la realidad española de las últimas décadas. Nos referimos a la obra «Los catalanes en la guerra de España», de José María Fontana.

A lo largo de las trescientas setenta y cinco páginas de este libro apresurado y lleno de desorden, el autor se revela constantemente como un producto típico de la generación de 1936. Es decir de la generación que gestó e hizo la guerra.

Suele decirse que el siglo XIX se prolongó en Europa catorce años más de los que mandaba la estricta cronología. Hasta 1918 no es posible asegurar, en rigor, que hubiera entrado la nueva centuria, diferenciada radicalmente de lo que aca-

baba de consumirse en la hoguera que durante cuatro años había ardido en los campos del viejo continente. Lo que no se ha dicho tanto todavía es que el siglo XIX duró en España treinta y seis años más, es decir, exactamente hasta julio de 1936, fecha en que estallaría una guerra civil que acabaría con todo el carácter decimonónico que tanto en su aspecto político como en el de la mera intimidad nuestra existencia poseía.

La tarea de ser ejecutores materiales de esta destrucción — inevitable, por otra parte — recayó sobre la generación del 36. Una generación que se revolvió en un sentido u otro, contra todo lo que le rodeaba para sorprenderse luego de su propia acometividad. Fontana lo indica (pág. 24) con su característico y deslavazado estilo: «*Yo nunca comprendí como habiendo usado cochecitos para pasear nuestros primeros meses; niños luego adornados con melenas, puntillas y trajecitos de terciopelo, tuvimos la fibra precisa para separarnos de las faldas de mamá. Quizá la alimentación más cuidada y el deporte sean una explicación. O el impulso siempre superior de un destino que nos hacía sacar fuerzas de flaqueza para seguir aquella profecía profética de Bastera sobre la entonces incipiente generación del 36*».

Sea como fuere, esta sería, empero, la primera generación española capaz de situarse plenamente — por

(1) «España en dos libros». LAYE, núm. 14.

su mentalidad y sus reacciones — en pleno siglo XX.

Sin embargo, las paradojas del destino quisieron que esta primera promoción, que al lado de bastantes resabios heredados de las anteriores, sentía las realidades del nuevo siglo, tuviera que ser protagonista de algo tan decimonónico como un alzamiento militar. Profunda contradicción ésta en la que reside la clave de la política española de los postreros tres lustros y quién sabe si de otros tantos por venir.

«La vida se nos partió en dos. De todo aquel mundo y de toda aquella vida «de antes de la guerra» hablamos muchas veces y está tan lejana que nos parece ya un mundo irreal. Pero la vemos hoy — muerta — no lejos de la vejez, tan bella y atractiva...» Este nostálgico lamento que el autor no puede contener en la página 52 encierra en sus frases toda la tragedia de la generación que hizo la guerra civil. Por su educación y sus gustos pertenecían a otra época (2), por su mentalidad y su formación a otra. El clima político que ellos crearon hizo inevitable una pugna bélica civil que sin embargo, no se resolvieron a provocar. Una vez encendida la lucha se entregaron a ella con todo ardor, sabiendo que luchaban *«los más afines y los más combativos, mientras que las masas burguesas de derechas e izquierdas recogerían el fruto de (sus) sacrificios»* (pág. 48).

(2) Nótese lo expresivo de este párrafo de Fontana: «Quizás partiendo de lo sencillo e intrascendente, sea más fácil encuadrarla (a la generación). Un buen límite con la generación que nos seguirá podría ser la averiguación de si en la infancia, adolescencia o juventud de uno se usó camisa de dormir. Los que no cambiaron la camisa de dormir por el pijama son de la generación del 36...»

No es descubrir nada nuevo situar el alzamiento del 18 de julio — justificadísimo y decisivo para los destinos de España — en la línea de las sublevaciones militares del siglo pasado por lo menos en su fase inicial. Refiriéndose concretamente a la acción en Barcelona, Fontana deja entrever el plano de exclusividad con que el ejército llevó, sin duda por su cuenta y razón, la preparación del alzamiento, circunstancia ésta a la que achaca — justificadamente o no — el fracaso de los días 19 y 20 de julio de 1936 en la capital catalana. Sea como fuere y sin entrar en polémicas absurdas ya, el hecho resalta el carácter militar de la sublevación contra un gobierno empeñado en una labor demoledora y sectaria cuyas rasgos generales eran también genuinamente decimonónicos.

Delimitados así los campos: de un lado una república entregada a un caos de mala gobernación y al borde de desintegrarse en cantonalismos siglo XIX y del otro los cuadros del Ejército, levantados en cumplimiento de su deber a impedir — como otras tantas veces a lo largo de la pasada centuria — el hundimiento de la Patria, hace su aparición como ejecutora del imperativo de nuestro siglo, la generación del 36.

No vamos a entrar aquí — los límites del trabajo no lo permitirían — en un examen de los agentes, tanto internos como externos, que transformaron la acción militar del 18 de julio en una guerra civil. Baste saber que esta metamorfosis ejerció sobre el ser entero de España y que así como tres años de campaña sobre la topografía patria, trocaron

el alzamiento en guerra, también operaron un profundo cambio en la mentalidad y la propia idiosincrasia de los españoles. Los hombres del 36 fueron autores — quizás inconscientes — de semejante metamorfosis y también los primeros en experimentar sus efectos. Sin caer en exageración, cabe definir la guerra civil y aún sus años subsiguientes como una gigantesca pugna sostenida por ellos para dotar de contenido una acción y más tarde una victoria militar, gloriosa eso sí, pero carente — como acertadamente dejaba entrever Cantalupo y subrayábamos nosotros en la primera parte de este artículo — de una línea política definida.

El autor de «Los catalanes en la guerra de España», hombre característico — como ha quedado apuntado — del 36 refleja en su obra todo el ardor y dolor de esta constante pugna. Aunque califica a la revolución roja de «*desbordamiento criminal y caos de sistemas irrealizados*» (pág. 119), no se le oculta la imposibilidad de llevar a cabo su liquidación con el criterio tan decimonónico de «la estaca». Aunque encuadra en sus justos términos el problema, tan «viejo siglo», de Cataluña, sabe que «*la liberación de Cataluña* (iba a ser) «*para el gobierno nacional un doble problema político y administrativo*» (pág. 343). Porque «*pensar que el viejo sentir catalanista podía sustituirse por otro sentir nacionalista y de signo liberal como era el trasnochado españolismo «ancien regime» (era) revelador de lamentable indigencia y total desconocimiento de Cataluña*» (página 32).

«Nuestra posición», añade Fon-

tana, frente al problema catalán era clara y definida. Pocos temas desarrolló tanto José Antonio, sentando sobre él un cuerpo de doctrina política gracias al cual nuestro problema (el catalán) pasó a ser un problema español: el problema de las provincias, el del centralismo, el de la nueva constitución de España... Con la doctrina de José Antonio íbamos a continuar la tradición de Balmes, de Prim y de Milá y Fontanals... (pág. 344).

Los hombres del 36 llegaron, pues, a la realidad española con un fuerte bagaje político totalmente diferenciado del que había imperado hasta entonces. Sus métodos y su acción iba a ser asimismo diversa. Señalaba desde estas mismas páginas y en el número pasado, Manuel Entenza, que tanto como siega de mieses humanas, las guerras eran grandes talas de selvas ideológicas y basaba en ello «la comunión con el enemigo sobre la base del valor humano mero, de la copresencia bruta, del liso y mondo ser-en-otro...» (3), que se observa en el libro de Fontana. Aun dando a este «hecho biológico» su debido valor, hay que hacer constar que las personalidades, capaces como el autor de «Los catalanes...», de reconocer en el peor enemigo un valor vital, no necesitaron para ello hacer talas en las selvas de su ideología, pues ésta — en contraposición con los partidarios de la antes citada «estaca» — les predisponía para tal entendimiento. Que no supieran o no quisieran, llegado el momento, convertir el impulso en principio, es ya harina de otro costal...

Parece que fué Meternich, el ele-

(3) «Una humilde verdad». LAYE, núm. 14.

gante enemigo de Napoleón, quien dijo, aludiendo al gran corso, que su único error había sido nacer en 17. Frase exacta. A caballo entre dos épocas, Napoleón quiso difundir los principios de la Revolución Francesa a través de una dinastía imperial. Su mente pertenecía a un siglo; sus sentimientos a otro.

La postura de la generación española del 36 participa de notables semejanzas. *"Vimos la caída de la Monarquía sin demasiado dolor y algunos con alegría. Tuvimos ciertos coqueteos con la FUE... Conviene, por tanto, no olvidar que no nacimos antidemócratas, fascistas o como quieran llamarnos"* (pág. 22).

Las palabras de José María Fontana podrían ser prólogo a la gestión histórica de su promoción. Su adscripción al nuevo siglo, su *"interés por la técnica, la economía y la sociología con carácter casi general y rasgo de generación"* (pág. 23, la llevaría a beber en los recién brotados manantiales totalitarios, como reacción acaso a la sequedad esquinada del liberalismo español. Pero a muchos de aquellos totalitarios, por no decir a casi todos los hombres del 36 les preocuparía, como al propio José María Fontana, *"el temor de que en (sus) ideas políticas existiera una contradicción interna. Sentía, sin duda o vacilación alguna, el alud imponente de repulsiones dialécticas y hostiles a la democracia parlamentaria a España. Pero paralela y coexistentemente alentaba (en ellos) una preocupación y un tener en cuenta el sentir del pueblo, con cierto matiz de sano liberalismo que veía fluir de las más íntimas hontanaras de la civilización cristiana"*, (pág. 115).

Culpando razonadamente al sistema político liberal en su aplicación española de las calamidades nacionales del siglo XIX, los hombres del 36 se vieron forzados a entregarse al totalitarismo. Trataron, es verdad, de armonizarlo con sus internos impulsos, de presentarlo, con palabras de uno de los forjadores de la generación (4), como «sustitutivo eficaz» del viejo Estado liberal parlamentario. Pero precisamente cuando se hallaban en esta tarea, el patriotismo les hizo tomar parte en una acción militar encaminada a evitar la desintegración del ser físico de España.

Salvado ya este riesgo, la generación del 36 quiso, ayudada por diversas circunstancias de orden externo, proseguir la construcción de su orden, es decir, continuar el camino iniciado. Pero se halló sin fundamentos donde apoyarse. Se había realizado lo definido por Cantalupo en el último párrafo de nuestro anterior artículo, como «tercera solución» o «acomodación entre lo viejo y lo nuevo, entre lo alto y lo bajo»... Es decir, entre el espíritu del siglo XIX que había acudido a salvar la Patria y el de la nueva centuria, que se había visto impedida a ser protagonista de la dura empresa.

Y los hombres del 36 quedaron detenidos a mitad de camino, anclados en la nostalgia de una existencia anterior y de una lucha también pasada, soñando en su imposible construcción y en los días en que, entre trinchera y trinchera, pensaban en los días fecundos de la paz. José María Fontana sabe ex-

(4) Ramiro Ledesma Ramos.

presarla muy bien: "En las casas quedaban carpetas de recuerdos, uniformes destucidos, albumes de fotografias que amarillean, niños que juegan algún día con las "medallas" que papá ganó en la guerra, unas botas, una manta y un casco... Un día nos levantamos de

buen humor. Estamos con los amigos y con los hijos y sin saber como, cantamos: "Carrascal, carrascal, que bonita serenata..." Nos sentimos jóvenes, aunque ya no lo somos y a nuestra risa alegre se mezcla una extraña emoción que pone chispitas en el mirar."

JESUS RUIZ

BIBLIOGRAFIA

José M.^a García Escudero. — «De Cánovas a la República». Biblioteca del pensamiento actual. Madrid, 1951.

Sea porque, efectivamente, en Cánovas la problemática española **se hace** claramente política — y no es ajeno a ello el afán constituyente del estadista malagueño, desgraciadamente más atento a tomar modelo del patrón británico que en las verdaderas medidas y proporciones del cuerpo español —, sea porque la figura de Cánovas es la único consistente, en un siglo que, según afirma Gaspar Gómez de la Serna en un lúcido artículo («Mundo Hispánico», núm. 40, de julio de 1951) **no ha existido** para España, lo cierto es que después de haberse presentado al político de la Restauración como ejemplo de ponderación y paladín de una «tercera solución», la vía media que diera a España paz y sosiego a los españoles, buena administración y prosperidad económica, surge ahora una nueva versión que sitúa — no sabemos todavía si justa o injustamente —, en el régimen inaugurado por Cánovas, el comienzo de un proceso, mal planteado ya en su origen liberal, cuyo desenlace no

podía ser otro que el 18 de julio, como culminación del fracaso de aquel régimen.

La obra de José M.^a García Escudero, pertenece a la serie de libros que desde hace años echamos en falta, y que empiezan a aparecer ahora. La generación ochentona ha cumplido con su deber, legándonos «una riada de nostálgicos relatos, que si produce el amable efecto de las viejas fotografías descoloridas, amenaza con diluir la historia en la anécdota», aunque es preciso reconocer también la dificultad que encierra un análisis de los hechos históricos de que fueron protagonistas. «Lo que no hay — afirma G. E. en su introducción —, son libros escritos por quienes cumplimos los 20 años como alféreces provisionales de Infantería». Libros cálidos, apasionados y sinceros, pero sin pretensiones. Libros «provisionales» (como gusta de llamarles Alfredo Sánchez Bella, editor), como sus autores cuando eran oficiales en la guerra.

El libro de G. E. nos llega a la rueda de otro «Cánovas», el de Melchor Fernández Almagro. Más historiador éste, nos da una imagen del político biografiado que

se pierde en los detalles del ambiente coetáneo que lo envolvía; leyendo a F. A. parece como si Cánovas no pudiera ser otra cosa que lo que realmente fué: un político liberal, de fuste conservador, en el sentido que hoy llamaríamos un «reaccionario». ¿Reformador? ¿Restaurador?... Si esto era lo que España necesitaba, no era Cánovas el hombre adecuado para realizarlo. En cierto modo, F. A. se identifica con Cánovas, intentando justificar su actuación, y quizás sea esto lo que nos hace sentir una instintiva antipatía frente al hombre de las medias tintas y los equilibrios difíciles. En cambio, G. E. se sitúa con afán polémico y con gesto fiscal — amable, comprensivo, pero exigente, al fin y al cabo, en nombre de unos muertos —, ante un Cánovas que **hubiera debido** y que quizás **habría podido** intentar resolver el «problema de España», pero prefirió ignorarlo.

Más dejemos a Cánovas en la página 100, como hace el propio autor, y sigamos hasta la 350 de su libro apretado y urgente, a través de una estupenda crítica del 98, en la misma línea de Laín, aunque más intelectual éste, más político aquél (V. el capítulo «La reacción ante el Desastre», «La época de Maura» tan llena de posibilidades malogradas», «La Dictadura» — mejor estudiada en los artículos de «Arbor», a nuestro juicio, que ahora en el libro — y la caída de la Monarquía, enfocadas ambas con la sincera objetividad del propio José A. Primo de Rivera, para llegar, pasando rápidamente del 14 de abril al 18 de julio, a la guerra. Por fin aparece roto el encantamiento que envuelve los años y los días del 36 al 39. Por fin, alguien con autorizada voz y limpio criterio se atreve a esbozar un análisis de la guerra civil, desde el bando victorioso, y la leyenda reciente se hace ya historia pasada, es decir Historia perdurable. Hay en el capítulo que titula «La organización de la Victoria» una certera visión de la España actual — vamos, la de estos diez años últimos —, con juicios firmes, hasta duros, sobre hechos que hemos dado en admitir rutinariamente dándonos

por buenos, a sabiendas muchas veces, de que en realidad no son sino manchones que empañan el brillo de la victoria y la limpieza de una política honrada y eficaz.

Bienvenido sea el libro de G. E. a la ardiente polémica sobre el ser de España. Es una pieza más — incompleta, provisional, ya lo dijimos —, que con otras que andan revueltas en las obras de Serrano Súñer o Fontana y en las páginas de «La Hora» y «Alférez» o «Cuadernos» y «Arbor», acabarán por permitirnos componer el diagnóstico definitivo sobre nuestro tiempo y nuestras obras. Y entonces, el tratamiento se hará fácil para el político. Lo importante será saber si habrá, en la «hora P», políticos...

F. F.

Blachère, R. — «Le Coran», G. P. Maisonneuve; París, 1947-1951; 3 vols.; I, LIX+274 pp.; II, XVI+536 pp.; III, 704 pp.

«Cualquiera que trate del Corán con sólo su juicio personal, aún estando en lo cierto, está en falta» (Tradición islámica).

Con este reconocimiento de su culpa inicia el señor Blachère su obra. No se crea, sin embargo, que terminan aquí sus escrúpulos; pocas páginas después pide perdón a sus amigos musulmanes por tratar al Corán, palabra de Dios, con métodos racionalistas, y lo justifica porque: **Depuis deux siècles, nous sommes habitués, en Europe, à considérer un texte révélé comme relevant de l'examen critique au même titre que n'importe quelle production humaine. Notre raison s'écharne à comprendre. Qui lui en ferait grief?**

El volumen primero está dedicado al estudio de la formación del texto **vulgata** del Corán. El autor sigue muy de cerca, quizá demasiado de cerca, el estudio de Nöldeke **Geschichte des Qorans**. Como el mismo autor reconoce no es un estudio exhaustivo de tema, sino solamente una introducción destinada al no especialista o

al islamista principiante.

Los dos tomos restantes están destinados a la traducción del texto, aclarada con una enorme cantidad de notas, tanto filológicas como doctrinales, teniendo por objeto las primeras, en la mayoría de los casos, la justificación de la traducción dada por el autor que se aparta muchas veces de la interpretación dogmática musulmana. Se señalan, además, las diferentes versiones en columnas paralelas y las interpolaciones posteriores en letra bastardilla. Las suras no están ordenadas con arreglo a la disposición tradicional, sino según el orden en que fueron reveladas. Así, pues, la primera sura que traduce es la XCVI, versos 1 a 5.

«La Adherencia»

1. — ¡Predica en el nombre de tu Señor que creó!

2. — que creó al Hombre de una adherencia.

Y así, con la traducción del título de esta sura y de sus dos primeros versículos se aparta, de buen principio, el señor Blachère de las traducciones corrientes del Corán y de la interpretación dogmática musulmana.

A. M.

Atlas of Islamic History, compiled by Harry W. Hazard. — Princeton University Press; 1951; 21 mapas + 27 pp. de texto.

Consta esta colección de una serie de mapas impresos a todo color y con una esmerada presentación. La utilidad de los mapas es escasa debido a que el autor nos presenta un mapa por siglo (del s. VII/I al s. XX/XIV), división absurda e incomprensible que no responde a realidad alguna, ya que no suceden los cambios políticos precisamente al principio o al fin de cada siglo. Ha querido el autor salvar esta dificultad poniendo una página de texto explicativo por cada mapa, pero esto es

soslayar la cuestión porque libros de historia de los musulmanes hay muchos y buenos.

Sucede, además, que para el autor el ámbito de la historia de los musulmanes queda reducido al Oriente Medio y al Norte de África, no figurando mapa alguno de la expansión musulmana en Rusia, China y Sudán. Para la India y para los sultanatos de Java, Sumatra y Borneo sólo nos da un mapa; lo cual es completamente insuficiente. Hay, sin embargo, un mapa especial para las cruzadas y otro para el Imperio Otomano en la Edad Contemporánea.

Los lugares históricos citados son escasos y hay olvidos de importancia; eso sí, los que están pueden fácilmente encontrarse recurriendo a un índice alfabético con el que termina la obra.

A. M.

Franch, Ramón de. — «Genio y Figura de Alfonso XIII». Editorial «Atar, S. A.»; Ginebra (Suiza), 1947.

Sobre el último rey que reinó en España se ha escrito bastante. Autores y autoras, de distinto rango y condición, se ocuparon, desde que falleció, de la vida y hacienda de Alfonso XIII. Pero los relatos terminan, en casi todos, con la marcha en el «Príncipe Alfonso» a Marsella, en aquel memorable, y pobre día 14 del mes de abril de 1931. Lo ocurrido después apenas si cuenta. Quedaba aún inédita su figura y su genio durante el período en que viajó por Europa sin pasaporte; y aún más lo estaba desde que lo hizo con pasaporte diplomático, documento que el Gobierno de Franco le dio en 1938.

El libro de Franch nos cuenta la historia del Rey, precisamente, orientada por su actividad de exilado. Teniendo presentes los años — primeros del siglo — en que se forjó la personalidad de nuestro último Rey, Franch, se ocupa a lo largo de más

de trescientas páginas, bien escritas, de lo que él llama «Genio y figura de Alfonso XIII». Lo hace castizamente, en buen castellano, y con buena intención. Porque, después de llamar por su nombre a todas las cosas, deja a salva, en todos los casos, la persona y el prestigio del Monarca. Después de leer este libro se siente un a modo de devoción por este Rey que murió en el destierro, mientras gran parte de los españoles deseaban su presencia en España. El libro de Franch nos revela dos interesantes aspectos de la personalidad de aquel Rey: su preocupación política y su gran capacidad afectiva. Como buen Borbón, Alfonso XIII quiso reinar y gobernar; tenía un concepto de la cosa política; un concepto dinámico del arte del buen gobierno y no supo, o no quiso, adoptar la postura cómoda y más estable del puro rey que sólo reina. Pero le tocó vivir en la época de las crisis; de las crisis políticas y filosóficas, cuando este mundo, abocado a dos guerras mundiales, comenzaba a perder el sentido de la honestidad política e individual; ello, unido a los hombres que con él gobernaron, miopes como pocos lo fueron, dió lugar a la situación más adversa porque pasó la Corona desde el advenimiento de la Dinastía. Ha sido preciso un examen, con perspectiva de años, para poder apreciar la discutida prudencia política de aquel Rey. Y a ello nos ayuda este libro escrito por un catalán de pro, y gran conocedor de las ideas, andanzas y travesuras reales.

La escasa tirada de la edición — 500 ejemplares numerados —, unida a quién sabe qué trabas de política eidética, ha dado lugar a que este libro de 1947 apenas sea conocido.

Pocos serán, sin duda, los españoles que sepan que D. Alfonso reivindicó, como el último Capeto que era, la Corona de Francia; ni la clara solución del pleito legitimista, incoado por los carlistas y que hoy carece ya de contenido por extinción de una rama y la consiguiente vinculación a la otra de los pretendidos derechos. Después de leer este libro se advierte el afán bizantino de las discusiones que, hoy to-

davía, animan algunas tertulias.

Para los catalanes, el ensayo de Franch, tiene aún mayor importancia. Todo un capítulo de la obra, dedica a la relación del Rey con esta región, y a través de su lectura se advierte cómo le preocupó su problema. En la historia política de nuestra época, faltaba, ciertamente, de escribirse este capítulo. La interpretación que Franch nos dá de la atención del Monarca por Cataluña, — viene adobada con algunas ideas susceptibles de interpretación — distinta acerca de la Dictadura y del Dictador; escrito, como está, a muchos años del acontecer de los hechos, se contaba ya con la suficiente visión histórica para poder calificar al Poder de entonces más históricamente; más trascendentemente. Hoy, han dejado de tener actualidad, importancia, en suma, politiqueos de vía estrecha, que, en su momento, hicieron crugir, con justicia, las prensas de la Nación. La Dictadura, pese a errores personales y circunstanciales, queda hoy plenamente justificada; más certero es el criterio expuesto sobre la «Dictablanda», sobre los primeros prohombres de la República, y sobre el largo y profundo intrigar de las logias.

Con ser importante este aspecto del libro, su auténtica novedad, su más logrado éxito, radica en el estudio de la vida del Rey exilado, como ahora se dice. Se le advierte preocupado por la desgracia de España y de su familia; ciertamente Don Alfonso fué un hombre de poca fortuna; hasta del lo pecuniario no anduvo sobrado. Rey de un Reino desbocado, y jefe de una familia escindida, mal podía sentirse feliz este hombre hijo de un rey tarado, esposo de reina enferma y padre de varios infantes con poca salud. Estas desventuras de origen biológico, unidas a ciertas veleidades afectivas de unos y otros, amargaron los últimos años de un Rey de intención política recta y de altos valores humanos. Pero su último y más grande dolor, fué el problema de su sucesión en la Corona de España. Franch relata prolijamente la cuestión, desconocida para la mayor parte de los españoles; el Rey, deseoso de poner remedio a la, en cierto modo Corona vacante, pensó en abdicar y apartar de tal

forma las dificultades personales que se opusieron a ello. De esta suerte, el Príncipe Don Juan, se convirtió, de derecho, en Rey de España, días antes del fallecimiento de Don Alfonso. Los pormenores de esta sucesión, el texto mismo del documento, el propio testamento del Rey, la misión en el Pardo del Conde de los Andes, son otros tantos aspectos tratados aquí con merecida atención.

Libro oportuno este que ha escrito Ramón de Franch, y cuya actualidad, después de 5 años de haber sido editado, se acrecienta. El autor, amigo del Rey, supo hermanar la verdad histórica aprehendida por él mismo en sus andaduras por tierras extrañas, con la devoción al Monarca. Este libro, pulcro, editado como labor de artesanía, es un magnífico ejemplar para el bibliófilo.

J. M. A.

André Lhote. — «*Traité de la Figure*»; 256 pp., 112 reproducciones comentadas; Floury, París, 1950.

Aunque el título de este libro sugiera que constituye una nueva afirmación del propósito didáctico que animaba el ya célebre «*Traité du Paysage*», el mismo autor señala en su prólogo que los dos libros no obedecen exactamente a la misma intención. La nueva obra se dirige, más que al profesional de la pintura, al aficionado que desee penetrar los enigmas de la «trasposición pictórica», y «calar los maravillosos ardidés» del pintor. Es también, pues, un tratado didáctico, y estupendamente adecuado a su finalidad: abrir la inteligencia del contemplador de la pintura a la comprensión de cuanta premeditación y arbitrariedad intelectual esconde toda obra pictórica, aún la más neutra en apariencia y más discretamente eufémica. En este sentido, contiene el libro de Lhote páginas realmente antológicas; por ejemplo, el análisis del cuadro de Vermeer «La muchacha del turbante» (se trata del lienzo que se acostumbra a designar como «La mu-

chacha de la perla», del Mauritshuis).

Pero, más interesante que enumerar y poner de relieve los aciertos explicativos de Lhote, parece señalar algunos pasajes en los que su estudio, en vez de ceñirse a su concreto objeto, se abre y permite que alcen el vuelo sugerencias de mayor generalidad. Decir que el vigor ideológico de nuestro autor trasciende su tema, sería una mera metáfora, y además inexacta; porque el pensamiento no se asemeja en nada a la acrobacia. Ocurre algo muy distinto: que André Lhote, en su obra de escritor, apela siempre a «sus poderes»: a su experiencia de pintor, apasionada y totalmente vivida, y esa constante presencia de una realidad auténtica, le obliga a pensar de verdad, y a abandonar los inertes esquemas que alguna vez parecen tentarle. Y pensar es siempre **pensar más** de lo que, a primera vista, requiere la estricta circunstancia.

Veamos un caso. André Lhote, que ha sostenido siempre (y al hacerlo, sin duda, ha luchado **pro domo**) el derecho de los pintores a tener teorías, reivindica ahora su derecho a poseer **teorías erróneas**. Viene esto de una discusión con el Sr. Fosca acerca de Seurat. Es sabido que las teorías de Seurat consistían en una explicación psicológica (falsa, naturalmente) de los efectos que resultan de los distintos sistemas de composición lineal de un cuadro, y en una justificación física (también falsa, aunque no tan naturalmente) de los principios del «divisionismo» cromático. Coinciden Lhote y el Sr. Fosca en rechazar las teorías de Seurat, aunque acaso sin realizar bastante que teorías semejantes están por debajo de toda discusión. En efecto, si la psicología y la física pudieran dar cuenta de la pintura, ésta perdería sus caracteres de autonomía y de necesidad, y desaparecería automáticamente; porque, contra lo que asegura la beatería de la «cultura», el hombre no puede permitirse lujos.

En oposición al Sr. Fosca, Lhote afirma, sin embargo, que las teorías de Seurat, por muy falsas que fueran, son valiosas en relación con su pintura. ¿Qué importa, dice Lhote, que Seurat profesara teorías pueri-

les, si estas le ayudaban a pintar buenos cuadros? «A los artistas no hay que otorgarles premios de lógica, sino premios de éxito». Reconoce Lhote, pues, el carácter problemático de la expresión ideológica, lo cual no es flaco mérito en alguien que nunca ha hecho profesión de filósofo, y mayormente en Francia, donde los escritores se hipnotizan con la cuestión del **style**, entendido en el sentido más superficialmente verbal.

Prosigue nuestro autor: «No hay que fijarse más que en una cosa: en el poder de excitación del método empleado, por muy irracionales que sean los aforismos que lo expresan. Importa poco que la materia del dique sea tierra o cristal, lo esencial es que constriña el agua de la fuente a surgir con el más fuerte ímpetu». Es decir: el valor de las teorías de Seurat no estriba en que nos expliquen las obras del pintor del «Circo», ni tampoco en que le sirvieran para facilitarle su acción de pintar, sino, al contrario, en que le servían para hacérsela más difícil. Las teorías psicológicas y físicas de Seurat no gobernaban su pintura, pero servían para que su pintura absorbiera su física y su psicología; para que Seurat «dejara de ser bestia», y ello, **en el interior** de su pintura. Con lo cual comprendemos que la renuncia al especialismo, que tantos andan por ahí predicando sin mayor cautela, no consiste para el trabajador de la cultura en rodear y adornar su especialidad con «conocimientos» diversos, sino en hacer a su especialidad bastante robusta para absorber todo posible conocimiento e integrarlo en un sistema expresivo organizado y dinámico, — o en abandonarla de una vez.

No está mal que en este año de celebración del centenario de la **Enciclopedia, o Diccionario razonado de las Ciencias, Artes y Oficios**, venga un pintor a enseñarnos que las ideas no acuden a la mente porque uno apoye la barbilla en el puño y se ponga a cavilar. Hay que entregarse a una acción, sin reservas ni segundas intenciones: porque la verdad se crea, no se descubre.

G. F.

R. M. Alberes.—«L'aventure intellectuelle du XXe. siècle». La Nouvelle Edition; Paris, 1950.

«Este ensayo — dice su autor — tiene la ambición de agrupar bajo una fórmula más viva lo que podría constituir la materia de un manual internacional de literatura contemporánea. Si evita tomar la forma estricta de manual es para poder ser igualmente leído que consultado. Quiere formar un fresco — inacabado — de cincuenta años de la historia de la sensibilidad y el pensamiento. Sin embargo, he creído tener que limitar este estudio a cinco países: Francia, Italia, España, Inglaterra y Alemania. El paralelismo de la evolución de sus literaturas es demasiado preciso para atreverse a debilitarlo haciendo entrar en el campo de visión a literaturas vecinas, como la rusa o la americana. Y si bien estas literaturas pueden tener puntos de contacto con las de los cinco países mencionados, su evolución no es, sin embargo, la misma. Haciendo entrar a Rusia y América en nuestro estudio, nos habríamos fundado en la **comparación** entre literaturas distintas y no en su **identidad**, como podemos hacerlo limitándonos. Añadamos que este esquema metodológico no tiene ningún sentido político.»

Albérès cumple su ambición y su obra es viva, dinámica, está concebida y montada con ritmo, como si se tratara de un guión de cine. Quizás su mayor mérito técnico, de construcción, es la perfección de sus «encadenados» y de sus «vueltas atrás» para recoger los hilos que dejó pendiente capítulos antes. Con tener el libro mucho de manual de literatura contemporánea, Albérès ha sido fiel al título de la obra y narra, relata como si efectivamente se tratara de un libro de aventuras, — aunque éstas sean intelectuales. Rápidamente, para quien suspicazmente pudiera creer

que el libro es superficial o un simple manual de divulgación, hay que añadir que Albérès posee, como escritor, dos privilegios nada comunes: una gran precisión para la exposición de la doctrinas ajenas y una absoluta objetividad.

Esa objetividad ha de sernos muy útil para las siguientes observaciones. En el párrafo del «avant-propos» que hemos traducido al principio de esta nota, habrá notado, con sorpresa, el lector medianamente sensible en cuestiones de nacionalidad, que España es uno de los cinco países cuya cultura ha escogido el autor para su estudio. Decimos «con sorpresa» porque estamos demasiado acostumbrados a que en el concierto cultural europeo se nos ignore absolutamente, para poder aceptar «tout simplement» que un buen día un amable caballero nos sitúe en el mismo plano que a los otros países a quienes nosotros admiramos respetuosamente y, aún, envidiamos un poco, exactamente igual que el señor bajito y ruín admira y envidia al señor alto y apuesto. No sé si M. Albérès conocerá el libro de López Ibor «El español y su complejo de inferioridad»: no le aconsejo la obra, pero sí que recuerde su título. Ese complejo de inferioridad cultural y científico nuestro está justificado, no hay duda. Pero puede haberla al tratar de considerar en qué grado está justificado. A veces conviene que alguien tan objetivo como parece serlo Albérès ponga las cosas en su sitio y, contra la indiferencia externa y la envidia, politiquilla y mala fé internas, nos dé la medida exacta, el valor relativo y absoluto de pensadores tan dentro de la línea de evolución histórica del pensamiento europeo, como Unamuno y Ortega. Y no se crea que el autor limite la aportación española a esos conocidos y vilipendiados pensadores. Unamuno y Ortega están en primer plano como pueden estarlo Bergson, Claudel, Huxley, Lawrence o Camus. Pero Albérès no olvida que, además, existen escritores llamados Baroja, d'Ors, Gómez de la Serna, Antonio Machado o Valle-Inclán — vilipendiadillos también entre nosotros, todo sea dicho en prestigio de la gente del país — que, por decirlo de algún modo,

tienen talla internacional, como la tienen sin discusión France, Malraux, Cocteau, George o Silone.

Así pues, «L'aventure intellectuelle du XXe siècle», a su importancia como completo objetivo resumen cultural de los primeros cincuenta años de nuestro siglo, une, para nosotros, los españoles, el interés de una valoración no común de nuestra literatura, de nuestra aportación al pensamiento occidental. Creo que sería oportuna y saludable una traducción al español de este libro, que quizás en este caso podría ser una versión del mismo autor.

J. M. C.

V. E. Frankl. — «Psicoanálisis y existencialismo». Fondo de Cultura Económica; México-Buenos Aires, 1950.

Este es uno de los primeros libros traducidos al español sobre el análisis existencial. El autor justifica este análisis por la necesidad de complementar la psicoterapia, tal y como viene siendo practicada, con un método psicoterápico que se mueve, por así decirlo, más allá del complejo de Edipo y del de inferioridad o, en términos más generales, más allá de toda dinámica emotiva. Lo que se echaba de menos antes del hallazgo del análisis existencial era una psicoterapia que se remontara más allá de esa dinámica y que, por detrás de los padecimientos psíquicos del hombre neurótico, se diera cuenta de su combate espiritual. Se trata, pues, en este libro, de una psicoterapia que arranca de lo espiritual.

Si la hora del alumbramiento de la psicoterapia sonó en el momento en que se procedió a descubrir detrás de los síntomas somáticos las causas psíquicas, es decir, su psicogénesis, ahora se trata de dar un paso más, el último, para contemplar, más allá de lo psicógeno y remontándose por encima de la dinámica afectiva de la neurosis, al hombre en sus angustias espirituales, para poder ayudarle desde esa atalaya. Se trata, pues, de hallar una psicoterapia **total**,

que arranque de una psicología de la totalidad personal del hombre. Dice Frankl que lo que se ventila en el fondo de todas esas cuestiones es, en última instancia, el problema del psicologismo — método pseudocientífico que pretende deducir del origen psíquico de un acto la validez o falsedad de su contenido espiritual. Y del mismo modo que en la historia de la filosofía, el psicologismo ha sido eliminado y críticamente superado mediante cierto logicismo, así también el psicologismo, dentro de la psicoterapia, debe ser superado mediante algo que llamaremos — ateniéndose a esta analogía — la **logoterapia**. Claro que la logoterapia no puede ni debe sustituir a la psicoterapia, sino solamente complementarla.

En principio, pues, permanece en pie la tesis de lo que lo espiritual debe separarse siempre de lo anímico. Ambos representan dos campos esencialmente distintos y el error del psicologismo consiste precisamente, tal como lo vemos, en que se desplaza constantemente de uno a otro campo.

A continuación el autor aventura una definición del análisis existencial: «Así, pues, — dice — si la «logoterapia» es la psicoterapia que parte de lo espiritual, el análisis de la Existencia podrá definirse como la psicoterapia que arranca del espíritu de la conciencia de responsabilidad» — siendo este último lo que constituye el fundamento esencial de la naturaleza humana.

Después del primer capítulo — «De la psicoterapia a la logoterapia» —, Frankl desarrolla las ideas en aquel apuntadas en dos largos capítulos más: uno, el central, el verdaderamente importante — «Del psicoanálisis al análisis existencial» — y otro que constituye una especie de apéndice breve que refiere todo lo escrito — que a veces sobrepasa el terreno de la psicoterapia — a la parte práctica de aplicación médica.

La obra resulta interesantísima en lo que tiene de nuevo, para nosotros, el conocimiento del análisis existencial. Téngase en cuenta que en España Binswanger, p. e.,

es un desconocido, como todavía lo es, prácticamente, Jung, autor también de una psicología de la totalidad personal y a quien la gente conoce casi exclusivamente por su tipología. (Frankl comete también esa falta al «olvidarse» de Jung cuando analiza los diversos esfuerzos científicos para alcanzar una psicología total de la personalidad y su caso es más grave puesto que no cabe achacarlo a ignorancia.) Con todo, el libro es una buena introducción al análisis de la Existencia y constituye un acierto más de esa colección de Breviarios que edita el Fondo de Cultura Económica.

J. M. C.

M. F. Sciacca.—«Historia de la Filosofía». Luis Miracle, editor; Barcelona, 1950; 656 págs.

En general, es difícil enjuiciar una Historia de la Filosofía. Menos en los casos patentes de incompetencia — que por desgracia van resultando abundantes debido a la funesta manía de muchos profesores de publicar «su» libro para colocarlo a sus alumnos — los manuales serios como el de Brehier o el de Marias resultan de comentario difícil por las inevitables desigualdades que se observan en su redacción. (Téngase en cuenta que una honrada Historia de la Filosofía exige una labor de años de lectura y síntesis, trabajo imposible de realizar a un mismo nivel de objetividad y competencia.)

La «Historia de la Filosofía» de Sciacca debe situarse entre las mejores publicadas en español. Está escrita con criterio amplio y tiene la valentía de demostrar abierta adhesión a una escuela filosófica — la agustiniana — y aún algunas antipatías — pocas y desde el punto de vista del autor justificadas —, de las que la manera de tratar a Nietzsche puede ser un ejemplo. Respecto a sus preferencias, considera Sciacca que, actualmente no existe más que un pensamiento que pueda en-

frentarse con la doble tarea que el pensamiento cristianocatólico se exige a sí mismo — combatir los errores del pasado y, además y sobre todo, comprender y expresar las necesidades espirituales del presente — y que éste es el agustinismo auténtico, el de San Agustín. Para Sciacca, el agustinismo ha logrado ya positivos frutos en la historia de la filosofía y opina que cuanto hubo de eficaz y fecundo en el pensamiento cristiano moderno y contemporáneo es sólo agustiniano «de Ficino a Campanella, de Pascal a Malebranche, en Vico, en Rousseau, en Blondel y en tantos otros». Por otra parte, considera que si bien el tomismo es también eficaz lo es en lo que tiene de agustinismo y no de aristotélico y sólo el agustinismo verdadero — incluido también el de Santo Tomás —, es capaz de hacer recuperar a los hombres la interioridad de la verdad, la dialéctica del pensamiento.

Sciacca, al final del libro, hace todavía una última consideración que transcribimos para orientación del lector (lo que más conviene saber en toda «Historia de la Filosofía» es, en realidad, por dónde nos ha de llevar el autor en el inquietante peregrinaje a través de las ideas de los pensadores de todos los tiempos.) Dice el autor que «la civilización occidental y mediterránea se ha formado sobre la base de la filosofía clásica y de la Revelación cristiana: Ahora bien, su pensamiento es dualista, metafísicamente dualista: existe **esta realidad** (nuestro mundo) y **otra realidad** trascendente. Dualista es el pensamiento cristiano: la realidad de Dios y la realidad del mundo, Dios que trasciende el mundo libremente creado por El. La metafísica de la civilización occidental es, pues, dualista y teísta. El monismo y el inmanentismo son, por tanto, la negación del fundamento metafísico de nuestra civilización. He aquí porque el pensamiento moderno y contemporáneo, cuya característica es el inmanentismo, lo ha puesto históricamente en crisis y he aquí también por que, a nuestro juicio, es posible resolver la crisis y salvar nuestra civilización con sólo reconstruir la metafísica dualista y teísta, que es su fundamento. O se consigue esto

o, durante mucho tiempo, se oscurecerá en el mundo toda luz de civilización.» Con estas palabras termina el libro. Júzguelas cada uno como quiera. Si las hemos reproducido ha sido porque una breve nota bibliográfica sobre una «Historia de la Filosofía» debe tener como única finalidad la de informar, no la de criticar, labor que forzosamente deberá ocupar mucho más espacio.

No podemos terminar sin subrayar la calidad de la edición. Luis Miracle nos tiene acostumbrados a ediciones dignísimas. Esta, si cabe, supera a las otras.

C.

Jean Wahl. — «Introducción a la Filosofía» Fondo de Cultura Económica; México 1950; 379 págs.; Colección «Breviarios del F.C.E.» n.º 34.

Las personas propensas a creer que la Hispanidad no pasa de ser un pretexto para la retórica gruesa deben considerar la riqueza literaria que nos llega de la América española. Entonces descubrirán — por ejemplo — que Hispanidad es, cuando menos, **eso** que nos permite leer «La Colmena».

Los «Breviarios» del F.C.E., son tal vez los más sorprendentes de todos esos libros que nos remite la Hispanidad. Son en principio, manualitos divulgadores. Pero con frecuencia sus satinadas páginas producen sorpresas de cierta magnitud. De mucha es la que proporciona el manual de Wahl.

Es una «Introducción a la Filosofía» (1). Título poco recomendable. El menos recomendable de los títulos. ¿Quién va a comprar una Introducción a la Filosofía? ¿Algún precoz estudiante de bachillerato? ¿Algún honesto negociante deseoso de sa-

(1) Título de la edición inglesa: «The Philosopher's Way».

ber? Temo que uno y otro pasarían un mal rato leyendo la sedicente introducción, sin sacar de la lectura provecho alguno.

Porque Wahl ha intentado una exposición de gran novedad y de dificultad excesiva para ser propuesta como texto de divulgación. Es curioso que se le haya ocurrido realizar su notable tarea en un librito así, cuando el tema y la actitud metódica que adopta le daban pretexto más que suficiente para fabricar un respetable volumen potente en lomo y rico en citas.

La tarea de Wahl es la siguiente: dar de cada uno de los grandes temas de la filosofía — la sustancia, el ser, la existencia, la realidad, el devenir... —, una formulación existencialista que, lejos de ignorar la especulación físico-matemática y epistemológica contemporánea, la incorpore y engloba como última capa de su fundamento, como broche de electrones que cierre el proceso histórico-dialéctico de cuya irresolubilidad definitiva brota indirectamente la actitud existencial.

Con esto he indicado también el método de Wahl: expone sucintamente la historia de esas capitales cuestiones filosóficas, construyendo breves y atractivos dramas en cuyo acto final las tesis y antítesis incansablemente repetidas durante siglos filósofos reposan con resignada ironía en la abstención metafísica de la cosmología moderna. Surge entonces el hombre — que unas veces es Heidegger y otras Jaspers y siempre Kierkegaard —, y decide vivir con los pies sobre aquella movediza y honrada abstención y teniendo ante los ojos la inevitable antinomicidad que únicamente puede romper — y aún sólo «por ti» —, el gesto existencial concreto.

El descubrimiento expositivo de Wahl es del linaje del huevo de Colón: consiste simplemente en dar un orden dialéctico a la evolución histórica que **de hecho** parece constituir, por un lado, el pasado explicativo de las actitudes gnoseológicas emparentadas con la cosmología actual y, por otro lado, de la posición existencialista. Pero conste que no por eso su innovación

es menos notable. Al contrario. Todos los inventos propiamente humanos son como el del huevo de Colón. Porque el invento de grado inmediatamente superior — es decir: inventar el huevo — nos está vedado. Precisamente el pecado — pecado de Hybris —, que cometen las filosofías grandilocuentes es creer que se puede inventar el huevo. De ahí pasan a creerse que han inventado el huevo. Y de esto, como es notorio, a los más ridículos verbalismos.

En el primer capítulo, que es, prácticamente, una introducción, Wahl se muestra muy consciente de su papel revolucionario en materia de Introducciones a la Filosofía. También se considera revolucionario en la filosofía misma. Antes de publicar este manual podía haberse discutido este punto. Más ahora — y aquí está lo sorprendente de este librito —, debe reconocerse que hay novedad filosófica en lo que escribe Wahl. Lo que hay de nuevo es la afirmación **explícita, sistemática y metódica** de que cosmologismo y existencialismo son las dos vertientes — crítica y vital — de una misma conciencia de época (de un mismo «epochalen Bewusstseins», para usar una expresión de Jaspers que seguramente sería grata a Wahl). Por tanto, ambos pueden ser conjunta y conscientemente vividos si «conservamos la fe en nuestra misión de hombres» (2). Este intento es nuevo, que yo sepa. Por lo menos, lo es sin duda su formulación, pese al papel de protagonista que da Wahl al motivo existencial sobre el crítico. Hay, pues, que recogerlo, aunque su autor haya tenido la peregrina idea de realizarlo en un manual de divulgación.

El texto es tan claro y correcto como todos los de Wahl. La traducción de Gaos excelente. Sorprende sin embargo, cierta ingénua rudeza de lenguaje, insólita en Wahl. Tal vez se deba a que el libro está escrito para yanquis (Gaos ha traducido del inglés.) El caso es que, para quien recuer-

(2) En el libro, esa frase de Wahl no es contextual del cuadro de ideas en que la cito.

da el destilado y elegante lenguaje de la bellísima «Etude sur la Parménide de Platon», resultan un poco raras frases como ésta: «Entonces viene Descartes...» Creo que sería mucho mejor acostumbrar a los yanquis al estilo de la «Etude» que transformar éste en el estilo de los yanquis.

Como es sólito en Wahl, el espíritu de Platon fecunda a menuda el desarrollo de los temas. Esto hace que el tono del libro sea siempre noble, pese a su modestia exotérica y a deslices como el reseñado que,

* * *

Quedamos, pues, en que, por el momento, la Hispanidad es *eso* que nos per-

por lo demás, tal vez deban achacarse al editor de lengua inglesa. Para ser justos, quizás hubiera que señalar otro elemento que contribuye a dignificar la prosa expositiva de Wahl: se trata de esa sobriedad que va siendo asimilada poco a poco por casi todo el mundo; sobriedad nacida probablemente en unos libros que llegarán a ser decisivos para el conocimiento de nuestra época: los libros diarios de los laboratorios, cronicones del instante aislado y siempre repetido.

mite leer «La Colmena» de Cela y la «Introducción a la Filosofía» de Jean Wahl.

M. S. L.

Excelentísimos e ilustrísimos señores, señores profesores, señoras y señores:

Con no pequeña alegría vuelvo a ponerme la toga y la muceta de catedrático, trocando por ellas el uniforme de embajador. Y vengo a clausurar este curso de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», donde hay tantos amigos viejos. Honrado por la generosidad del Caudillo con una tarea interna en el Gobierno de España, después de un periodo de experiencia internacional, no quisiera que mis palabras de hoy, sencillas, fueran otra cosa que un primer mensaje sobre nuestros deberes esenciales en el orden educativo para hacer de esta patria nuestra patria en que soñamos desde el 18 de julio, y a la que miran con recelo o con esperanza los hombres de otras tierras y de otras culturas.

LA UNIVERSIDAD «MENÉNDEZ PELAYO»

Quisiera que este primer mensaje fuese para vosotros, colaboradores y amigos, de este hogar castellano al cual pertenecerá en aquella forma embrionaria del Colegio Cántabro en los años duros de 1935 y 1935; de aquel colegio de cuyo espíritu unido a lo mejor de la técnica —es justicia reconocerlo—, de la Universidad estatal de entonces ha nacido esta fecunda realidad de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

El honor de esta fundación, ya lo ha dicho el Rector Magnífico, recae fundamentalmente en el por tantos conceptos ilustre predecesor mío, don José Ibáñez Martín, al que ya vosotros habéis tributado hace unos momentos un cálido homenaje de admiración y de respeto, y al que yo sumo en este momento mi palabra emocionada.

Y honor también, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que organizó, que ha desarrollado y que sostiene estos cursos de la Universidad Internacional, con la colaboración espléndida de las autoridades de la provincia, que ya, ahora, nos hacen posible la edificación de la nueva Sede, que será una realidad muy pronto.

Al espíritu generoso con que el Go-

bierno, tan inteligente y eficazmente representado por este viejo camarada y amigo que es Joaquín Reguera, la Diputación, el Ayuntamiento, se han manifestado para hacer posible que la Universidad Internacional tenga el cuerpo, la sede, el prestigio que merece, yo respondo con el compromiso solemne de que en plazo muy breve, con un esfuerzo tenaz del Ministerio, que por confianza por mi parte inmerecida del Caudillo disfruto, será una realidad en marcha.

Y antes de entrar brevemente en esta reflexión en alta voz, sobre lo que pueden ser las orientaciones de nuestra política cultural, permítidme que recoja, para agradecerlas, aunque sean excesivamente amables, las palabras de este batallador y tenaz santanderino de la mejor estirpe. Rector Magnífico, y magnífico Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, don Ciriaco Pérez Bustamante, a quien, además de agradecer como amigo sus elogios excesivos, repito, quiero, ante todo y sobre todo como Ministro, felicitarle por su abnegada labor de afianzamiento de esta Institución, ya que en sus anales irá profundamente ligada a su nombre.

TRIPLE LECCION DE LA EXPERIENCIA INTERNACIONAL

De la experiencia internacional a que aludía, vale la pena que recojamos una triple, aunque ya sabida, lección. En primer término, el factor primordial para la victoria, de obtener el respeto y la colaboración de otros individuos y de otros pueblos, es el mantenimiento de la propia personalidad individual o nacional, y la fidelidad en la afirmación de las creencias esenciales y el temple vital para defenderlas hasta el sacrificio y la muerte.

Si los hombres de España hubiéramos transigido en 1936 con la revolución materialista o, diez años más tarde, con el acoso internacional, con la conjura que nos puso en la alternativa del aislamiento o de la apostasía, si hubiéramos renunciado a nuestra primogenitura espiritual por un plato de lentejas, seríamos hoy meros comparsas en el escenario tur-

bulento del mundo, y habríamos malgastado la posibilidad de una noble y trascendental misión si no es que hubiéramos perdido la posibilidad de vivir dignamente.

Quienes hemos ocupado trincheras de vanguardia en el extranjero durante un dramático período, sabemos hasta que punto es duro y difícil mantenerse sin concesiones en las posturas fundamentales, pero al mismo tiempo el empuje y la alegría que era fortaleza para proseguir el combate. Sólo a costa de esas incomodidades y aún de esos riesgos en el servicio de los principios cardinales esto es, fe cristiana, integridad e independencia nacionales, actitud misionera en el mundo — sólo a costa de eso podrá seguir mereciendo nuestra política, y en el sentido más amplio nuestra cultura, que se las pueda llamar con justicia españolas y que puedan ser defendidas con ilusión y con esperanza en los hombres de nuestra generación.

ACTUALIZACION DE NUESTRA POLITICA

Pero, en segundo lugar, esa misma aventura internacional nos ha enseñado la importancia y la urgencia del diálogo. Los dogmas no se defienden jamás con puras actitudes estáticas, sino con guerra de movimientos, movimiento de la razón y de la voluntad, a través de adaptaciones circunstanciales a los tiempos cambiantes. Cuanto más firme se sienta un hombre o un pueblo en la posesión de sus verdades esenciales, más debe abrirse al contacto y a la colaboración con otros hombres y con otros pueblos. Así lo hizo la España de los siglos mejores, y así ha de hacerlo, está haciéndolo ya, esta España nuestra, renacida en el dolor y en la esperanza.

Perjudicaríamos irremediablemente los postulados que nos importa defender, si los recargamos de formas arcaicas, si no dejáramos que llegara hasta ellos la luz y el aire del mundo.

Uno de los pecados mayores de las democracias liberales fué su intento de convertir en relativo lo absoluto, lo esencial, pero un pecado no menos grueso de ciertas fórmulas estatificadoras o de las democracias totalitarias de nuestro tiempo, ha sido el de pretender transformar en absoluto lo relativo, confundir

los linderos del dogma y de la opinión, llevar la intangibilidad de lo verdaderamente sagrado hasta el río de las cosas mudables y perecedoras, cuyo más bello destino está cabalmente en revelar con su mutación la eternidad de las esenciales.

Las minorías dirigentes de nuestra patria pueden y deben superar ambos escollos, y adentrarse en el mundo bajo la guía prudente y decidida del Caudillo con toda la carga espléndida de unas creencias fundamentales, sacras y profanas en su debida jerarquización, pero también con toda la gallardía y el arrojo necesario para asimilar cuanto haya de valioso en cualquier sector de la cultura o de la política, y para desprenderse de cuanto sea caduco y estéril.

Esta sabia y vital empresa de ordenación en una hora desordenada, es la que se nos abre, no sólo a los españoles, sino también a los hombres de todas las latitudes en cuya alma aún queda el rescaldo del mensaje cristiano.

MISION DE EJEMPLARIDAD

Pero permitidme — y que esta sea la tercera enseñanza de aquella experiencia —, ¿por qué no pensar que esa empresa pesa sobre nuestros hombros, de españoles, con peso especial y fuerza que nos urge con el duro y espléndido perfil de una nueva misión de ejemplaridad?

No ganamos, ciertamente, la victoria interna de nuestra Cruzada para instalarnos en la comodidad: no nos permitió Dios quedarnos al margen del tremendo conflicto de los años últimos para ser espectadores de una catástrofe, sino actores de un drama de resurrección. No es nuestra generación, pese a todas las deformaciones de la propaganda enemiga, egoísta, conservadora y reaccionaria, sino que está transida de un incontenible afán de renovación y de perfeccionamiento. Afán que nos lanzó al sacrificio de la guerra, cuando ésta fué inevitable, tud creadora. Hagamos todos, gobernantes o no, todo cuando sea posible para que esta inquietud no se malgaste hasta que de las manos nos salga — ¿verdad, José Antonio? — una España que no sólo amemos por razón pura de amor sino también porque nos guste en el cuerpo y en el espíritu.

Seamos fieles a esta misión de ejemplaridad que espera de nosotros la mejor parte del mundo, misión de ejemplaridad que es, por decirlo con una sola palabra, misión reunificadora, misión que nos restablezca una íntima unidad en el hombre interno y en los grupos sociales, viviendo con autenticidad la formación de un catolicismo viril, íntegro, militante, que supere lo mismo los encastillamientos de la rutina y de la timidez que las frivolidades de la transigencia o el espejismo de las falsas pacificaciones.

En el orden social y económico, reajustando los organismos sociales y haciendo posible, en nuevas formas económicas, una participación más justa de todos los hombres y de todos los españoles en el bien común de la patria. En el orden político, estableciendo un nuevo engarce entre el principio de autoridad y el principio de libertad, y, en el orden cultural, realizando una jerarquización de los conocimientos científicos y de todas las técnicas en la línea de una formación integralmente humana, que lleve, sí, los hombres hacia Dios, pero haciéndoles que se preocupen también de la tierra, haciendo que la transformen en algo más luminoso, donde Dios mismo pueda reconocer la huella de su infinita justicia.

PANORAMA DE NUESTRA POLÍTICA CULTURAL

¿Cuál puede ser este panorama de nuestra política cultural? En primer término, fidelidad a los principios esenciales que ya la inspiran desde el 18 de julio, es decir, a la concepción católica de la existencia llena de poderosas afirmaciones retóricas para que se haga una autenticidad en el porvenir de cada día.

El segundo principio, el sentido de la unidad y de la independencia nacionales. Nosotros vemos a España como una realidad renaciente y en marcha, y hemos llamado y llamaremos a esta empresa a todos los sectores sociales y a todas las regiones de España. Nosotros pedimos la colaboración de todos los intelectuales de esta rica y total España nuestra que fundará la mente y el corazón inmenso de nuestra reina Isabel. Los llamamos a una empresa colectiva,

y les decimos, que, sin recelo, sin cortapisas, están llamados desde este instante, estuvieran o no con nosotros el 18 de julio, a la tarea común de levantar a España, siempre que nos ofrezcan, siempre que nos garanticen una sola condición: la fidelidad a los valores esenciales de España, por el que estuvimos a punto de morir y por el que moriríamos mil veces si fuera necesario.

SOLIDARIDAD SOCIAL

EN LA ENSEÑANZA

Pero a este llamamiento a los hombres valiosos, están donde estén, se debe añadir, como tercer principio, el de una profunda solidaridad social.

¿Creemos, de verdad, nosotros, los españoles que la España actual responde a ese sentido de auténtica comunidad, de profunda colaboración, de estrecha hermandad entre todos los hombres de todas las categorías sociales? Yo pienso que aún no está alcanzada esta meta, y en lo que a mí me incumba, secundando la política profundamente impregnada de preocupación social de nuestro Caudillo, colaborando con aquellos otros Ministerios a los que más directamente afecte la ordenación económica y social de España, yo quiero que en este Ministerio de Educación Nacional haya una inmensa inquietud de hermandad entre todos los españoles, que todas las puertas se abran a aquellos hombres que tengan apetencias y condiciones para la cultura, que no nos afanemos única y exclusivamente por la distribución del pan material, sino que hagamos una profunda obra de justicia social en la distribución del pan del espíritu y de la cultura.

Me diréis que todos estos principios están ya contenidos en nuestra legislación, es cierto. Realmente cuando los historiadores, con espíritu objetivo repasan la legislación emanada en estos años últimos, comprobarán como estos principios han ido impregnando todos los sectores, todas las manifestaciones de la obra política y educativa.

Yo quisiera que esta preocupación fuese fundamental en nuestra tarea, que nos impusiésemos la obligación de hacer llegar la cultura a todos los hombres de España.

LA CULTURA AL SERVICIO DE LA PATRIA

Es cierto que nuestro índice de analfabetismo es cada vez más reducido, pero es cierto también que aún nos queda una tarea ingente que cubrir. Felizmente, en esta provincia de Santander, por el generoso mecenazgo de los santanderinos, de los Municipios, de las autoridades, el problema tiene muchísima menos gravedad que en otras regiones de España. Pero tengamos conciencia de que aún queda una misión enormemente importante desde el punto de vista cristiano y desde el punto de vista nacional. Es difícil dar cifras; basta decir que son aún miles y miles las escuelas que nos hacen falta, y que los miles de millones precisos para levantarlas no pueden salir solamente de los presupuestos estatales, sino que tienen que ser obra de todas las fuerzas sociales de la Nación. Pero yo añado inmediatamente que nuestra tarea debe ser precisamente la de que este desbroce en los primeros años de la labor educativa se complete con rapidez e intensidad, haciéndola profunda y sustancial. Para ello es preciso jerarquizar los haberes, evitando toda formación excesiva de especialización. Preocupémonos más de un saber total, formativo, jerárquico, que de una erudición farragosa, y pongamos además, esta cultura no sólo al servicio de los fines personales lícitos, sino también y fundamentalmente al servicio de España y en estas otras realidades más altas de la comunidad internacional. Frente al excesivo abuso que precisamente en algunos medios, e incluso cristianos del extranjero, será hecho de la primacía de la persona humana, de los derechos del hombre, creo que nos importa más en estos momentos a nosotros, que estamos firmemente arraigados en la conciencia de lo que vale el hombre, subrayar la otra dimensión: la primacía del bien común, el sentido de la ordenación social. Pues si bien es cierto que su alma tiene un destino sobrenatural, de tejas abajo el hombre ha de trabajar por la patria en que Dios le ha hecho vivir.

FORMACION DE MINORIAS

Nuestra labor tenderá a conseguir la formación de minorías dirigentes. Esta

fué, cabalmente, la gran preocupación de la reina Isabel, como ha subrayado nuestro gran Menéndez Pidal. Esta figura es la selección de los más adecuados para cada puesto; tiene que surgir de nuestros Centros culturales.

Nosotros, mucho más que por el número de edificios que podamos levantar, del número de escuelas que podamos crear, nos interesamos por la calidad intrínseca de los hombres que formamos en estas instituciones. Importa mucho que los hombres que ahí se formen no sean puros profesionales; importa mucho que ya se termine un poco esta calma de estos últimos años que ha dominado a las generaciones más jóvenes. Es preciso que sople de nuevo el viento duro que nos movió a nosotros el 18 de julio a realizar la gran empresa de la unidad española.

EXTENSION SOCIAL DE LA CULTURA

Y al lado de esta preocupación por una formación total tenemos presente la de la extensión social de la cultura. La otra dimensión que antes señalaba: el Ministro de Trabajo ha sabido recoger la orientación del Caudillo y hacer consigna de la elevación de los trabajadores españoles a todos los grados de la cultura. Ya existen los institutos laborales, experiencia nueva y alentadora, que seguirán creándose en sus distintas modalidades por toda España. Y se anuncia como una realidad próxima la de la Universidad laboral. No oculto que esta expresión ha producido en algunos un cierto escándalo y recelo porque les parecía que poseían la expresión de una cierta resonancia marxista. Parece innecesaria la aclaración de que no se pretende hacer una Universidad clasista, sino una Universidad en la que esté presente la preocupación social y en donde sean considerados con la Jerarquía y respeto debidos los problemas de la gran clase trabajadora española, de estos miles de hombres que han soportado con sobriedad y decisión años difíciles. Correspondamos a este dolor y a este sacrificio, abriéndoles los Centros superiores de la cultura y del espíritu.

CORDIAL COLABORACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA

Y llegamos a un punto delicado: Esta ancha obra cultural aquí esbozada tiene que ser producto de amplias colaboraciones prestadas con generosidad y amplitud. Yo quisiera que enfocados así los problemas nos fuese posible superar los escollos de esos antagonismos históricos de los derechos del Estado y de la Iglesia y de los grupos sociales en el orden de la educación. Felizmente, estos escollos están superados en nuestra Legislación, al menos en parte muy esencial. Sin embargo, no podemos cerrar los oídos a ciertas críticas que proceden de unos y otros. Quisiera que todos los interesados contemplasen estas decisivas cuestiones con verdadera anchura de mira. Tengo la seguridad de que en la colaboración cordial del Estado y la Iglesia, se podrán alcanzar las fórmulas satisfactorias respetuosas con los derechos de ambas instituciones. No se oculta la necesidad de reajustar ciertos sistemas de realizar determinadas reformas. Por sólo fijarme en una cuestión concreta quiero adelantar que estudiaremos el modo de hacer más racional y humano el Examen de Estado. Y con ello el tránsito de la Enseñanza Media en los grados superiores.

ESPIRITU AMPLIO DE DIALOGO Y COLABORACION

Otras cuestiones y aspectos de nuestra enseñanza requieren revisión y aún estructura nueva. Como han de ser éstas es algo que no me incumbe señalar exclusivamente. Las altas orientaciones del Jefe del Estado, los acuerdos de las Cortes Españolas, los dictámenes del Consejo Nacional de Educación, la colaboración de todos los miembros de la enseñanza, serán guía y estímulo de nuestra tarea.

Esta Universidad Internacional puede servirnos de ejemplo en cuanto ha tratado de ser una Universidad abierta a la vida, en cuanto ha intentado recoger el palpitante de cada día y de hombres de distintos pueblos. Este espíritu amplio y abierto, de diálogo y colaboración, debe estar presente en nuestro quehacer. Desde aquí solicito la ayuda de la opinión pública a través de la prensa. No nos debe de asustar la crítica, que en cuanto es hecha con amor, es una forma de colaboración. Dice nuestro «Fuero de los Españoles» — y lo recuerdo a propósito de esta afirmación mía — que todos los españoles tienen derecho a la expresión de su pensamiento, siempre que se respeten los principios fundamentales del Estado.

Se dice con gusto este mensaje — y con esto termino — en esta ciudad astellana y marinera, cuna de altas figuras españolas y universales. Valga por todas la de don Marcelino Menéndez Pelayo, bajo cuyos auspicios funciona esta Universidad. Nada sería más contrario al espíritu de don Marcelino que un anquilosamiento en módulos preteritos, un estéril narcisismo del pasado y una pérdida de contacto con las realidades presentes.

Mérito de esta Universidad Internacional es haber sabido vencer en su misma brecha, el riesgo de lo que pudiera llamarse un «menendezpelayismo» estrechamente nacionalista, retórico, repetidor, infiel al signo de la cultura de esta España nueva que venimos anhelando desde el 18 de julio, como más hechida del ideario tradicional, más llena de fe cristiana y de honor patrio, pero también más abierta a la hora del mundo más decidida y universal en su actual empresa histórica, más libre, grande y justa, más digna de ser soñada y de morir por ella.

LA VISITA DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL A BARCELONA

Barcelona tiene que agradecer a Joaquín Ruiz Giménez el gesto que para con nosotros ha tenido al querer que su primera visita destinada a un centro cul-

tural fuera precisamente a nuestra querida ciudad. Y no sólo el gesto, sino la activa gestión, el entusiasmo y la diligencia que ha imprimido a su intelli-

gente labor ministerial. En los escasos días de su estancia en Barcelona se ha multiplicado para estar presente en todos los problemas y en todos los rincones de nuestra vasta organización cultural.

Recibió en el Rectorado de la Universidad convertido en cuartel general de operaciones, infinidad de visitas, y ni un solo visitante quedó desatendido. Se reunió en el despacho con la Junta de Gobierno, con las diversas Facultades, con los directores de Centros de Enseñanza superior, Colegios Privados, Institutos Nacionales, etc. Con la Junta de Obras de la Universidad, visitó los terrenos donde se construye la Facultad de Farmacia y donde se emplazarán las nuevas facultades de Ciencias y Colegios Mayores, y asimismo recorrió detenidamente los edificios de la Escuela de Ingenieros Industriales y Escuela de Trabajo en la Universidad Industrial; la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, la Facultad de Medicina y el Hospital Clínico, la Residencia «Ángeles Mateu» de la Sección Femenina, el Instituto de Estudios Hispánicos con cuya Junta celebró una reunión; la Jefatura Provincial del S. E. M., la Escuela de Formación Profesional «Virgen de la Merced» de la C. N. S., la Biblioteca Central y el Instituto del Teatro, y presidió dos re-

uniones, una del Consejo de Investigaciones Científicas y otra de la Junta Municipal de Primera Enseñanza, en el Salón de la «Reina Regente de nuestro Ayuntamiento». Departió con las autoridades barcelonesas, planteó problemas y resolvió muchos de los planteados; se reunió en una cena de camaradería con los Mandos del S. E. U. y visitó con ellos los terrenos del Guinardó, y de estos terrenos y de los de Pedralbes, tuvo mucho que hablar con el señor Alcalde y el Teniente de Alcalde de Urbanización y Ensanche. Y todavía se entregó fresco y combativo a la insaciable curiosidad de los periodistas en una conferencia de prensa, ágil y abierta. Todo esto hizo Ruiz Giménez en Barcelona y todavía, para Barcelona, ya en Madrid, consiguió al día siguiente de su marcha, del Consejo de Ministros, un Decreto pasando a estudio de las Cortes un crédito extraordinario de doscientos millones para obras de carácter universitario en Barcelona. Véase, pues, si no es cierto que nuestra ciudad, los barceloneses todos, tenemos contraída con el nuevo Ministro de Educación Nacional una gran deuda de gratitud.

Qué gran lección de comprensión hacia Barcelona y Cataluña. Para los buenos entendedores, y para un mejor entendimiento...

EL DR. BUSCARONS NUEVO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

«LAYE» saluda alborozado al Magnífico y Excelentísimo Rector de la Universidad de Barcelona, don Francisco Buscarons Ubeda. Su nombramiento, que corresponde al plan de renovación que el nuevo Ministro de Educación Nacional viene realizando en la Universidad española, ha constituido un acierto, reconocido por todos cuantos aprecian las cualidades personales, científicas y universitarias que adornan al doctor Buscarons. Quiera Dios ayudarle en la ardua

tarea que le espera, y que no es otra que levantar a la Universidad de Barcelona, a la altura de las mejores ilusiones de nuestros universitarios, y al nivel de las exigencias de nuestros tiempos. Como hombres de nuestro tiempo y de nuestra querida Universidad, ofrecemos a nuestra primera autoridad académica la más sincera y honrada colaboración para el logro del mayor éxito en su empresa.

CIRCULAR SOBRE LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA MEDIA A LOS INSPECTORES Y DIRECTORES DE INSTITUTO DE ESPAÑA

Mi distinguido amigo: La campaña polémica de prensa sostenida en las últimas semanas en torno a los problemas de la Enseñanza Media ha venido a corroborar de modo abrumador la meditada e inalterable posición revisionista que a lo largo de los últimos doce años ha mantenido nuestro S. E. P. E. M. respecto a la legislación de dicho grado docente. Sin concesiones al oportunismo, a la cautela circunstancial o al escepticismo, las actas y publicaciones de nuestra Organización producidas sobre este tema entre 1939 y 1951, han querido prestar siempre un limpio servicio a una línea de conducta que trataba de afincar sus raíces en el propósito de buscar soluciones justas y adecuadas a tan trascendentales problemas. A título de ejemplo — que cobra estos días la mayor actualidad — pueden recordarse las «Actas de la Comisión Permanente del S.E.P.E.M. publicadas en 1944, las reiteradas campañas de nuestra magnífica Delegación de Zaragoza o el escrito elevado a la jerarquía eclesiástica por más de cuatro mil intelectuales españoles, en los meses de octubre y noviembre de 1947.

Sin embargo del tiempo transeurrido, de las faltas de apoyo que en estas cuestiones han rodeado tantas de nuestras actuaciones, el S. E. P. E. M. reitera una vez más sus puntos de vista que se resumen en la necesidad de *promulgar una nueva ley de Enseñanza Media*, aconsejada por razones que no es preciso de reiterar aquí.

Para alcanzar este objetivo reclamado tan unánimemente por la mayor parte de los sectores sociales de la vida española —, consideramos útil rogarle nos acepte las siguientes consideraciones:

1.º Conveniencia de que el Consejo de Directores del Instituto de Madrid y el Inspector de dicha circunscripción publique una nota conjunta en la prensa resumiendo los puntos de vista del Profesorado Oficial de Enseñanza Media sobre el tema de la Reforma legal de este grado docente.

2.º Invitar asimismo al resto de los Consejos de Directores de Instituto e Inspectores correspondientes a publicar no-

tas semejantes en la prensa de cada Distrito Universitario.

En estas notas cree esta Secretaría Central del S. E. P. E. M. que deben ser tenidos en cuenta los siguientes puntos:

a) Gratitud al Ministro de Educación por la invitación formulada a la opinión nacional para pronunciarse sobre estos temas y especial apoyo a las declaraciones que con tal objeto publicó la prensa del 16 de este mes, en las que se esbozaba un claro propósito revisionista, siquiera fuera presentado a título de ensayo.

b) Reconociendo la necesidad de un período transitorio de preparación de la Reforma — con medidas que faciliten la gradación de soluciones que eviten los tránsitos bruscos — reiterar el deseo de que se lleve a la consideración de las Cortes españolas — como supremo organismo legislativo de la nación — un Proyecto de Ley de Enseñanza Media, ampliamente informado, y de acuerdo con las exigencias reclamadas por el mejor servicio de España.

c) Hacer constar, una vez más ante la opinión nacional, de modo rotundo y solemne, que el Profesorado Oficial de Enseñanza Media de España ha tenido siempre claro sentido de la responsabilidad que le confiere el desempeño de su función de representantes del Estado en este ciclo docente y que por tanto son infundadas o malintencionadas cuantas afirmaciones se viertan sobre la parcialidad de su actuación en el ejercicio de aquellas tareas — cuales las de examen, o las de inspección — que les corresponden como especialistas seleccionados por la sociedad civil para garantizar la recta aplicación de las normas morales, jurídicas, técnicas y pedagógicas que se refieren a este grado de Enseñanza.

Le ruego acoja esta iniciativa con el mismo interés que le han merecido nuestros comunicados anteriores y, en todo caso, procure servirla con los medios que considere más oportunos y adecuados.

Atentamente suyo buen amigo,

Firmado: Antonio Fernández Pacheco

EL JEFE NACIONAL DEL S. E. M. EN BARCELONA

Con objeto de asistir a la inauguración del Curso 1951-52 del Magisterio, llegó a nuestra ciudad el 12 de octubre permaneciendo entre nosotros algunos días, el camarada José M.^o Gutiérrez del Castillo, Jefe Nacional del Servicio Español del Magisterio. Durante su estancia, la Federación del Magisterio Privado le hizo objeto de un homenaje, entregándole una placa artística, con expresiva dedicatoria. Gutiérrez del Castillo dio muestras de su entrañable cariño hacia los honrados profesionales del magisterio, «estos hombres que olvidan

las penas y miserias, los sinsabores y estrecheces que les acosan en el hogar, y tienen siempre una camisa limpia para salir a la calle, a defender la dignidad y el prestigio de su misión docente». Correspondiendo a este justo, sincero y emocionado homenaje hacia la personalidad del maestro anónimo, éstos se reunieron en gran número con su jefe nacional en la comida de hermandad que los mandos del S. E. M. y la Junta de la fué ofrecida en el Pueblo Español por los Centros de Enseñanza Privada.

MEJORAS ECONOMICAS DEL PROFESORADO OFICIAL DE ENSEÑANZA MEDIA

El Director General de Enseñanza Media ha ordenado la constitución de una Ponencia especial para estudiar las posibilidades de mejorar la situación económica del profesorado oficial de Enseñanza Media por sistemas que no se refieran estrictamente al aumento de las dotaciones escalafonales.

Aumento prudencial de las matriculas escolares, subvención de Diputaciones y Ayuntamientos para casa habitación del profesorado, constitución de economatos eficientes, intensificación de los servicios mutualistas, etc., etc., son, con otros medios conducentes al mismo fin, los temas que deben ser estudiados por nuestras Delegaciones y especialmente por

nuestro S. E. P. E. M. invitando a participar en estos trabajos a los profesores de los Institutos para redactar ponencias conjuntas.

Terminados estos trabajos deberán enviarse por cada Delegado de Educación o Jefe de S. E. P. E. M. en nombre de cuantos haya intervenido en la preparación de los mismos, directamente al Ministro de Educación, al Director General de Enseñanza Media y a la Secretaría Nacional de la Delegación. El título de estos trabajos o ponencias — y consignadas para la campaña subsiguiente — deberá ser: *Por la mejora económica del profesorado oficial de Enseñanza media.*



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca d'Humanitats

Sala de Revistes

Ha correspondido a Victoriano
Crémer y a Francisco Sitjá, poe-
tas, honrar este número de
LAYE

En la tercera parte encontra-
rán nuestros lectores las habi-
tuales secciones de Crónicas,
Críticas y Bibliografía. La Cró-
nica se presenta enriquecida
con un doble madrileño.
AQUI, MADRID es título de la
sección en la que Jesús Núñez
Hernández, redactor-fundador
de LAYE, nos dará las noticias
culturales madrileñas más re-
lacionadas con nuestra ciudad.

SANJUAN

ilustra este número 15 de

LAYE



publicación de la
Delegación de Educación Na-
cional, Mallorca, 278, Barcelona

Director:

Eugenio Fuentes Martín

0/108

S U M A R I O

1

Págs.

«¡Por fin se reforma la enseñanza media!» .	3
«Una necesidad urgente»	6
Juan E. Blanco: «Institutos laborales, Universidades laborales, Enseñanza laboral»	11

2

José M. ^a Castro y Calvo: «Amor en el desierto»	21
E. P de las Heras: «El ancla en la mente» .	25
Un poema de Victoriano Cremer	34
Un poema de Francisco Sitjá Príncipe . .	35
ENTRE SOL Y SOL (Ramón Carnicer) . . .	37

3

LAS VACACIONES DE BARCELONA (M. S. L.)	43
«AQUI, MADRID» (J. N. H.)	50
ARTE	55
Jesús Ruiz: «España en dos libros» . . .	58
BIBLIOGRAFIA	62